



DIARIO  
DE UN  
VIAJE Á ITALIA EN 1839

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA QUEIPO DE LLANO

CONDE DE TORENO

(*Conclusion.*) (1)

GÉNOVA.



LMORZAMOS el 9 en Bracco y fuimos á comer y dormir á Génova, recorriendo en todo este tránsito un camino muy bello, en especial desde Chiavari. Hospedámonos en Génova, en el *albergo* ó *locanda* de las Cuatro Naciones.

*Día 10 de Julio.*—Hemos empezado á ver en Génova sus palacios, cuyas escaleras ó fachadas, ó á lo menos parte de ellas, son de mármol. Palacio Pallavicini, varias pinturas. Palacio Brignole, igualmente, si bien muchos cuadros los han trasladado á París. El palacio Serrá, con un salon bueno dorado.

(1) Véase la página 182 de este tomo.

El palacio Ducale ó del antiguo Dux, ahora del gobernador, está restaurado, y tiene estatuas de carton, y feas, en el salon antiguo del Gran Consejo, renovado en la actualidad, lo mismo que el del pequeño, habiendo padecido mucho diversas veces, y entre ellas cuando la revolucion francesa. Destruyó entonces el populacho y quemó lo más principal, y tambien el libro de oro ó asiento de la nobleza. La *Annunziata*, convento de soberbios mármoles en la iglesia, mas los altares de depravado gusto. Pasamos igualmente este dia por las calles Carlo Felice, Nuova, Nuovissima y Balbi, que son las mejores, y la Nuova la primera. En ellas están situados los mejores palacios. Nos paseamos por la tarde en el paseo *dell'Acqua Sola*, que es un jardin bastante bueno, colocado sobre el muro. Por la noche asistimos á la comedia en el teatro de Carlo Felice. No habia ahora ópera. Por dentro muy bonito y grande, de seis pisos: tiene defectos en su exterior, pero sí comodidad para los que van en coche y para los que van á pie ó en silla de manos.

*Dia II.*—La catedral, con fachada extraña, de mármol blanco y negro. En lo interior cosas de muy mal gusto.

Muestran una capilla en la cual, dicen, reposan las cenizas de San Juan Bautista, y sobre la puerta principal el sepulcro de un Dux, único que murió siéndolo, pues esta magistratura sólo duraba dos años. Vimos en seguida el palacio del Rey de Cerdeña, que viene á Génova todos los años á pasar un mes. Fué este palacio de la rama principal de Durazzo; lo compró la ciudad para regalárselo al Rey, quien compró después al mismo marqués los cuadros y muebles. Tiene vistas á la dársena, en que pereció ahogado Fieschi, jefe de la conspiracion contra Andrea Doria. En seguida y en la misma calle (la de Balbi), visitamos la casa ó palacio de otro Durazzo, tambien marqués y de la misma familia, á la que pertenece, si bien es segundo, el Durazzo que está en París. Cuadros en este palacio, buenos, y un retrato de Felipe IV de España, que dicen de Vandyck y califican de un *Filipo* de la casa de Durazzo.

Destinamos la tarde al palacio Doria, que da al puerto. Está casi abandonado: habitaron en él Carlos V y Napoleon. Ates-

tigua el primer suceso una inscripcion en la fachada. Desde el jardin á la italiana descúbrese bien la entrada del puerto y el *molo nuovo* y el *nuovissimo*, llamado así el último, aunque sea el *vecchio*, por haberse hecho su punta recientemente. En uno y otro extremo hay dos fanales ó faros que indican la entrada del muelle. Saliendo de la casa de Andrea Doria, seguimos el paseo adelante hasta el gran fanal que sirve para guiar á los navegantes que están lejos á la mar, como los otros dos para la entrada del puerto. De allí pasamos al arrabal de San Pedro de Arena ó *Pietr'arena*, fuera de muros, habitado por fabricantes de jabon, etc. Van juntos por aquí hasta cierto punto los caminos de Niza, Turin y Milan. Llegamos al puente del Torrente Polevera, seco ahora, muy caudaloso en tiempo de aguas. Tornamos despues por el mismo camino.

*Dia 12.*—Iglesia de San Mateo de los Dorias. Por fuera inscripciones alusivas ó pertenécientes á la familia; dentro el sepulcro de Andrea Doria y su mujer, juntos ambos en una bóvedá toda de mármol. Vimos tambien el jardin de Pallavicini y su palacio en San Bartolomeo, bella situación, desde donde se divisa bien el mar, la colina de Albaro y la llanura de Bisagno. Nos trasladamos de allí al Conservatorio de Fieschini, fundador un Fieschi, ochenta años hace: contiene unas 180 jóvenes, todas huérfanas, en muy buen orden y grande aseo. Hácense en este establecimiento las célebres flores artificiales de Génova, bordados y otras labores de mujer. La mitad de lo que trabajan las jóvenes se guarda para su dote; entran de diez años y se pueden quedar allí toda la vida. Vimos por la tarde la iglesia de Carignano y el puente que une en aquel barrio dos colinas; cosa notable y obra de la familia Sauli. Al paso nos enseñaron el sitio que ocupaba la casa de Fieschi, arrasada despues de haber salido fallida su conspiracion. Queda una iglesia de la familia. Recorrimos luego la muralla por Le Grazzie, echando una nueva ojeada á la llanura de Bisagno y á la colina de Albaro.

*Dia 13.*—Anduvimos por parajes ya vistos.

*Dia 14.*—San Siro, iglesia antigua. San Stefano, en que se admira el cuadro del altar mayor, del martirio de San Esteban, de Julio Romano, cuya parte superior es de Rafael. Famoso

cuadro, aunque retocado en Francia por David. Nos paseamos en seguida por la calle *Nuova*, paseo concurrido que se da todos los domingos de una á dos. Visitamos el palacio Balbi, del mismo que, con su mujer y su hija La Castiglione, conocí en París y Bruselas. Algunos cuadros buenos, entre los cuales noté un Felipe IV de España, á caballo, que bautizan de Felipe II, y dicen ser de Vandyck.

## DE GÉNOVA Á MILAN.

*Día 15.*—Salimos de Génova despues de almorzar y fuimos á comer y dormir á Novi, todavía Piamonte, y en cuyos alrededores se dió la famosa batalla que costó la vida al general francés Joubert. Hay en Novi fábricas de seda, á las que se ha aplicado el vapor. Saliendo el 16 de esta ciudad, almorzamos en Voghera, pasando antes por Tortona, cuya fortaleza ó castillo han destruido los franceses; entre Tortona y Voghera, se separa el camino que de Milan va á Alejandría y Turin. Se cruza el Pó pasado Casteggio, por un puente de barcas muy largo, y luego el Gravellone, pequeño rio y límite del reino sardo y lombardo-véneto; se le atraviesa por otro pequeño puente de barcas. La aduana lombardo-véneta, ó sea austriaca, está en Pavía, cuya ciudad no hicimos esta vez más que cruzar. Nos detuvimos en la célebre Cartuja, no muy distante de allí; entre ambos puntos se dió la renombrada batalla de Pavía entre españoles y franceses el dia de San Matías, 24 de febrero de 1525, ganada por los primeros, en cuyas manos cayó prisionero Francisco I de Francia. Se trabó la batalla en un parque cerrado entonces, destinado para la caza de los duques de Milan, en cuyos términos penetraron los franceses: el lugar en que se cogió al Rey fué al que llaman aún ahora la *Repentita*. Trajeron al prisionero á la Cartuja, pero es incierto el lugar donde le albergaron. Fundó esta Cartuja Juan Galeazzo Visconti, primer duque de Milan, en expiacion de sus malos hechos. Cuesta al año su conservacion 4.000 *zwanzigers* ó libras austriacas. La cuidan un clérigo y dos seglares.

Es suntuoso el sepulcro de Visconti. Siguiendo el camino á Milan se pasa por Binasco, lugar de la muerte trágica de Beatriz de Tenda. En la tarde del mismo día 16 fuimos á comer y dormir á Milan.

## MILAN.

*Día 17.*—Aquí tornamos á visitar el Duomo ó sea catedral, toda de mármol; su construcción gótica. Bajamos también al sepulcro ó bóveda de San Carlos Borromeo, en la que hay mucha plata, oro y piedras preciosas. La caja principal donde se custodia al Santo la regaló á la iglesia Felipe IV de España. Muy rico el tesoro en la sacristía. Las imágenes de San Ambrosio y de San Carlos, de cuerpo entero, ambas de plata, con joyas, y de oro un libro que tiene San Ambrosio. Muy de notar el techo de la catedral, pintado de claro-oscuro, tan á lo vivo que parece ser mármol calado.

Examinamos el fresco, tan estropeado ya, de Leonardo de Vinci, en el antiguo refectorio de los Dominicos de Santa María *delle Grazie*. Se conserva la iglesia antigua. Vimos de día, por no haber ahora representaciones, el teatro de la Scala; algo mayor que el de San Carlos de Nápoles; la fachada y entrada del último mejor, pero á mi gusto preferible la parte interior del primero. Mereció por la tarde nuestra atención el Corso y el arco de triunfo llamado *della Pace*, de mármol y muy ensalzado. Pasamos la noche en el teatro del Ré.

*Día 18.*—Iglesia de San Víctor; medallones con frescos de Procaccini y otros pintores de su tiempo.

La Brera, y por la tarde á Monza, á ver de nuevo la corona de hierro y el tesoro.

*Día 19.*—La iglesia de San Celso, con frescos de Appiani. El Conservatorio de Música: hay en él unos veinte alumnos varones, y otras tantas hembras. Cuesta al gobierno unas sesenta mil libras austriacas al año.

*Día 20.*—Fuimos al lago de Como (*Larius*, entre los antiguos). Tiene quince leguas de largo y una y media de ancho. Principia en donde por una parte desagua el río Mera y por

otra el Adda en Cólíco (1), que viene de la Valtelina. En Bellagio se divide el lago, yendo un ramal á Como y otro á Lecco; saliendo de este último ramal y siguiendo su curso al Milanésado hasta el Pó, el rio Adda. Nosotros fuimos á Como, pueblo bastante grande, patria de los Plinios, cuyas estátuas estan en la catedral. Tambien es patria de Volta, á quien han erigido en la plaza una estátua colosal. Nos embarcamos en Como en un buque que hay de vapor, á cuyo bordo fuimos hasta la Cadenabbia, siete leguas distante. Al ir quedan á la izquierda las quintas de Odescalchi, hoy Raimondi, la de Este y otras varias: y á la derecha la de Madame Pasta, y las llamadas Plinianas, con una fuente intermitente. En muchos parajes vistas muy pintorescas. Desde la Cadenabbia pasamos á ver la *villa Sommariva*, allí inmediata, en bella situacion, con objetos de artes. Son los más importantes un grupo de amor de Canova y otra estátua del mismo, con un grande bajo-relieve de Thorwaldsen, que se dice haber costado setecientos mil francos. Cruzamos despues en una barquita el lago y subimos á la *villa Melzi*, enfrente de la Cadenabbia y cerca de Bellaggio. Está en una iglesia inmediata á la casa enterrado Melzi, el que fué presidente de la república italiana. Cercana á esta quinta, está la de Serbelloni y su bosque en una altura, como á horcadas del punto en que se divide el lago de Como y el de Lecco. Almorzamos este dia 20 en la Cadenabbia, comimos en Como y nos volvimos á dormir á Milan.

*Dia 21.*—Visitas y pasear.

---

(1) Aquí, en Cólíco, llega el famoso camino nuevo que, partiendo de Milan va á Viena, dirigiéndose por Monza á Lecco y continuando á las orillas del lago por medio de grandes galerías practicadas en el mármol. Sepárase en Cólíco del que va al Splughen ó Splüga, deja á la izquierda el castillo que en 1602 mandó hacer el conde de Fuentes á la entrada de la Valtelina, sigue lo largo del valle de ésta, atraviesa la ciudad de Sondrio, capital de la misma, y sube á la cima del monte Stelvio, siendo el camino más elevado de Europa, lleno de galerías y pasmosas fábricas, y avanzando en seguida á Inspruck y Viena. Es el camino más corto de esta capital á Milán.

## DE MILAN Á PARÍS.

*Día 22.*—Partimos de Milan, tratando de salir de Italia por el Tirol, yendo á Alemania. Almorzamos en Chiari, y fuimos á comer y dormir á Desenzano, orillas del lago de Garda (Benacus).

*Día 23.*—Costeando el lago, atravesamos por Peschiera, fortaleza bastante considerable, y por donde sale el Mincio del lago de Garda, para continuar su curso á Mántua. En la próxima posta, en Castelnuovo, se divide el camino de Verona del que en derechura va al Tirol. Parten luego términos los reinos Lombardo y Véneto; se pasa poco despues el Adige, rápido y caudaloso, en una barca bastante mala. Antes de llegar á Volargno se junta al camino de Castelnuovo al que de Verona va al Tirol. Más allá de Volargno, se entra en lo que se llama La Chiusa, garganta estrecha, de piedra tajada, por cuya angostura corre el Adige, y á su márgen izquierda el camino, magnífico, y aun con lujo hasta Trento. Almorzamos en Ala, empezando antes en el pueblo miserable de Ossenigo, pegado á la posta de Peri, el verdadero Tirol. Cruzamos por la ciudad de Roveredo, de 12.000 almas, situada en paraje pintoresco, y llegamos á comer y dormir á Trento, que tiene 11.000 habitantes, á la izquierda siempre del Adige. La entrada y el país bello, rodeado de altas montañas. Visitamos la catedral y Santa María Mayor, en cuyas dos iglesias, particularmente en la última, se celebró el famoso Concilio, empezado en 1545, en Diciembre, bajo Paulo III y concluido en 1564, en Enero, bajo Pio IV. A la derecha del altar mayor de Santa María enseñan un cuadro que representa el Concilio; cuyos personajes dicen ser retratos de los que en él intervinieron. Nótase en el púlpito el de Láinez, como orador del Concilio, y al embajador español D. Claudio Fernandez de Quiñones, conde de Luna, sentado delante de la mesa del secretario, y alejado de los otros embajadores por disputas de precedencia.

El 24 almorzamos en Bolzano, en donde se deja el Adige, y dormimos en Brixen, teatro de las hazañas de Hofer.

Traspusimos el 25 el Brenner, paso, por esta parte de los Alpes, fácil y bueno, almorzando antes en el mismo Brixen. Antes del puerto y despues del mencionado Brixen, levantan una fortaleza (*Blockhaus*) muy notable los austriacos. Comimos y dormimos en Inspruck, ciudad situada á la derecha del Inn, capital del Tirol, circuida de altas montañas de 7 á 8.000 piés sobre el mar, y de más de 12.000 habitantes. La iglesia de Santa Croce ó de la Corte (segun otros), de franciscanos, notable por estar en medio de ella el sepulcro del emperador Maximiliano, de mármol blanco, con relieves y 28 estátuas de bronce de buen gusto, de príncipes y princesas. Han erigido tambien allí el sepulcro de Hofer.

Salimos el 26 de Inspruck y almorzamos en Mittenwald, encontrándose poco antes de este pueblo la raya que separa el Tirol de la Baviera. El camino bueno, pero no tanto como el que corre de Italia á Trento. Algunas subidas y bajadas muy rápidas. Despues y antes de Mittenwald, se encuentran montañas alpinas muy elevadas y otras no tanto, pero cubiertas de pinares que rodean el lago de Wallersee. Encuéntrase despues el de Kockel, no tan vistoso, habiendo nosotros comido en Benedictheuren, á ocho millas alemanas ó postas de Munich.

Hasta esta capital, el camino ahora es llano por lo general, no habiendo otra vista buena más que la de Wolfertshouse, sobre el Isar. De Benedictheuren seguimos, despues de comer, el camino por la noche, y llegamos á Munich á las cuatro de la mañana del 27 de Julio.

Nos alojamos en Munich en el *Hôtel du Cerf d'or*. Vimos el día 27 la fundicion de bronce, en que hay estátuas de duques de Baviera para colocar en la sala del trono. El palacio del príncipe Eugenio, en el que enseñan muy buena galería de cuadros con Murillos y Ribaltas y estátuas de Canova. El palacio del Rey ó de la residencia, cuya fachada á la plaza quiere imitar el palacio Pitti de Florencia. En esta plazuela se ve á un lado el teatro Real, y en medio una estátua sentada de Maximiliano, padre del Rey actual. En el palacio, cuartos pintados, imitando á los de Pompeii, que no producen buen efec-

to. Hay un paseo á manera de un jardin inglés sobre el Isar, espacioso y bello: lo mismo el paseo cubierto para el invierno cerca de palacio, con pinturas al fresco. El teatro Real grande, pero feo por dentro.

*Dia 28 de Julio.*—Capilla de palacio, nueva, de mármoles, con imitaciones de pinturas antiguas. El salon del trono y de baile, que se fabrica, grandioso. Visitamos este dia el Museo de estátuas, obra magnífica del Rey actual: muy de observar las estátuas y mármoles de la isla de Egina, cuyos yesos están en San Juan de Letran, en Roma; un fauno llamado de Barberini, de las buenas estátuas de la antigüedad, y otras. En los mármoles nuevos se distinguen una repetición de la Vénus de la Consolacion, de Canova (del palacio Pitti), y un Paris, tambien suyo, y el Rey actual de Baviera por Thorwaldsen.

Examinamos igualmente la galería de cuadros, muy escogida, formada y áun fabricado el edificio, como el del Museo, por el Rey actual. Es lástima que se hayan retocado sobremanera algunos de los cuadros. Nos paseamos más tarde por el paseo y jardin que habita la Reina, á media hora de Munich: no hay nada particular.

*Dia 29 de Julio.*—Almorzamos en Augsburgo, habiendo pasado antes el Lech. Apenas restos en el palacio episcopal de la sala en que se convino la confesion de Augsburgo. Comimos y dormimos en Ulma, cruzando al llegar á esta ciudad el Danubio, por un puente que separa la Baviera del Wurtemberg. La catedral, de construcción gótica, muy admirable.

*Dia 30.*—Almorzamos en el mismo Ulma, y comimos y dormimos en Stuttgart; aseada ciudad y buen palacio, anchas calles y casa hermosa del Rey, y buenas vistas sobre el Neckar, en lo que se llama palacio de Rosenctein, en donde se encontraron los fósiles que denominan, del lugar en que estaban, Kanstadt.

*Dia 31.*—Almorzamos en Carlsruhe, y comimos y dormimos en los baños de Baden.

*Dias 1.º y 2 de Agosto.*—Permanecemos en Baden y vimos sus vistas y hermosos alrededores.

*Día 3 de Agosto.*—Después de almorzar en Baden, fuimos á comer y dormir á Strasburgo, cruzando el Rhin, que separa la Alemania de la Francia. Paramos en el *Hôtel de la Ville de París*, muy bueno. Visitamos por la tarde la catedral, el sepulcro del mariscal de Sajonia en Santo Tomás, y los paseos La Robertsan y Le Contades. También el arsenal, que dicen contiene 500.000 fusiles. Además del Rhin, que corre á corta distancia, atraviesa por allí el Ill y la Bruch.

*Día 4 de Agosto.*—Almorzamos en Phalsbourg, pequeña plaza de Armas; comimos y dormimos en Nancy. Por la mañana, antes de Phalsbourg, pasamos las montañas des Vosges en Saverne.

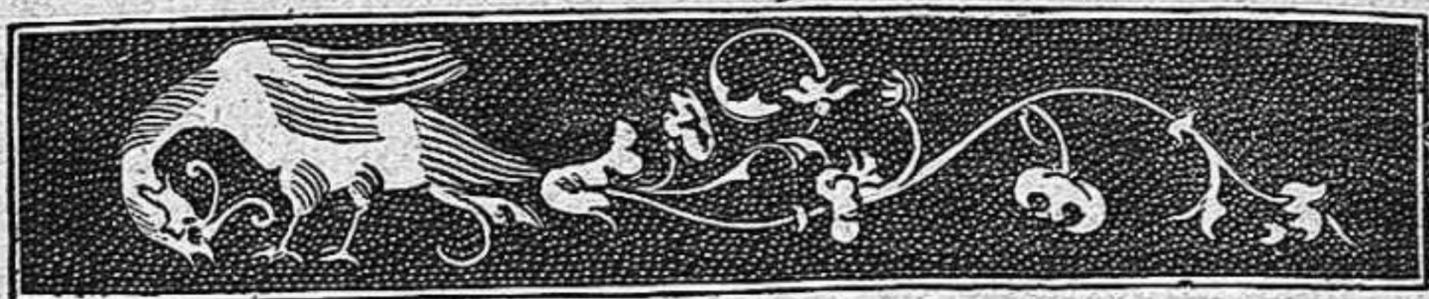
*Día 5 de Agosto.*—Almorzamos en el mismo Nancy, visitando antes la iglesia antigua des Cordeliers, donde está la Chapelle Ronde ó Ducale, que servia de enterramiento á los duques de Lorena, ahora restaurada. Se trasladaron á la bóveda los huesos de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, enterrado en la iglesia de Saint-Georges, demolida por Estanislao, Rey de Polonia, al hacer en la plaza que lleva su nombre varias fábricas. Vimos dicha plaza, en cuyo centro está la estatua del mismo Estanislao, el teatro en uno de los lados, y de lejos enfrente la prefectura (antiguo palacio de Estanislao) y en lo opuesto el *Hôtel de Ville*. El antiguo palacio de los duques de Lorena (ahora cuartel de gendarmería) está junto á la Chapelle Ronde. Véase en el arrabal de Saint-Pierre, la iglesia du Bon Secours, donde yacen sepultados Estanislao y su esposa, y el corazón de su hija, mujer de Luis XV. En tiempo de este Rey se unió la Lorena á la Francia por cambio hecho con María Teresa de Austria (mujer de Francisco, último duque de Lorena) con la Toscana, bajo de condicion que conservase Estanislao la Lorena mientras viviese. Murió éste de ochenta y ocho años, en 1766. Tiene Nancy 50.000 almas, á la izquierda de la Meurthe; *Hôtel de Francia*, donde estuvimos, muy bueno.

El mismo dia 5, después de pasar La Moselle en Toul, y La Meuse más adelante, llegamos á comer y dormir á Saint-Dizier, *Hôtel de Soleil d'Or*. Almorzamos el 6 en Vitry-sur-Marne, y comimos y dormimos en Coulommiers, que es

ya la antigua Brie. Todo este camino, aunque se llama nuevo, está muy descarnado y deplorable. El país árido y de mal aspecto.

Almorzamos el 7 en el mismo Coulommiers, y nos dirigimos en seguida á París, en donde entramos, despues de atravesar la Foret y pueblo de Vincennes, por la barrera du Trône, llegando á nuestra casa, rue Joubert, núm. 29, con toda felicidad, al cabo de una ausencia de cinco meses menos cinco dias.





## LOS CEREALES EN ESPAÑA



A tarea que nos imponemos en esta clase de trabajos que tanto exigen datos estadísticos, es delicada si se tiene en cuenta lo incompleto que es en España este interesante elemento de la ciencia.

La riqueza y producciones del arbolado en sus diversos ramos se ha hecho imposible de determinar en los últimos estudios publicados por la *Gaceta Agrícola*, distando mucho los cálculos y antecedentes de fijar siquiera el número de hectáreas plantadas de olivar; razón es para que al tratar en esta ocasión de los productos y movimiento de siembras eventuales, hagamos la salvedad indicada. Lo único que puede establecerse aproximadamente es el producto en conjunto por término medio de quinquenios, teniendo que valerlos para conseguir esto del cálculo prudente de consumo anual, con cuyo dato obtenido en el número de habitantes consumidores y con el movimiento que arrojan las importaciones y exportaciones en las aduanas, podemos deducir el total producido, que siendo por término medio no ofrece duda de su aproximada exactitud.

Entiéndase que con el nombre de cereales nos referimos sólo al trigo, pues los demás granos y legumbres secas son de un interés secundario, y no se consideran de primera necesidad como el pan.

Ya sea porque dicho alimento constituye la base de subsistencia para el hombre en este País, ya porque su cultivo, el más importante de nuestra agricultura, representa un elemento de riqueza nacional, viene siendo objeto el problema del pan de las más interesantes discusiones; y ha llegado el caso de juzgar el Gobierno, hace dos años, la necesidad de que se reuniera un Congreso de agricultores para deliberar y proponer los medios de precaver la posible competencia de los trigos americanos, que pueden llegar á nuestros puertos á menos precio del que aquí cuesta producirlos. Dicho Congreso, que presidió el entonces Director general de Agricultura, Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, al ofrecer un cuestionario sobre los temas llamados al debate, ha dado la voz de alerta á los intereses de la agricultura. Sus discusiones y sus consideraciones pueden servir al menos de consejo, pues no cabe otro procedimiento en el orden consultivo. Tenemos á la vista el tema de que fué ponente el ingeniero agrónomo Sr. D. Eduardo Abela, reducido á cuatro preguntas referentes al interés compendiado de dicho asunto, contestadas, en cuanto se exigían concretas, con gran suma de conocimientos prácticos y abundante razón científica; mas como desconozcamos la índole de las demás consideraciones expuestas en aquella ocasión, y las contestaciones referidas se reducen á recomendar á los labradores la oportunidad, la economía en que son esenciales las nuevas máquinas agrícolas, y los modelos de cuentas de gastos aplicables á su industria en las diferentes regiones de nuestra Península, muévenos su propio estímulo á exponer hoy observaciones varias que se relacionan con el mismo tema que no ha perdido interés hasta ahora: antes bien, creemos probable que el cultivo americano progrese lo bastante para que se realicen aquellos temores antes de que nuestra agricultura adopte los buenos consejos; creemos que la economía en los transportes haga cada vez más fácil la importación en España de aquellos trigos, y es urgente que nuestra industria adopte un nuevo modo de ser para no quedar anulada.

Desde hace pocos años se viene reconociendo el supremo interés de la verdadera riqueza, que es el producto de la

tierra; se viene haciendo una gran propaganda; pero tan atrasado estaba este ramo, tan arraigadas las costumbres agrícolas propias de otro siglo y tanta es la falta de instrucción general en las clases pobres y trabajadoras, que puede decirse hoy para dar una idea propia de este período, que la ciencia ha entrado en la agricultura, pero la agricultura no ha entrado en la ciencia.

Los adelantos no pueden improvisarse fuera de la serie natural de los conocimientos, ni las causas orgánicas de un defecto social pueden modificarse con la aplicación de esos que debemos llamar paliativos.

La agricultura en su mayor proporción ha venido siendo en España, hasta los principios de este siglo, industria familiar como otras muchas, que sólo han podido satisfacer la necesidad interior: elevada hoy á especulación por otras exigencias de la riqueza pública y otra aspiración de la actividad común, hay que pensar en ella como la principal fuente de riqueza verdadera en donde el resultado es positivo. La fertilidad de nuestro suelo marca el destino productor de sus moradores, así como cada país parece que tiene señalado el suyo. El nuevo fruto que se extrae de la tierra sin sacrificar intereses que no desaparecen como los de otras industrias y negocios que absorben la mayor parte de las inteligencias y actividades; que constituyen la vida de los hombres y de los animales útiles; que no está fundado como aquéllos en la usura ó en un lucro que por lo menos representa el consumo y no el producto, no es el llamado á constituir la base del sistema tributario, que sólo tiene su fundamento en un tanto sobre la utilidad de cada negocio. La fuente de todas las demás producciones no necesita ser protegida para que pueda ser libre de gravámenes, porque sus impuestos, elevados hoy por varios conceptos á un 40 por 100; no permiten su desarrollo, y están en razón inversa de los resultados de las demás industrias, que no tienen más vida que la prestada por aquella primera riqueza.

No es tampoco protección, porque renunciamos á este nombre en cambio del de conveniencia nacional, el facilitar senda para que los capitales acudan á la agricultura, lo cual

no puede realizarse mientras obtengan del 7 al 12 por 100 sobre hipotecas, libres de gravámenes é impuestos. No puede realizarse mientras los campos no inspiren una completa confianza, y esto se consigue aumentando la Guardia Civil, siquiera en el número que suponen en cada pueblo las partidas rurales y agentes de los municipios, que conviene sustituir de este modo. De igual manera interesan los caminos vecinales y de división, que habría que buscar una fórmula para que existieran, como representan los millones que á ellos se destinan; y no hay caminos ni puede fomentarse la construcción, la población, ni las industrias tal como se hallan en los inviernos; porque la agricultura española, sostenida hoy por la afición más bien que por otros alicientes, necesita ya que acudan á ella los capitales si ha de elevarse á esas dignas competencias donde le llaman las necesidades de la época; y los capitales no cambian una garantía por las eventualidades de un negocio aventurado, hasta que éste ofrezca otro aspecto, que es el punto capital de nuestra observación.

En las regiones menos meridionales de la Península no son tan eventuales las cosechas de cereales en tierras de secano, porque tienen más tiempo de esperar la lluvia antes de florecer, ni es tan violenta la temperatura en las anticipadas sequías de la primavera; pero las regiones centrales, y sobre todo la vasta región andaluza que comprende las ocho provincias meridionales, lleva una historia penosísima, siempre sostenida por una esperanza de pingües resultados, á manera de las confianzas que se fundan en la lotería, pues las grandes labores ofrecen por término medio un producto de 6 por simiente, que equivale á producir el trigo á 23 pesetas hectolitro, según las cuentas más justificadas. Este resultado es de perjuicio, toda vez que el término medio del precio es de 22 pesetas hectolitro en los quinquenios que tenemos á la vista desde 1860 á 1880. Para ofrecer una expresión de estas esperanzas y estos desengaños, podemos citar el ejemplo de que durante el siglo actual no se han conocido más que dos cosechas colmadas: la de 1837 y la de 1880, que produjeron del 15 al 20 por simiente, en cambio de que

los 79 años restantes señalan muchos de 2 á 3 simientes, y algunos de no llegar á segarse.

Este déficit que resulta en las grandes labores de trigo, en cortijos de 200 hectáreas en adelante, supone muchas ruinas en unos pueblos, y en otros la absorción de los productos de la ganadería ó la arboleda, desde esas épocas en que cegados unos y estimulados otros por alcanzar mejores rentas á las tierras propias, se lanzaron á un género de especulación funesta para ellos y para el País, que de esa forma ha sufrido la falta de producción. Esto se comprueba con el resultado de las pequeñas labores de 1, 2, hasta 20 hectáreas que observamos en los mismos pueblos, en hazas que se llevan por familias y cuyos productos por término medio arrojan doble cantidad que las grandes.

Aquí se ofrece la ocasión de hablar de las máquinas modernas de labor, pues se desprende la utilidad en prontitud y economía para las labores de alguna extensión, como se observa la dificultad de aprovecharlas al gran número de pequeñas suertes salpicadas en todas las comarcas, por razones de larga explicación, que se comprenden en la falta de instrucción, en la pobreza de estos labradores y en el mal ejemplo que ofrecen los otros no adoptándolos por inercia. Su economía es evidente, y los Ayuntamientos debieran interesarse en su uso por todos los medios con que la eficacia logra vencer los imposibles; aunque tuviera que sacrificar algo poseyendo arados, escarificadores, una segadora y una trilladora; para que al menos no faltara el estímulo de este ejemplo en ninguna parte.

Pero vengamos á los remedios radicales y convengamos que en esas regiones cálidas no basta todo esto para prevenir una competencia con la producción de las labores extensivas de América ó Rusia, principalmente por las bases económicas del suelo. Observemos en nuestras provincias meridionales que en cada diez años se ofrece una serie de contingencias atmosféricas, que poco más ó menos están en armonía con el ejemplo de los diez años que tomamos por tipo, y es como sigue:

AÑOS.	ACCIDENTES.	RESULTADOS.	PRODUCTOS MEDIOS.	PRECIO.
1870	Lluvias oportunas.	Cosecha regular.	A 8 por simiente...	20 ps. h.
1871	Idem tardías.....	Idem.....	» 7 por simiente .	19 —
1872	Idem escasas.....	Idem.....	» 7 por simiente..	18 —
1873	Idem oportunas...	Idem buena.....	» 10 por simiente..	17 —
1874	No llovió en primavera.....	Idem perdida en partes.....	» 2 ó 3 simientes...	30 —
1875	No llovió hasta mayo.....	Idem escasa. . .	» 4 por simiente...	28 —
1876	Lluvias abundantes anticipadas.....	Idem escasa...	» 4 por simiente..	27 —
1877	Lluvias tardías...	Idem corta....	» 6 por simiente..	24 —
1878	Lluvias escasas...	Idem regular...	» 7 por simiente..	20 —
1879	Lluvias escasas..	Idem corta....	» 6 por simiente..	21 —
TÉRMINOS MEDIOS.....			Á 6,10 por simiente.	22,40

El anterior cuadro da una idea de otro que se viene ofreciendo en aquellas comarcas en la mayor parte de los años: todos los labradores, entregados á la Providencia, se apresuran á sembrar en las primeras aguas; durante el invierno templado se desarrollan los sembrados y presentan los campos un aspecto hermoso; pero llega la primavera, y entonces se resuelve todo; si abril, que es la llave, abunda en lluvias, los trigos ahijan y florecen; si, por el contrario, tan extremo como suele ser, transcurre seco, la elevada temperatura de esa estación con sus vientos reinantes del Este agostan en berza aquellos frondosos trigarrales en su mayoría, y sólo quedan más resistentes algunas porciones de terrenos altos en aumento hacia los puntos más al Norte de sus campiñas.

Entretanto, los numerosos y abundantes ríos que cruzan aquella región en todas direcciones, llevan sus aguas íntegras al mar en algunas de sus provincias, y las extensísimas vegas agostadas de sed, pudiera decirse que las ven pasar representando el suplicio de Tántalo.

Gastado parece ya el predicar los proyectos de regadío, por lo mucho que se ha encarecido la necesidad de canalizar aquellas tierras y salvarlas de la apatía que las hace estéri-

les, siendo las más fértiles de Europa; pero cuanto se diga en este sentido será poco, pues ésa es la única transformación que reclaman y el porvenir que tienen, acaso para cuya obediencia sea providencial la anulación de sus productos en perspectiva con la amenaza de los cereales americanos.

Los proyectos de canalización, que duermen inercia atribuída á varias dificultades, repetimos que no tienen más que una: la agricultura intensiva de explotación necesita fuertes capitales, y éstos no irán al campo mientras no tengan garantía y pierdan los alicientes que puedan combatirse en altas esferas.

Especular no es aventurar, sino llevar siempre la probable garantía del resultado; y ya se sabe que en dichas comarcas se pierde con frecuencia por la sequedad de los campos.

Lucha con la escasez de brazos trabajadores la necesidad de fuertes dispendios para llevar esta industria en buena explotación, dados los precios bajos á que se producen los cereales en América, ofreciéndose el ejemplo de Valencia, en que el resultado de los trigos es negativo, única provincia en que se cría con riego, y que cuesta el criarlos más de lo que valen. Luego no es preciso empeñarse en producir lo que no conviene. De esta verdadera temeridad participan todas las comarcas que, siguiendo costumbres antiguas de proveer las necesidades, no se despreocupan hoy de esa inútil prevención, puesto que las nuevas comunicaciones, en armonía con la vida comercial, han de facilitar siempre los productos al precio ínfimo, trayéndolos de donde valgan menos. Y si en una comarca corren los cereales esta aventura, y la naranja, por ejemplo, es oro sin competencia, será contrariar esa clase de lección de la naturaleza resistiéndose á las insinuaciones del progreso.

Raya en ceguedad esta obstinación cuando es público que un agricultor de esas regiones cálidas, cansado de labrar trigo en seco, y de no obtener beneficio, le vemos resolverse á no sembrar, dejando sus tierras de eriazo destinadas á pasto. Con esto obtenía en las estaciones medias un gran

resultado, cobrando á dos reales diarios por cabeza de ganado mayor; y hay que advertir de paso que, dado de baja en la labor, se ahorra la contribución. Esto explica la escasez de pastos y la buena aplicación que obtendrían las tierras análogas, destinándose á prados artificiales y á los productos industriales que están más libres de competencia, cuya reclamación es notoria si ha de fomentarse la ganadería destinada á carnes, que están disfrutando, aun flacas, precios excesivos.

Pudiéramos seguir ofreciendo ejemplos análogos á estos dos de productos positivos. La instrucción es lo único que desarraiga los malos cálculos que proceden de costumbres añejas; y el que los capitales puedan ir al campo depende del celo que deben desarrollar los Municipios, tanto para garantizar la seguridad de los despoblados, cuanto para que haya los caminos indispensables al fomento de la agricultura: poniendo ellos por su parte estos medios activos, recursos sobrarían á los representantes que eligieran para proponer leyes que, desviando el capital de la usura, se aproximara á cimentar la base de riqueza nacional, que es nuestra producción agrícola.

Marcadas están por los resultados económicos las regiones destinadas á renunciar esa agricultura violenta y peligrosa. Si Castilla (alta y baja), León, Extremadura y parte de Aragón son las únicas tierras capaces de producir trigo á precio igual ó inferior de los americanos, según los datos de sus productos y precios, y precisamente en las restantes más meridionales es donde se aclimatan las plantas tropicales, donde se suelen producir dos cosechas en legumbres, como el maíz, con tal que tengan riego, y donde se cuenta con vigor para producir las hortalizas forzadas, para las que poseemos un verdadero tesoro con la obrita que lleva este nombre, publicada por el Sr. D. Diego Navarro Soler; donde, en fin, clama prados artificiales la escasez de montes y los exige á la vez la previsión que en aquéllos aconseja combatir el pasturaje montaraz, causa de constantes incendios y ruinas, tendremos el cuadro de agricultura obediente, á que sin duda está destinado el porvenir de civilización en aquellas comarcas. Pero

no basta esta esperanza, que, abandonada á los acontecimientos del acaso, la creemos muy lejana. Es preciso hacerse cargo de que, con arreglo á nuestro modo de ser económico y social, no son eficaces las iniciativas particulares, si dejan de ser impulsadas por la acción del poder que en este país conserva en su mano todos los resortes. Por esto hay que pedirlo aquí todo á los Gobiernos; y cuánto será verdad todo esto si observamos que ha tenido que ponerse de moda entre nosotros la reclamación del pago á los maestros de escuela y que se ocupe todo el mundo de ellos, y los haga la opinión el tipo hambriento de las comedias, y aun no podemos cantar victoria, tratándose del primer elemento que se necesita para la instrucción primaria, base de todas las demás instrucciones. Es preciso tener presente que la mayoría de esa clase en los pueblos agrícolas es casi nula, y que las visitas que se les giran á costa de tantos gravámenes para el Tesoro, están perfectamente arregladas á las fórmulas. Que los estudios y libros que se pagan por el Estado para el fomento de la industria que nos ocupa, sólo sirven para la ilustración del centro; que la lectura ha caído en desuso; las bibliotecas, aunque pocas donde hacen falta, son adornos de soledad, y por esto los cajones de libros duermen cerrados años enteros: todo lo cual depende, enlazadamente con los defectos de la enseñanza, de que los Municipios son cuerpos políticos. ¿Para qué más filoxera ni más langosta que este inconveniente administrativo?

Conviene que á propósito de la opinión, alarmada por las constantes emigraciones de la clase trabajadora, pongamos de manifiesto la necesidad de brazos en las comarcas meridionales el día que su agricultura tomase un aspecto más racional; esto es, que todos los sacrificios que pudiera hacer el Estado para evitar la decadencia de población, que es el primer interés de un Gobierno, y que se eleva á la enorme cifra de un millón de emigrantes en cada diez años, tendría un doble efecto en la aplicación de obras de canalización que los Municipios debían alentar en sus respectivos predios, y de máquinas de vapor que desde luego son utilizables en las márgenes de muchísimos ríos que dominan extensas vegas,

donde se estimularía la producción, y tanto más reproductivas que las que arrastran vagones subvencionados, que algunas de ellas no pueden costearse en tantos años por haber empezado con los medios de conducción antes que haya qué conducir.

Pues en medio de lo que se combate (moralmente) la emigración, es lo cierto que está fundadísima por el instinto de conservación entre pobres trabajadores sin ocupación, no en busca de soñados tesoros, como se cree que persiguen en América, sino en busca del honrado pan. No participan de esta resolución aventurera, que tan perjudicial es á la Patria y á la generalidad de ellos mismos, los atrasados campesinos de las provincias béticas; pero tanto peor es, bajo el punto de vista humanitario, pues en esos pueblos dedicados á las grandes labores en secanos, que ocupan á todos sus habitantes si es posible en dos faenas de algunos días al año, no pueden sostenerlos siempre, y aun destinados los sucintos á las tareas constantes, sufren paradas de meses enteros en que tienen que vivir á expensas de la limosna ó del préstamo. Muchos inviernos presenciamos estos accidentes; cuando llueve mucho ó cuando no llueve, la crisis de estas paradas es una calamidad, y en el invierno que sigue á un año de mala cosecha, como sucede con frecuencia, se les aconsejaría que emigrasen si desde cerca se les observara vivir casi sin comer, ó sea repartiendo un pan prestado entre toda una familia numerosa.

Esta es, pues, otra de las serias contrariedades de la agricultura actual en aquella vasta región.

Deduzcamos ahora, por medio de los datos fehacientes que nos suministra la estadística de aduanas, el cálculo de la producción relativa entre el trigo y los frutos de la vid, del naranjo y del olivo, en la proporción de hectáreas que existen en cultivo por cada uno de estos ramos.

Antes expondremos que de los 50.000.000 de hectáreas que forman el territorio español, catorce de ellos se explotan en el cultivo de cereales. De estos son 10.000.000 los que se dedican al trigo, luego éste ocupa el 20 por 100. El olivo el 2 por 100, la vid el 2,44 por 100 y el naranjo y limonero

sólo 60 milésimas por 100; datos que se ofrecen por las estadísticas de D. Fermín Caballero en cuanto al primer producto; por el citado Sr. Abela en sus estudios del naranjo; en los estados de la Exposición vinícola de 1877 respecto de la vid, y en los últimos resultados que hemos obtenido en esta clase de trabajos al tratar de la producción del olivo, deduciéndose de este cuadro:

		HECTÁREAS.
Superficie total de suelo.....		50.000.000
En cultivo de trigos (próximamente)...		10.000.000
En id. de la vid.....		1.236.476
En id. del olivo.....		989.128
En id. del naranjo y limonero.....		8.362

EXPORTACIÓN ANUAL.	CANTIDAD.	VALORES.	
		— Pesetas.	
Trigo y harinas.....	79.785.443 K. <sup>s</sup>	21.063.266	
Vinos y aguardientes.	221 920.176 L. <sup>s</sup>	154.089.295	
Aceite y acitunas....	18.460.047 K. <sup>s</sup>	9.230.023	
Naranja y limón.....	70.092.014 K. <sup>s</sup>	11.314.514	

Está de manifiesto que ocupando la vid casi la décima parte del terreno que la planta del trigo, produce tres veces más cantidad y obtiene seis veces de importe en sus valores. Que el olivo en análoga proporción al número de hectáreas que ocupa, produce cerca de la mitad que el trigo, además de otras producciones de que es susceptible la tierra plantada de este arbusto. Y que el naranjo y limonero, que sólo ocupan una extensión insignificante, arrojan más de la mitad del valor de dicho cereal, además también de los productos que en los primeros años del plantío se obtienen, aun en su beneficio, en las tierras de dicho árbol.

No parecería importante esta observación de productos y valores en un país donde no fuera posible sustituir la agricultura providencial y engañosa de los cereales en secanos, por otra de inmensos resultados en el producto, en la utilidad y en la aplicación de los trabajadores durante todas las esta-

ciones del año; pero en el nuestro, que reúne todas las condiciones de que nos hemos ocupado ya, es verdaderamente una desgracia, tanto más digna de lamentarse mientras más tiempo se pierda en proponer medios que la conviertan y transformen según las ideas que hemos apuntado.

Procediendo el cultivo del trigo de una necesidad para el sustento, llegó á santificarse su nombre; y mezclada su estimación material con el respeto de los dones que representa para el hombre, es la verdad que en el objeto de su producción no han solido ajustarse cuentas. Pero ya hemos dicho lo que significa en el obligado progreso de los tiempos la suerte de los pueblos que se quedan atrás ó se resisten á entrar por los adelantos. El progreso no es un placer con que nos brindan las épocas por aliciente de su variedad, sino una obligación que se nos impone, y que si no aceptamos voluntariamente, se convierte en violencia que nos destruye.

Estamos observando que necesitando el consumo nacional á razón de un kilo de pan para cada tres habitantes, suponiendo que en unas provincias se consuma mucho más, y en otras muy poco; tenemos la cifra de 5 millones de kilogramos diarios, próximamente, que componen al año la suma de 22.812.500 hectolitros, y aunque esto parezca poco y la semolería, pastas y almidones pudieran elevar el gasto anual á 30 millones de hectolitros, es bastante la producción de las comarcas centrales y del Norte, que hemos indicado, para que el consumo nacional esté satisfecho. No hay que temer eventualidades de malas cosechas, pues éstas se generalizan y es peor. El provecho de las exportaciones del sobrante, sobre no representar verdadera utilidad, ya sea por su costo al producirlo, ya por poder obtenerlo pronto más barato, anuncia quedar anulado en el paso de los acontecimientos naturales; pues el mundo camina al libre comercio y las conveniencias de defender un ramo de la producción no merecen sacrificar los otros beneficios que se siguen de ese concierto mercantil que avanza en todas las naciones civilizadas á establecer un lazo de armonía y de paz para todos los pueblos cultos. Mediante esta justísima esperanza encontramos que las fábricas harineras de Castilla, que re-

presentan en la exportación más de la mitad de sus cifras, pues por término medio se remiten anualmente á nuestras posesiones de América unos 40 millones de kilogramos de harina, no pueden fundar seguro porvenir en sus fabricaciones como no sea para destinarlas á la Península, pues los mercados americanos, á mucho menos precio en este artículo que en Europa han de realizar más ó menos pronto el objeto que hemos anunciado. Y en este caso ocurriría lo que observamos en Andalucía el año de 1874; que á pesar de haber subido el precio de los trigos á 70 rs. fanega, la harina de Castilla descendió de 21 rs. arroba á 17; no porque hubiera razón de baja, sino porque había fracasado la contratación en aquel año para la isla de Cuba, por haberse allí dado entrada á las harinas norteamericanas, y como este artículo no puede conservarse mucho tiempo, hubo necesidad de darles salida á cualquier precio, causando inmensos trastornos en los intereses y los cálculos de las demás provincias españolas. Todas esas fabricaciones que desde hace algunos años vienen extendiendo sus remesas á las provincias meridionales de España, aun en los años que hay en éstas buena cosecha, comprenden que pudiendo competir interiormente en los precios, no hay otro porvenir para ellas que el consumo de la Nación: ¿qué puede suceder cuando Castilla no tenga exportación? Los trigos andaluces y valencianos producidos de 22 á 25 pesetas hectolitro no tendrán aplicación, ni para sus propias localidades, porque Castilla y Extremadura llevan sus productos á menos valor que lo que ha costado producir en las otras.

Queda demostrado el porvenir de las labores extensivas de nuestras provincias meridionales, y en general el de los cereales, que cueste el producirlos á más de 18 pesetas hectolitro.

Quiera Dios que haya en esta tierra de tantos genios, uno siquiera que se dedique á salvar de la decadencia que nos amenaza gérmenes de riqueza y bienestar social abandonados, convirtiendo en jardines los incultos territorios que guardan el más seguro porvenir de España.

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.

Madrid 20 marzo 1882.



## EL ÚLTIMO SUSPIRO <sup>(1)</sup>

### IX.

PRECISIÓN Y UNIDAD EN LA FORMA, FONDO Y EXPRESIÓN  
DEL ASUNTO DESCRIPTO.



**G**NTRAN en gradación natural, formando el cuerpo de la intención del artista, muchos elementos diversos, en cuyo nexo aparecen mil contrastes embellecidos como los reflejos del anochecer; y bajo la forma con que se nos dice la idea, percibimos una composición, una elección de tipos, los materiales, la luz, el colorido, el tono y hasta su ejecución vibrar en limitadísimo pentágrama la más tierna armonía. Conjunto originalísimo del arte pictórico, donde todos y cada uno de cuyos extremos son á cual más elocuentes, y el más vivo lenguaje de las ideas, á veces no expresadas por la palabra humana.

Procediendo por un orden verdaderamente analítico, puede presentárenos la forma bajo diferentes aspectos, porque en sí tiene cierta expresión de inacabable sentimiento, reflejado acerca de los demás, en su tiempo y épocas determinadas, influyendo según las circunstancias, relacionándose en la apoteosis de la idea, de la historia y del propio arte, como esfera altísima del pensamiento del artista; extremos que

(1) Véase la pág. 303 de este tomo.

igualmente ofrecen mil variadas apreciaciones acerca del Salvador Crucificado. Si contemplamos la forma, según y solamente se halla dibujada, la corrección salta á primera vista en el bulto aislado de Jesús. Desde luego se ha confesado por varios estéticos, que la exactitud absoluta no es objeto del arte; examinar la forma con una precisión matemática sería una nimiedad que no pudo conseguirse declarase defectuoso el Apolo de Belvedere, porque la figura tuviese ocho pies en vez de siete y medio; el pie izquierdo diez puntos más largo que el derecho; ni las irregularidades que notaron igualmente los rigoristas, viendo uno de los pies de la Venus de Médicis, una parte y tres minutos más largo que el otro (1); y en la de Milo los dos ángulos de la boca desiguales, y más gruesa la mejilla derecha que la izquierda (2); imperfecciones insuficientes á derribar las obras del alto rango en que el sentimiento estético las colocó, y en vano sería lamentar la vista de esos detalles si el gusto había ya declarado de un valor supremo, de imitación dignas, y no hubieran sido modelo á cuya influencia ajustaran los sucesores tantos esfuerzos en reproducirlas; es para los estéticos obra del sentimiento, también verdadero juez de la corrección de la forma, y de todas las cualidades que se trata de expresar. Hé aquí por qué han abandonado esa precisión exacta, que no puede existir, rigurosamente hablando, en las altas regiones del arte, porque ningún peso hay que sostener, y bajo el cual pueda á una leve declinación de línea derrumbarse un muro inmenso, cuyos escombros entierren precioso invento; por eso, si al contemplar el Cristo de Velázquez vemos toda anatomía perfectamente proporcional, y al ver las manos del que nos ha dibujado Cano, le hallamos rígido, no pedimos al cuadro una depresión ó mayor amplitud en los dedos que forme juego más armónico á la expresión noble y blandamente inclinada del santo

(1) Feuerbach: *Der Vaticanische Apollo Zuveite Auflage*, S. 167.

(2) Fröhener: *Musee des Antiques, la Venus de Milo*. V. también Gerdy, *Anatomie des formes exterieures du corps humain appliquée á la peinture, á la sculpture et á la chirurgie*.

rostro; ni descomponer el cuerpo en cuadrículas, para conocer la proporción recíproca, ni usando del compás y regla, tratamos de medir distancias, si los brazos y las piernas guardan relación, la herida es proporcional al arma usada en aquellos tiempos, la espina propia del mirto; en lo demás, si la cruz es adaptada en sus dimensiones naturales al cuerpo, porque aparte del punto de vista en que deba mirarse, al en que ordinariamente se contempla la dirección de la luz, de nuestros ojos, nos rendirían los primeros procedimientos demasiado tangibles, y en segundo lugar á veces equívocos, y en este orden podría llegarse á lo indeterminado de la irradiación solar. ¿Es que consideramos suficiente, que al examinar los lienzos de Velázquez y de Alonso Cano, nos digan su tacto y hábil conocimiento del natural, su acierto en ofrecernos modelos ejemplarísimos, donde cada músculo ocupa su debido puesto, que nada se despega y resalta indebidamente, como tampoco ofrecen depresión alguna? Indudablemente los compases que establecen detalles exactos podían darnos notable resultado, pero terminaría en un efecto de curiosidad; la observación, tal y como la venimos desarrollando, nos da mayores resultados; colocados en lo natural, nos eleva á la región creadora del arte en su imitación realista más acabada, tanto más si se la compara con obras de igual género en superior escala del arte, tanto más si responde á la belleza negativa de la forma con mayor expresión que la ondulante línea, con una gracia superior á la de la serpentina (1); si en un cuerpo inerme como agotado con el aliento último del último suspiro, elevándose sobre sí mismo como el bendito aroma del incienso, si en medio de mil estudiadas sombras, llega á reflejar á lo lejos de la mansión terrestre, y á pesar de los contornos del cuadro, revístese la expresión total del cuerpo y de la figura con el grado de intensidad que nos sorprende y nos encanta; si el color de la carne nos parece macerado, cual si nuestro cuerpo fuera afligido por igual pasión humana, y no obstante de esa palidez natural al tormento, esa riqueza de sentimientos nos da la ideal belleza que así

(1) Hogarth, *Analyse de la beauté*.

tiende á la corrección misma, y en la que entrevemos algo más perfecto de lo que materialmente tocamos, como que resalta, engrandece y trasciende más allá del cuadro, nuestro ánimo sigue su poderoso vuelo, y el juicio que asentó su medida en lo natural, acaba de razonarla en la idea, y brota la opinión firme en la figura, forma y cuerpo que brilla con toda la belleza que le es propia, por la que nos llama á sí, ostentando toda su perfección, entre las obras más acabadas de los artistas.

Ahora bien; esta forma, así presentada, ¿reconoce precedentes, obedece á otro tipo que no el figurado en el personaje del siglo XVII, ha sido siempre igual, ó reconociendo sus tiempos, recibió el asunto delineado algunas transformaciones? ¿En qué punto podíase determinar el lazo de unión entre la diversa manera con que se nos ha presentado al Salvador en la Cruz? ¿Pertenece al cuadro de Velázquez, cual único modelo, ó al estilo antiguo, al que sirvió de ejemplo en la Edad Media, ó adelantándose al positivismo contemporáneo, adoptó una forma que había de reinar más tarde? Todo lo áspera que pudo resaltar la última expresión del Crucificado en esas formas adelgazadas de la Edad Media, todo lo poético que pudo hallarle una forma tan sencilla y humilde y pasiva como el cordero, nada serían si en su cuerpo no halláramos el eco de la primera idea que enunció Dios en el paraíso de delicias en medio de terrible sentencia: eso mismo indica mutua reciprocidad, ó que á la vez une íntimamente ambos elementos, pero no en tal exceso que no nos imponga alguna diferencia entre los signos empleados por el arte, y de lo que no fácilmente puede desprenderse el artista, á menos que olvide el objeto principal de su obra.

Cualidad exigida por la estética en el orden de los principios, y que su aplicación al cuadro de los pintores españoles enseña plenamente ha sido seguida en sus obras. De otro modo, en vano sería examinarlas, porque mientras unos rasgos dan, en pintura, una brusquedad en la cara ó una sonrisa, y tienen el temor y la alegría una expresión diferente, que tanto se distingue, con los rasgos del odio y del amor,

vistos á primera observación, dicen los rostros de sus figuras, en manera clara y advertida, la naturaleza del cuerpo santo, afecta y obediente á un sentimiento concitado ante la idea que lo reanima: pudiera verse en este concepto algo extraordinario, y realmente la estética aplicada descubre en los rostros venerandos una escala cuyos grados ascienden á lo último.

Mas en tal caso, los Crucifijos representados en lienzos de Velázquez y Alonso Cano, á pesar de las diferencias respectivas, y de ciertos detalles en cuanto al segundo, sin que por ellos pierda sentido, ¿son tan expresivos cual permiten los recursos del arte? ¿La pasión santa que estudiaron nuestros pintores ostenta el grado de intensidad que reclama el asunto y se ha propuesto darle la pintura? ¿Sobra para el objeto, ó acaso no llega? ¿Reina, por ventura, en el rostro venerando mayor calma, más fría, inmóvil é insensible estatua de su fisonomía demasiado violenta? ¿La boca desmiente el lenguaje de los ojos? ¿Acaso un línea, un gesto, un giro del rostro rompe y altera la unidad del mismo? Preguntas que hallan su eco misterioso en el cuadro, que si tienen no poca dificultad y la naturaleza del asunto, el personaje que sostienen las pinturas, la idea que del mismo sér y el juicio de la comparación ha podido producir, dan al observador el motivo secreto del asunto, teniéndolos á la vista, no se hace dudosa la afirmación de algunos extremos porque nada que tanto indique el sublime tono de amarga pasión sufrida con resignación infinita, acompañada de todos los resplandores del color natural del suplicio, llevado en la idea á su último grado en su colorido más cárdeno, pálido como la agonía, vivo como el punzante dolor, templado como la obediencia de un cordero, y en el que la inocencia de la mirada responde á las palabras de eternal consuelo proferidas durante el martirio; á contemplar así el rostro santo, la expresión, los giros de la divina faz, ninguna línea que altere la rectitud de ideas, ningún rasgo que endurezca los sentimientos, ningún punto que conmueva la calma y serenidad del supremo bien, satisfaciendo con su virtud infinita, nada conturba esa unidad admirable á que tanto se

aprestan ambos indispensables elementos, combinados oportunamente para darnos á conocer la idea principal con todo su esplendor aun en mortecino instante.

Pero si toda esa armonía existe en la figura donde la blanda contracción del pecho busca el hálito que dejaron escapar los ojos y labios, como exhala su aroma último, la flor que su tersa corola cierra, no es menos la que nos dice el fondo del cuadro, todo difuminado en el eco mismo del sentimiento que dirige el asunto, y si las líneas perpendiculares del cuerpo tienen el aspecto grave y serio en correspondencia á la austeridad de la escena, los tenebrosos del pensamiento humano responden igualmente á la lobreguez que circunda la cruz; no de otro modo se explica esa influencia grande de la luz, cuya contenida vibración tanto dice á la disposición íntima de nuestra alma llena del misterio, ensancha el espíritu, le da el hálito del ejemplo, dobla el valor de la vida, favorece la expansión de todo nuestro sér moral: algunos autores (1), presentándola rara y disereta, como que llena nuestro gusto por el misterio, nos excita y anima la imaginación; fría y pálida, nos obliga á replegarnos en nosotros mismos. Si bajo estos aspectos, las líneas, el colorido y los tonos rinden en el Crucificado de nuestros artistas maravillosos prodigios, en el aislamiento de nuestro sentir, como en el de la cruz, cabe razonar algo que no sea terrorífico en el asunto que parece alimentarse y vivir de tanto silencio; por eso, sin duda, también extraña tanta elocuencia en el colorido de la figura del Salvador, sobre un fondo tan silencioso del resto del cuadro, y es que la verdad de la tinta satisface nuestra razón, y la armonía de los colores entre sí, es una caricia para el ojo observador, como el resultado del misterio hallado en el cuadro, un eco glorioso de nuestra salvación: hé aquí por qué ante un espectáculo interesante por sí mismo, nos entusiasma también por la conformidad del color con el pensamiento que leemos en toda la figura, la emoción nos lleva á más largo

---

(1) V. Ch. Blanc: *Grammaire des arts du dessin*, Bougot.—Ch. Blanc: *Des expresions de la lumier, Essai sur la critique d'art*.

sitio, y nuestra percepción dispone de caminos infinitos en el orden de la inteligencia, de la moral y eterna ventura.

Difícil es concretar en corto rasgo tantos conceptos como ha suscitado á mi vista la detenida contemplación de estos cuadros, como difícil, si no fuera imposible, reducir en los mismos todo su valor expresivo á cualquiera de sus trazados principales, porque en todos sus elementos hallamos eco fiel de un sentimiento dignamente expresado y lleno de un naturalismo que nos admira; pero si esto no embaraza al contemplar la obra total, en su conjunto no sabemos medir el problema á primera vista, porque iniciados en el secreto del lienzo, hállase un eco que se reproduce por todas sus pinceladas: conociendo en lo posible el pensamiento de Velázquez y Cano, sus conocimientos y perfección artística, ante la obra, ¿qué criterio podía merecernos? Algo embaraza más la decisión necesaria á contestar, porque muchos son los respetos á que debe atenderse, y según los problemas interpretados, así también su solución. Falta ante todo una declaración acerca del mérito real y absoluto de la obra, y si lo ideal sobrepasa en la forma expresiva, ó si ambas florecen á su mayor altura, no dejan de excitar mucho nuestro ánimo, no contando como se tiene sino una percepción relativa en todos conceptos, muy proporcional, sobre todo cuando de una obra humana se trata; mas si el Salvador retratado sobre la cruz por Velázquez es mejor al que nos expresó en igual momento Alonso Cano, y establecer sus diferencias, sobrepasan á esa comparación, en que no es ya lo ideal en abstracto, sino comparado en su forma concreta, y quizás podría llegarse á un término; desde luego no cabe aquí el magno problema que pudiéramos sugerir obras de igual perfección artística; pero sus movimientos tienden diversamente á lo sublime de nuestra alma, porque los autores expresaron su concepción á un punto de vista que es difícil distinguir su individual originalidad; no lo es tanto si, acabadas, perfectas por el mérito del pensamiento, resalta en alguno de los cuadros mayor pureza de principios anatómicos, una ciencia mejor empleada en el dibujo y orden de cuantos elementos concurren en tal asunto; en esta consideración parécenos ver

el lienzo de Alonso Cano, en un fondo negro, cual si inútil fuera toda esperanza, dar un rumbo de dureza á la figura, que también ostenta en algunas articulaciones por la violencia del martirio; esto, que á lo más debía ser momentáneo, debiendo tomar después el cuerpo su propia natural laxitud con la blandura del exánime cuerpo, no presta á nuestros ojos todo ese vigor puro de toda rigidez que ostenta Velázquez en todo, corriendo mil armonías, desde la línea del sentimiento más profundo, impreso en la figura, hasta las últimas tenues irradiaciones de la penumbra, que asombrando el espacio, parece alborear sobre la tierra y los hombres algún resplandor de consuelo, no obstante de toda su abyección, mas si no hallamos esa contraposición que pudiera descubrirse en otros asuntos de los mismos artistas, por su dibujo en uno y colorido en el otro, es cualidad que los equipara en el caso actual, contribuyendo ambos igualmente, en la estética, á rendir cuantos medios pueden concertar á la más oportuna expresión del magno misterio que inflama su imaginación colorida por el sentimiento más íntimo de sus almas. En vano es así también buscar en ellos la influencia que pudieran aumentar á su producción artística con mil vistosos accidentes, y compararlos recíprocamente, porque prescindieron de esos acompañamientos, que si añaden, en manera alguna darían mayor resultado á la idea que concretamente se propusieron decirnos del hombre Dios en el momento de la redención.

## X.

## CATEGORÍA DEL CUADRO.

En vista de todo esto, ¿es posible determinar el rango de esta concepción, señalarle un puesto entre las obras de arte, definir la categoría á que supieron elevar estos cuadros sus autores, y dignamente la conservaron en la posteridad?

Indudablemente, llamada la escuela española á rendir ejemplar y modelo perfecto, ni rechaza en lo más mínimo el ideal, ni lo aleja de sus cuadros, ni le supedita al extremo de

que al contemplar el Cristo de nuestros artistas, parezca que sólo admiramos una forma plástica perfecta, el *bello animal*, que produce la unión de muchos rasgos físicos, heroicamente dibujados; ni tampoco, prescindiendo de tan importante elemento, aun proponiéndose instruir, se niega á producir esa conmoción íntima, mediante la ley moral y el entusiasta llamamiento de nuestros sentidos, al bienestar é inestimable precio de la paz doméstica que halló Diderot en un cuadro de Greuze (1), ni la enseñanza aun más superior que avisa Milsand (2) con grande aplauso para la metafísica pictórica; podría en el lienzo de nuestros artistas convencernos, sino llevar también tras nuestro asentimiento la vista en la más clara disquisición de lo que para unos pudiera ser expresión en los maestros fidelísimos de esa relación completa y armónica, idealización según muchos, y misterio para no pocos, cuando al reparar en todos los accidentes del asunto, y comparando la copia fiel de Casares á las bellas interpretaciones de los grandes maestros, descúbrese la imitación en el asunto y en el procedimiento, encendido su ingenio en el mismo foco que rindióle semejante resultado.

Así es que al mirar el Cristo, tal como nos lo da en su lienzo, aunque, según las tradiciones impresas por Velázquez y Cano, parece agotarse aquel instante lento del sacrificio, no es la figura aislada del supremo espíritu, ni sola fría cual la estatua de Fidias, cual medio señalado por Dios para dar expresión á las criaturas; la pintura tiene con su inspiración todo el vuelo del pensamiento, adaptándola Casares maravillosamente para decirnos en el Crucificado el amor satisfecho y perfecto en armonía consigo mismo, y expresando las emociones más profundas del alma, como pudieran exigir los estéticos más exaltados (3).

---

(1) Salón de 1775: *La Mer bien cimée*, esquisse de Greuze.

(2) *Esthétique anglaise*, pág. 57 et suiv., pág. 117.

(3) Hegel: *Cours d'esthétique*. Trad. Bernard. III, págs. 352 y siguientes.

una sola idea y los movimientos del movimiento general y de los gestos, todo que tanto importa en todo el cuadro y en el mismo momento que lo contempla; la figura

INSTANTE Ó MOMENTO DE LA VIDA DE JESÚS PREFERIBLE  
PARA DECIR LA SUPREMA MISIÓN DEL SALVADOR.

Mas si el arte tiene sus órdenes, y en ellos cada uno su esfera propia, ¿no será cuestión buscar aquí cuál otro pueda ser el que mejor represente este momento poderoso del supremo Señor de todas las cosas? Si terminando el Salvador sus palabras y su agonía, sostiénese el cuerpo exánime sobre la cruz, y los movimientos del alma como que cesan, entregándose ésta á una calma y suprema serenidad, ¿no parece que la escultura propia para estas representaciones sea el mejor arte á que debía destinarse este retrato? ¿El rayo del sol podría expresarse en la escultura? ¿Tampoco puede encerrarse en un cuadro cuando indispensablemente es vívido y ha de recorrer la carrera del día; ni un poema, un drama, un romance, por la variedad de sus incidentes, podrían desarrollar un carácter y dar una vida intensa á un personaje ficticio, cuyos rasgos difícilmente traslada el pincel si no lo adopta en la situación más oportuna, y aun así, no será menos expresivo, más oscuro que el poeta? Cuestión gravísima en la estética, y en la que profundos filósofos han hecho resaltar la expresión adaptable, no ya de la pintura, sino de la escultura misma; ante el *Penseroso de Miguel Angel* no cabe duda alguna, y la conformidad de la figura y situación completa del cuadro, con el *último suspiro* exclamado por Jesús, lleva en sí la mayor armonía, todo el sentimiento que puede infundir en la atmósfera, en la tierra y en el sacrificio el último dolor del más inocente de los hombres.

Imposible es sustraerse ante un lienzo que así reproduce el retrato de un acontecimiento universal, á la ley que regula y dirige todos los elementos que concurren á expresar una pasión infinita: esa ley de unidad también refléjase en todos los rasgos diseminados por el cuadro como florecillas en amenísimo valle; unidad de composición, engendrada por

una sola idea, y unidad de colores; á tal punto, que las líneas se unen á producir mayor armonía; unidad del movimiento general y de los gestos, unidad que tanto impera en todo el asunto y en el ánimo tranquilo que lo contempla; la figura, única, convenientemente expresada, nada puede perder en contacto con otros personajes, y las pasiones se avienen y conciertan en el cuadro como los colores, sin colisión alguna, antes acuden al conjunto con una armonía de sentimiento, de expresión y tonos, que admira verlas todas juntas.

## XII.

## IDEAL EXPRESADO EN EL LIENZO.

Aun en medio de ese poderoso vuelo que ascendiendo de escala y grados llega al método absolutamente psicológico (I), confesado por sabios maestros, no puede establecerse en un cúmulo de cuadros un ideal concreto; quizás por ese estro que enardece el pincel en la imaginación y en los sentimientos psicológicos de cada artista, hallan tonos distintos los mismos colores que en diversas paletas debieran igualmente rendir una misma concepción pictórica; pero no es así: á la unidad de los antiguos subsiste la variedad, y ésta da un resultado múltiple en los que juegan con fecundidad pasmosa cuantas ideas pueden pensarse, no muy detalladas á veces, de lo bello, de la gracia, de lo sublime, y no obstante pueden ya creerse abiertos los horizontes para en un detenido examen conocer la vía láctea, donde como astros esplendentes de la imaginación engranan su paso en la difundida masa del color, y en esa multiplicidad de relaciones establecer una armonía tan natural, sencilla y justa, cual no mejor pueda explicar el sentimiento que la razón, señora hoy del discurso del pincel, también de la naturalidad y realización

(1) V. Victor Cous. *Du Vrai, du beau, au bien*, VI<sup>e</sup> lec., pág. 136.—  
Edit. 1872.—Jouffroy, *Cours d'esth.*, 2.<sup>a</sup> leçon.

de un pensamiento verdadero. Pensáronle en lo bello Schelling, considerándolo como fuerza positiva y activa, realizando la idea eternal correspondiente á cada género de seres, en la razón divina y en concreto el símbolo que corporizan (1); manifestación sensible de la idea para Hegel (2); naturaleza espiritual, la fuerza enérgica y fácil en Jouffroy (3), y como manifestación de lo verdadero é idéntico al sér infinito para Lamennáis (4) no puede menos de considerarle en la fuente única donde mana toda esa corriente de bondades que vemos en las mismas criaturas, siempre representando al alma en su mayor elevación, en su poderosa energía, en su aptitud más acendrada y apta para en todos conceptos perfeccionar su ley; he aquí por donde todos estos sicólogos, ensalzando en el terreno de los principios la pincelada de lo bello y sublime, van de una variedad tan grande como la que en el exterior rodea al hombre á un principio de vida universal, merced al cual, repitiendo y acentuando en un lenguaje más expresivo que la mera imitación de lo natural, el arte llega en su fuerza creadora en la ciencia, en la religion y en la moral á conmovernos deliciosamente, descorriéndonos una parte del velo que nos oculta el ideal.

Mas esta misma noción que así ofrece destellos en los tiempos modernos, en su amplitud envuelve contornos inmensísimos, y en no pocos instantes se ofrece una divergencia inmensa, porque distinta fué la inspiración de la antigüedad á la moderna: expresión aquélla de la fuerza, de la razón, de la prudencia; expresión ésta de las pasiones tiernas; éste es más sencillo, el otro muy complicado; así es como se ha podido ver igualmente superar un carácter á las primitivas artes, y otro en las nuevas, y mientras que Fidias hallaba un Júpiter dando forma al catecismo pagano, con el Dios que hacía temblar el Olimpo con un solo movimiento de sus

(1) *Discours sur les arts du dessin*. V. Charles Leveque, *La Science du beau*, t. II, pág. 530 (edit. 1872).

(2) *Las Sinulinche Scheinen der Idee*, 1.<sup>a</sup> part., c. II.

(3) *Cours de esthetique*, c. XXXVI.

(4) Lamennais. *De l'art et du beau*. —Leveque, *La Science du beau*.

negros ojos, y eran de fe los bellos pies de Tetis, la hermosa espalda de Apolo, los flancos formidables de Marte, el amplio pecho de Neptuno, la cabeza majestuosa y amenazadora de Júpiter, en la escuela moderna no rinde menos su valor á los caracteres, y Velázquez, Morales y Alonso Cano rinden en sus cuadros la influencia recíproca de la religión, de la poesía y de la pintura sobre la naturaleza, y de ésta sobre las bellas artes, y si en el lienzo que contemplamos le falta algo que mueva á la juventud, tiene sin duda una expresión de dolor, pero es el dolor en un alma y en un cuerpo llenos de enérgica significación; más entusiasta cuanto es más profundamente sensible, y más verdadero cuanto más en armonía se halla con los hábitos y costumbres, con las ideas y creencias de su siglo, sensiblemente visibles. Determinando como ellos nuestros artistas su tendencia en pos de lo real, buscaron, según sus convicciones, el objeto de su admiración y simpatía, un tipo en el cual se hallaran explicados en cierto modo y con cierto brillo los sentimientos, las necesidades y las aptitudes de la sociedad en que viven, hacen del sujeto que solemniza todo el asunto de su concepción, un personaje de quien todo depende, aun el arte mismo, y el mundo con sus teogonismos y hierocracias y el arte en todas sus categorías se ofrece á complacer y expresar el personaje reinante de la creación.

Desde luego diferenciáronlo también los hombres, los gustos de la época, la reflexión misma nos señala su diverso vuelo por un camino de glorias distintamente sentidas, y en vano sería considerarlo en forma opuesta á los momentos de actualidad, porque saltaría Grecia con un personaje ideal, de cuerpo desnudo, buena raza y bella presencia, bien proporcionado, activo, completo en todos sus ejercicios; en ese modelo resaltaron la calma y serenidad aisladas de toda particularidad y accidente, cual fué muda al espíritu pensante y alma delicadamente sensible; en la Edad Media ofrece un medio místico, y es grandísimo el número de artistas que reproducen el eco purísimo del claustro en el más enardecido fervor religioso; dos siglos más tarde, sin olvidarse este precedente, creciendo en perfección, nótese un desenvolvi-

miento generalísimamente pagano, y el arte que fué místico, espiritualista y dramático, viene con nuevo aspecto sosteniendo la independencia de la forma á la expresión, y en su estado, en plena posesión de sí mismo, parece más que todo, pictórico, nada de literario, menos de poético; la pintura, en una palabra, de Leonardo Vinci, de Miguel Ángel, de Rafael, de Ticiano, se caracteriza por el personaje como objeto preferido del arte, y en el siglo XVII que llega al pleno conocimiento de la anatomía humana, el gran señor es un cortesano, experto en las solemnidades, noble siempre en sus maneras, y es como pudieron algunos pintores hacer esta labor severa, elevada, sobria; en algunos países Pousín, Le Sueur y Edelinck, nos llevan á otro género en que brilló cual ninguno y no sólo fué la pintura de sociedad, sino la de ideas desenvueltas por su hábil pincel, la religión, dándonos como Velázquez y Cano la presencia de un corazón, que si vivió para el dolor, serviría á dar perpetuo testimonio de un triunfo eternal sobre pasiones humanas. En nuestra época un sabio sicólogo señala á Fausto y Werther como espejo fiel de nuestras ilusiones desengañadas, nuestros deseos pèrimes é ineficaces como tipo que debe llamar nuestra atención, héroe escrito, no tan sólo en mil poesías modernas, sino también antiguas, cuyo fiel retrato se pide hoy sin ofrecerle más que triste y dolorido, ¿cabe representarle sin transición alguna? sin otra expresión, no tiene objetividad completa, no nos puede servir de lección objetiva, algo más hay que buscar, algo que perfeccione el ejemplar que deseamos conocer como tipo-modelo; y lleve algún tanto el carácter decidido de nuestra misma insuficiencia.

Ahora bien; ¿en qué grado puede considerarle una crítica justa y bien equilibrada, en la historia de nuestra pintura, si obedeciendo al espíritu de la época, representa una emancipación del arte, de toda relación al antiguo precepto, envolviendo en sus rasgos la suerte de toda regla antigua, con ecléctica regeneración del mismo, ó decir con su lienzo que llega en su concepción completa al período de su pleno desarrollo, ó quizá de su decadencia? Son cuestiones que exigen un estudio cuya solución sobrepasa los límites de este ensa-

yo. Y si el espíritu general del artista nos da en algún concepto la solución del caso, en cuanto al desenvolvimiento del arte, no podemos afirmar bajo muchos puntos, algunos extremos, porque si bien manifestó condiciones para influir en la dirección del arte y su adelanto, su corta edad apenas le dejó tiempo, aparte de que perfectamente iniciado Casares en la clásica, le vemos respirar con toda amplitud un ideal conocido. Y si la historia, el drama ó las costumbres nutren hoy la paleta de bocetos, y forman los estudios de modernos pintores generalmente cuadros vistos á cada momento, y por lo tanto, de más facilidad á la crítica, no pueden desprenderse como se quiera de los obstáculos que oponen el estilo ficticio y amanerado de la primera mitad de este siglo, ciertas convenciones impuestas por el uso, y en este punto sobresale nuestro artista por la pureza de ideas, la constancia del ideal, la permanencia del precepto y la perfección constante y acabada de la creación cristiana. La inspiración con los hechos bíblicos, la idea de una regeneración cristiana pintada con todo el calor de su fantasía, vivificada por un sentimiento cristiano, la fe creciendo en el divino hombre, la tradición aumentando el himnario de sus recuerdos y el acontecimiento reproduciéndose á sus ojos nuevamente todos los días como el misterio sacrosanto de la Misa abren extensísimo campo á su imaginación, que dirige su paso por entre los valles y floridos prados, entre una moda de marinas y acuarelas, de retratos y costumbres, y en medio de un eclecticismo universal, llega enérgico, lleno de entusiasmo á levantar un lienzo de asunto tan celebrado en el amenísimo palenque que con variedad tan grande le rinde completa victoria.

Lllaman en verdad nuestro agrado, esos bellos estudios; pero no creo lleven más nuestro entusiasmo esas amapolas y celajes, esos bailes y toros como la sencilla figura que nos da la concepción de nuestro artista: una cabeza inclinada por la bondad, lleno de vigor su cuerpo por la lozanía de los años, debilitado por el tormento; pero de un continente compasivo, tiene una expresión dulcísima mirando á los hombres, como la flor vuelve su limbo para dar sus matices á la tierra

después de embalsamar el ambiente con su aroma, es la idea más tierna y sublime que ha podido arrancar al cielo. Si á esto se une la grandiosidad en su ejecución, la majestad de su postura, la tierna representación de las nobles pasiones, entonces llégase al triunfo que sobre todo nos ofrece Casares, diciéndonos con sentido encanto los sentimientos del artista, el estilo del pintor y el espíritu de su genio. Mas al contestar á la categoría que creo corresponde, recuerdo que viendo Casares la necesidad de afirmar con nuevas obras la pintura religiosa, algún tanto olvidada, decíame que era preciso acudir á los artistas de pasados siglos, y en sus cuadros conocer la inspiración de cada uno, y en la parte que le era posible restauraría esa antigua escuela española: así es como en vista de su lienzo y de sus palabras lo he examinado viendo el vigor con que revistió su estudio preferido de todas sus obras.

### XIII.

#### BELLEZA EJEMPLAR Y TIPO INDIVIDUAL DE JESUCRISTO.

Mas en cuanto al tipo primordial de belleza, ¿debieron buscarle de conformidad á la profecía bíblica, ó nos lo describen con el lineamiento que podíales ofrecer las circunstancias del tiempo, ocasión y motivo del asunto? Varios problemas podrían formularse, pero hállanse determinados ya con alguna precisión, y si no se puede señalar como único, á lo menos el que nos dan en Jesús es constante y poco variable en cuanto á la belleza física. Ahora, ¿qué idea se formaron de este tipo ideal? ¿Acaso tomaron por modelo la estatua antigua de la bella época, tal como Fidias la concibió, símbolo viviente de todas las energías regularizadas del cuerpo y del alma? ¿Fue quizás enseñado del modelo más precioso, más seductor, igualmente nacido del cincel griego, con la misma gracia que nos dejaron descripto el Apolo de Belvedere? ¿Es la belleza salvaje de Miguel Ángel, tipo que parece descender de una raza heroica, más valiente y más vigorosa que la nuestra? Acaso será un ejemplar que vióse

después resplandecer en los siguientes siglos, en lo que el sentimiento de la belleza antigua, todavía mal depurada, mal sostenida, trata de fundirse con una veleidad apasionada, concedores como los antiguos de que la riqueza es abusiva de lo sublime y natural, como ellos, escogen nuestros maestros la desnuda y sola figura que se sometía al sacrificio de sí misma por amor á los hombres, porque sola de por sí es verdaderamente sublime: así se ve en el lienzo buscar la sencillez sin mezcla de personajes alegóricos con los reales, ofreciendo la imagen de la vida en su momento solemne, en el que, el sentimiento envuelto por el colorido de la pasión, pero de una manera discreta y contenida, los gestos sobrios, y como rimados á los acentos de un canto misterioso, sin sacrificar esos detalles, como los pintores del Renacimiento, á la expresión solamente del dolor, da la conciliación pictórica, y una belleza real, en la que todas las energías físicas é intelectuales se armonizan.

Y aunque con el Padre Andrés (1) y Creuzas (2) tratáramos de ver lo bello en la noción semejante al principio de todas nuestras admiraciones, el foco de nuestro entusiasmo; ni cual Batteux (3), elevándonos hasta la ley común que domina las artes de imitación; y aunque fuéramos con el abad Du Bos (4) describiendo nuevos géneros, recorriendo las teorías todas desarrolladas acerca de lo bello, sobre lo bello en el arte, considerado de una manera general, y sobre lo bello en cada arte particular, ó mejor en estética pura y aplicada, llegaríamos al principio enunciado por el abad Andrés, poco desemejante del de Creuzas, enteramente deducido de la definición formulada por San Agustín: *Omnis porro pulchritudinis forma unita est*; hé aquí la forma y la esencia de lo bello, tal como la definieron los Santos Padres, en todo género de bellezas, y cuyo vuelo hay que aceptarlo en

(1) V. Diderot: *Recherches philosophiques sur l'origine et la nature du beau*.

(2) *Traité sur le beau*.

(3) *Les beaux arts reduits à un meme principe*.

(4) *Reflexions critiques sur la poesie et la peinture*.

toda su extensión al examinar el presente cuadro, porque en vano es sembrar en el mismo el lirio ni el acanto, la majestuosa arquitectura sirviendo de abrigo á escenas épicas y de costumbres naturalísimas, porque la unidad del asunto todo lo absorbe, como pintó Velázquez á Jerusalén, amparándola del temblor universal, ocultando las fealdades del infame deicidio en la penumbra más entristecida que puede delinear el pensamiento: tal era la facilidad de su pincel, tal la potencia de su paleta, tal el vigor de su imaginación; dando unidad misteriosa y llena de entonación á la múltiple existencia del asunto, en un fondo inagotable de pasiones no comprimidas, quizás su mayor eco de belleza, en la correcta ordenación de todos los momentos del asunto, porque todo se ha dirigido merced á un solo impulso, cuyo lenguaje se halla en boca de todos los elementos que forman el cuadro, y así la fisonomía, el gesto, el color, hasta el juego de sombras y de la luz y de los aires que titilan por el lienzo, hablan con inteligencia manifiesta, que tanto saborea la crítica.

Bien es verdad que en el Crucificado observamos naturaleza y arte, y que por lo mismo ha de ofrecernos bellezas diferentes; pero nos dicen sin confusión alguna su propia genuina representación, aunque en su elemento aislado; separando el cuerpo de Jesús de la idea, presenta el de una figura, la principal y más hermosa de la creación, correcta, con todo el realismo exigible por la naturaleza misma; recortando la figura en el mismo lienzo, no nos diría la misma idea que expresa; unido á la cruz, no ajustaría la expresión de la belleza corporal á la del sentimiento que reina en el asunto, no diría igualmente una ordenación perfecta de todas las partes al sacrificio sacrosanto; ¿y la belleza del arte y la de la naturaleza acaso no se muestran en perfecta armonía á decirnos este mismo concepto? Llevado cada extremo á la perfección, coexisten en el lienzo admirablemente, y es donde nuestros pintores descubren al lado de su naturalismo enérgico, vívido, firme y anatómico perfectamente, su idealismo, inspirados en lo bello eternal, que se adelanta, diviniza y ofrece en la escena ese grado donde se hermanan lo

bello y el bien con que se proponen deleitar y perfeccionar á la vez nuestro corazón y nuestro espíritu.

Al llegar á este punto ocurre distinguir el procedimiento y salta á la vez la fuente de donde se derivan la más alta concepción del artista, su perfecta unión también á la naturaleza; es conocer la *interpretación* del misterio dada por los pintores de la escuela española: teniendo éstos á la vista el hombre tal y como se reconocían á sí mismos, ¿podría decirse que Velázquez, Cano y otros imitaban ó copiaban lo invisible? Aun resumiendo los vuelos de su imaginación enardecida en el misterio divino, tomando los elementos naturales del mundo real, se depuran y aparecen cual los dejó impresos Jesús en su propia naturaleza, y entonces fácil es conocerlos combinados, de tal modo, que el tipo aparece fielmente interpretado con todo el esplendor de la fe, con todo ese rumbo de eterno lauro que rodeaba la hermosa figura del que sería un cordero sacrificado por todos los hombres: el prototipo así es correcto y no se desconoce á su vista la vida de portentos que tuvo en su existencia corporal, como tampoco se borraron á los ojos del artista la fuerza de resistencia que fué necesaria existiera en el cuerpo santo de Jesucristo para recibir flagelación tan cruenta. Tal es el método seguido con un acierto que no supieron adoptar los antiguos en sus imitaciones inexactas, ya que no defectuosas, como nos lo describe la iconografía del Crucificado.

Además, de nada implica pedirle alegorías ni embellecimientos de adorno imitado en las cosas naturales; su composición histórica y su composición poética, las embebe completamente en el asunto histórico, que nos conmueve por la representación de las pasiones humanas, verdadero objeto de su arte.

Del propio modo que los antiguos, acudieron otros, no ya místicos sino profundos estéticos, á desarrollar cuanto podía haberse descubierto respecto al tipo de Jesús: desde luego no falta quien le creyera su belleza física no muy acentuada por lo atildado de las formas y color personal; pero si no esa cualidad que tanto halaga la vista de las pasiones, cuanto pudiera pensarse de nuevo á la gracia y belleza del tipo del Salvador,

sería pálido á lo manifestado ya por sabios y prudentes escritores; y bien sea por una proporción y simetría resplandeciente, cual glorioso nimbo entre los miembros corporales, ya la regularidad perceptible á la simple vista, se descubre en su ordenada manifestación, merced á la uniformidad de los movimientos interiores causados por el amor divino, la redención de los hombres, los sentimientos todos que bajo su ternura infinita representaban un cúmulo inmenso de bienes, inagotable á todas las fuerzas del mundo conjuntas.

Al considerar el tipo que la escuela española dibujó, tratando de reproducir esas cualidades del hombre perfecto, no hay que buscarla como en la sonrisa de la mujer de mirada y movimientos incitantes; representa un extremo sumamente mayor, de orden más poderoso, más levantado aun que el concepto restringido pensado por Schiller (1). Y del propio modo que la línea movida con una dirección geométrica puede tomar cierta gracia que no viva absolutamente del movimiento, una persona graciosa andando, puede serlo también en reposo, y así concibieron á Arianna acostada, siempre que la posición no tuviese contracciones en el cuerpo ó una angustia en el alma; precisamente éste es el caso más adaptable al estudio presente: el movimiento suave y deleitoso, la mórbida forma, sonrientes líneas, trazos fascinadores, todos concurren á darnos su inspiración encendida en la forma de su propia materia, en lo efímero de esas aspiraciones sensuales: si nace la gracia de esa colisión de ideas y sentimientos que tienden á enardecer cada vez más la manifestación espléndida de las formas, aire y modales del individuo, con toda facilidad y soltura de maneras (2); si ésta ha de ser aún más notable por la relación de los actos con los sentimientos que la inspiran, fijados en un ideal esencialmente gracioso, que esplendor de naturaleza en Jesús, extraño poder vese bajo este aspecto misterioso, y más en el sér que aun en la muerte deja traslucir una vida de gracias, una agonía de caridad la más valiente, una

(1) V. su bello estudio sobre la gracia y dignidad.

(2) Jouffroy: *Cours d'esthétique*, 36<sup>e</sup> leçon.

energía de cuerpo y voluntad la más sostenida, que grandeza de cualidades físicas y morales, tan potentes cual fué preciso en una satisfacción, regocijo del seno de Abraham, alegría de los justos del Paraíso, gloria y amor de la divinidad. Descubrir todos estos rasgos en el lienzo es tal vez ya propender á utilizar; pero á este acto acuden las bellas artes, y lo que demás pudiera decir la imaginación en incorrectas líneas, ó lo que humildemente pueden expresar inexpertos labios, lo elevan en su alta representación estética.

No se trata, cual querría Perrault, de conocer lo bello positivo que pudiera emanar, como en el orden arquitectónico, y ser perceptible aun á los ojos menos habituados, porque el cuerpo así descrito nos rinde idea clara de sus detalles perfeccionados en el dibujo y en el tono de las formas perfectamente relacionadas y en proporción armónica; la ley de la estética le ha dado su posición perpendicular, como descansando el cuerpo santo en sus bases naturales en sus muslos, rodillas y piernas apoyadas en ateridos tarsos; aun después de haberse considerado esa analogía de proporciones como «una revelación de la divinidad» (1) no caben las bellezas arbitrarias, división mal concebida, si se tiene de lo bello una noción esencial fundada en la naturaleza misma de las cosas; y así, decir lo que haya de gracia en el Cristo dibujado por nuestros artistas, es marcar lo que hallamos de bello en el asunto completo, y esto nos lo explicamos también por la emoción que nos produce el lienzo mismo, no obstante de su tristísima figura; á proseguir en este camino de apreciaciones, llegaríamos á determinar el género de placer que nos produce la contemplación misma de lo bello en este cuadro. Es preciso, para ver así el lienzo representando en tan solemne momento al Salvador del mundo, no confundirle con ese placer terrenal (ni tampoco con el fin moral); hay en el lienzo, á pesar de sus sombras, algo que deleita al espíritu, que no se dirige solamente á los

---

(1) V. las obras de Vitrubio Scamozzi, y sobre todo, Vilalpando, de arquitectura.

sentidos para embeberlos por agradables ó tristes apariencias, el habla al alma, y en tal supuesto, ¡qué ventura no indica la correlación de una redención perfecta, y llevada á cabo en todos los órdenes de la vida, en sus pasiones más puras, en el común nexa del cuerpo y del espíritu, bajo las esferas todas animadas por la vida humana ó solemnizadas por la divina! El momento en que así se nos ofrece Jesús, humilde criatura con sus lineamentos más humanos, ¿desmerecerán en el Salvador á sus rasgos más divinos en el Tabor? Tal es la proporción, tal la armonía y relación de miembros corporales, tal el conjunto de cuanto puede pedirse á inspirar la gracia más poderosa, reinando sobre toda gracia, que en cualquier otro asunto se desmorona ó se altera hasta llegar á la corrupción más degradante en las bacantes y en los sátiros del arte pagano.

Esta misma correlación, enteramente ajustada, nos dice que el acto es hermoso como fuente inagotable de gracias y causa de un placer divino que recibe el tormento y el martirio como el grado más perfecto de la firme voluntad en la complacencia también del honrado sér á quien se tributan tan grandes testimonios. Además, el cuerpo está representado en toda su noble figura, apenas ha recibido aditamento alguno que sea impropio, tampoco lo consentiría una estética acertada.

Recuerdo á este propósito la descripción que, refiriéndose á los Santos Padres, me hizo Casares de su ideal y al que había ajustado su obra maestra: lo natural, lo más probable es que Jesús fué en un todo semejante á su madre la Santísima Virgen, con cuya idea, y teniendo presente también la imagen que mandó pintar Constantino y la idea de la generalidad de los historiadores retratando á Jesús de alta estatura, ojos hermosos, cejas crecidas, nariz grande, cabellos anillados, dedos largos, cuello algo encorvado, barba oscura, semblante florido, color trigueño, de voz sonora y llena, afable, que llevaba tras de sí los corazones, y en cuyo aspecto se retrataban la paz, la mansedumbre, la dulzura y la paciencia, nos le presenta en su lienzo convertido en sacrificio expiatorio de la humanidad.

Tiene, pues, la más excelente forma de la creación, cuerpo recto; no le falta un pie ni mano; los ojos, labios y hasta los cabellos, en su posición natural, flotan con la blandura religiosa del martirio. ¡Qué suavidad de movimientos y líneas! ¡Qué ternura de afectos no indican la dirección de todos los rasgos en el cuadro contenidos! Es todo él un cántico destinado al amor de los hombres, que atrajo á la tierra todas las gracias del cielo.

## XIV.

## VIDA, LUZ Y COLORIDO.

Ahora la dificultad puede nacer, no en que el sentimiento apenado en el Salvador produzca alegría y ventura en el cristiano, sino en medir la combinación de elementos que entran en el asunto, expresado en el cuadro, para rendir esa misma felicidad en medio de tanta sombra, ese júbilo en tanta tristeza de colorido, esa claridad de afección en tal oscuridad: será quizás en que debieron dar á su paleta más movimiento y vivacidad al colorido, para sufrir en su propia entonación la diafanidad y vibración etérea, que del modo severo en que constantemente se le observa pasara al modo amable como parece debe acompañar á un sentimiento venturoso. ¿Cómo debe, pues, repartirse la luz, elemento en este caso de suprema influencia, para ser fiel al asunto? No necesita el pincel de nuestros artistas tal trasmutación de tintas, aunque fueran sus vibraciones tan lentas como los días de esperanza. Si poniendo luminares por el ámbito, llenaran de animación el fondo del asunto, ¿cómo podrían, por otra parte, responder cada elemento de la pintura, variando éstos mismos una impresión común del sentimiento ó de la pasión? Representando nuestros pintores al Salvador, cuidaron de decirnos el hombre vigoroso en su naturaleza virgen, en su edad viril, en su alma divina, en su misión sacrosanta, no olvidando paso alguno de Jesús en el mundo, confesando á la vez su origen sobrenatural, radiando su ope-

ración divina: en vano es separarlos de este concepto, porque entonces sus cuadros no serían el retrato de Jesús crucificado; y como pintaron el supremo martirio, así retratan el Hombre-Dios tal y como fué en vida humana, tan eterno como podía concebirle la más alta teología. Como acostado sobre la cruz, en posición predominante, con el fuero y ley que ejercía en el mundo, no muere como cuerpo abandonado; está cual en supremo tribunal, ejerciendo la suprema justicia, á la que en vano quiere ocultarse en míseros tenebreros que asombran el orbe y la tierra, porque el cuerpo sacrosanto la esclarece con ventura eternal. La cruz reproduce naturalmente esa misma línea; todo allí es ordenación suma, en igual sentido, y del propio modo que nada aparece declinado, porque hasta la cara y cabeza tienen en tal momento su dirección y tendencia natural, descendiendo de lo alto, y lo mismo el pecho ligeramente comprimido; si consideramos la luz y el calor, apenas nos manifiestan desconformidad con estos elementos y la idea que domina y dirige el asunto, y como hay una esencia divina, fuente de toda ventura y plácida alegría, hay también una humildad que juega admirablemente con los tormentos del sacrificio, siempre en la misma expresión sobre el mismo tono: no es ciertamente el brillo luminoso de Verones ó las sombras densas de Carabaggio, ni la que el mismo Cano, sumamente oscurista, difunde por el cuadro; es como Velázquez la deslie por todo ese conjunto de períodos casi inseparables, que para ser distintos el uno del otro los mide y amalgama para ajustarlos á cada uno de los grados de vivacidad impresos en el lienzo, que á la vez tampoco son demasiado atraídas entre sí, y capaces de fundirse para dar nacimiento á otros enlaces intermediarios, más sutiles aún y más indefinibles, que van paulatinamente alborizando la silueta del globo sobre que se halla sembrada la cruz.

Es verdad que el tiempo vespertino contribuye también á este efecto, por más que sobre todo ese celaje sobresale una preferencia visible en el dibujo sobre el claro-oscuro y el color, como avalorando el mérito personal de una cara redondeada, el pecho expresando su correcta anatomía, unas pier-

nas y pies firmes, nerviosos, que así nos dicen persona perfecta, de cualidad tal y como podría figurarle, sin las depresiones de la flagelación, la más noble persona de un príncipe; suscita así una admiración sin reserva para las composiciones á la vez pictóricas como poéticas, en que la idea se desarrolla sin confusión, y sin grupos ni escenas fuera de la cruz; hay, no obstante, siempre alguna belleza que descubrir en la que el pensamiento sigue entusiasta incansablemente, y en el que la reflexión halla sin cesar un alimento, donde todo es ingenioso y profundo, y en medio de la oscuridad claro y patético; no obstante, no es fácil señalar también cuanta parte tengan en ese lenguaje misterioso con que hablan también al alma, y lleguen á conmoverla el claro-oscuro y el color puro de la fisonomía y del gesto, igualmente significado en el rostro con caracteres indelebles de la pasión sufrida. Se concibe cuál nuestros maestros del Cristo manejar la luz y el color con independencia, y este rasgo les es característico en tan importante como sencillo asunto, añadiendo por ese elemento, que parece rivalizar á la figura por su vivacidad y entonación opuesta, dan más poder al sentimiento, del que no es fácil darse cuenta á primera vista; y sin embargo, eso que parece rivalidad ú oposición y colisión de colores, es ejemplar armonía, y como tiende la gracia divina al más pecador, así allí se ve una luz artificial, quejumbrosa, esclarecer vivamente la figura del Salvador hasta el punto de notarse sus más ínfimos detalles y dejar á los hombres infundidos en las tinieblas de sus atentados.

## XV.

## EL PESIMISMO ANTE EL CRUCIFICADO.

Se dice que el hombre que sufre tiene horror al espectáculo del sufrimiento en su semejante; la imagen del mal le inquieta, la aparta de su vista y busca por otra parte la distracción que necesita; esto no es buscar lo real tal y como sucede; jamás el bien y el mal han sido eternos humanamente hablando;

tienen aquí su existencia conjunta y sucesiva, según los períodos, de otro modo el personaje de nuestra pintura sería pesimista; ¿cuántos casos de este género vemos reproducidos en las bellas artes? Recorriendo los salones europeos y las pinacotecas más modernas, gesto alegre, viveza de sentimientos, expresión festiva, lozanía de formas, energía de movimientos y una naturalidad en la senectud y una sencillez en la adolescencia que encantan, ¿no dicen lo que es ese realismo que por todas partes nos ofrece la pintura entre años, arrugas, lujo y harapos, virtudes y vicios que á una rivalizan completamente con los trazados más floridos de los valles? La expresión de una doncella tal y como mil veces la vemos reproducida, ¿no nos agrada más que espléndida rosa de mayo? Y si á todos estos órdenes, llenos de vigor y lozanía, unimos la vívida expresión de su existencia, ¿no nos dicen algo más de la venturosa vida? Si á la flor concurren las espinas, y el estío y el invierno hacen también sonriente una primavera deliciosa y natural, y la figura, el drama, aun el vigor enérgico de la tragedia humana llenan los cuadros de nuestros artistas con su expresión más agradable y á veces deleitosa, ¿qué pesimismo puede haber predominado en las bellas artes para formular ese ideal en nuestra época en tan elevadas regiones? ¿Habría que buscarse este ideal, según los artistas han dado á sus cuadros la expresión más brillante, de las ideas y sentimientos de la época, entonces sin acudir á esas creaciones embellecidas por el gusto de los brocados de enmarañadísima labor, franjas de oro y flecos vistosísimos, é ir á lo último de la industria más exquisita para engalanar el por naturaleza desnudo cuerpo, á los grupos de estatuas, tapicerías de Gobelinos retratando escenas de ventura mitológicas, porcelanas del Retiro y de Sajonia, los más descarados espejos al placer y el orgullo, las fiestas pastoriles de Teniers, mascaradas de Walteau, acuarelas de Fortuny, aguas fuertes de Jacques, en que tanto depuran los deseos de nuestra edad su más ansiado embolismo en sus más preciados recuerdos, en su arte más realista, en su gusto más encendido en el juego de las pasiones? Que así nos representan el punto culminante de la vida actual, lo pleno y exquisito de la existencia

en el más amplio goce de la vida de este siglo, el ideal realizable mediante el dinero y también á veces la decrepitud y comodidad, satisfacción y gustos buscando portentos sin la más mínima esperanza de que dolor alguno pueda alterar su tranquila y quieta posesión del mismo; sin acudir á ese bosquejo de la vida cual la vemos hoy sentida, habíamos de percibirla cual nos enseñan los artistas en su naturalismo riguroso, mas acompañado de un espiritualismo no exuberante, sino proporcional que la depure de miserables defecciones.

Se ha procurado determinar el pesimismo en el Crucificado, por la diversidad de expresión, no ya por el conjunto de ideas y sentimientos que reinaron en determinado siglo, sino más bien de las ideas y sentimientos á los que los artistas más eminentes han dado la más brillante expresión, y no es dudoso ya el puesto de la copia por Casares de Velázquez y Cano.

Si por un lado nos ofrece su crucifijo, no vemos en él tan sólo un personaje tipo de una época; es el personaje buscado por la imaginación del artista que se adelanta, que ofrece un naturalismo puro sin alegorías, ni símbolos; la sola figura sin otros adornos que puedan fascinar la imaginación y extraviarla de su verdadero sitio; tampoco en él hállase cierto idealismo contemporáneo, que á las veces suele ser la concepción individual del artista; adunado nuestro gusto, conociendo al pintor colocado entre el acontecimiento, su tiempo y nuestra percepción, aborda todo el asunto á participación plena; dirígenos con sus pinceladas por el misterioso silencio á descubrir mil rasgos de elocuencia divina, y entonces, á pesar del grado sublime de tristeza que domina el asunto, se posa en nuestra alma algo parecido á lo que experimentamos cuando nos sentimos vivamente conmovidos. En esta situación plenamente sentida, ejerce sobre nosotros una especie de calma que nos hace apreciar con lentitud los grados de vida expresados en el lienzo, teñidos y encubiertos de su propia nítida sombra, y en medio de un padecer infinito y un sentir extraordinario, una bondad natural y una voluntad divina cumpliendo el bien más ansiado por los hombres donde ha de terminar su vuelo el espíritu humano, la salvación de la humanidad.

Por otra parte, ofrecerle como expresión vivísima del sentimiento sin otro ideal, sería obra incompleta, porque así como no hay en ese lienzo color alguno que no tenga su nexo admirable con los demás, y cual se hallan articulados los miembros de la cruz y del cuerpo santo, así la expresión de dolor está unida al misterio de la Redención humana; y ni la Filotea de Protágoras, dejando adivinar cierto sufrimiento que parece sentir el mismo espectador (1), ni el Hércules revestido con la túnica de Nesso, sintiendo próximo su fin, se hacía temible por la expresión feroz y dolorosa de su cara (2); la moribunda Jocaste de Silamion; el herido guerrero de Ctésilas; un Dütrefes acribillado de flechas; lacrimosas matronas de Sthenis; un niño acariciando el cadáver de su madre, grupo de Epigonus (3), llegaron al nexo sublime que resplandece en el Crucificado, no como en un Ajax de Timomachus, á representar el grado más culminante de la vergüenza y de la desesperación, ni cual dice Apollonio de Tyana, la resolución de matarse, sino la perfección escultural de la forma, movida y aireada por el más puro hálito del alma; la belleza física y la expresión del alma resplandecen aquí cual no supo representarla en igual grado la Medea del mismo Timomachus, luchando un sentimiento de venganza con un amor maternal; en el lienzo de nuestros pintores luce una piedad infinita, una abnegación que supera á los rigores de la extrema justicia del cielo, y toda la dureza, todo el inexorable rigor de las defecciones humanas, es oscurecido por los resplandores de un cuerpo divino que se nos ofrece á nuestra vista en el momento más completo de su misión y de su obra; difícil es en este punto señalar minuciosidades en el arte, cual prudentemente observa también acertado preceptista moderno, cuando vemos que tiene múltiple manifestación, que escapa á los estrechos límites de una fórmula, que absorbe en sí toda una multitud de sentimientos, que recuerda

(1) *Syracusis autem claudicantium, cujus ulceris dolorem sentire etiam spectantes videntur.* (Plin., XXXIV, 19.)

(2) *Torva facie sentienque suprema.* (Plin., XXXIV, 19.)

(3) Citado por Feuerbach. *Der Vaticanische Apollo*, pág. 62.

las esperanzas venturosas de las primeras generaciones y pueblos, las ideas de belleza y de justicia tan descriptas en la helénica civilización y fiereza romana, que nos descubre el encanto de un alma sensiblemente visible al bien del hombre después, y aun del que en el día actual parece entristecido y como pesaroso de existencia, ¿no reúne en sí los rasgos todos del personaje reinante de nuestro tiempo y de toda época donde como en un bosque de flores se ostentan todas las maravillas del jardín? Ese tipo que todas las aspiraciones ofrece en el Cristo de la escuela española, presentan un nexo originario consagrado á reproducir el acontecimiento, el carácter individual, el rasgo distintivo de un período, la generalización de todo el espíritu del siglo en que el asunto fué expresado en el lienzo en su más álgido vuelo de idea eternal é inmutable, como los sentimientos y el alma divina que retrata.

## XVI.

## IMPRESIÓN ESTÉTICA.

Examinando el pensamiento del artista en sus relaciones con el arte que le ha expresado, al hallarnos en su contemplación absoluta, ¿es propio á conmover nuestras afecciones? ¿Se dirige al espíritu, más que á ninguna otra facultad anímica? ¿Ó bien más á propósito que á elevar nuestra alma está destinado sencillamente á divertir nuestro ánimo con lo patético de una acción grande? ¿Por ventura no es la expresión última del más dulce amor predicado entre los hombres? ¿La abnegación, el amor satisfecho y perfecto, la caridad más pura no se desprenden de esas pinceladas con la pureza de un rocío vespertino? ¿No es, como en el mismo sacrificio se dijo, nuestro hermano el hombre que se hizo anunciar para aquel siglo retratado por los pintores con todo su concepto más general y permanente cual nos enseña su imagen? Á poca teología que sepamos descúbrese un fondo inmenso de gracia, de atributos y de perfección, este último peldaño de esa escala celeste, nos muestra el espíritu en que debemos

guiarnos para ascender al pensamiento mismo de la obra tan impreso en el Crucificado.

Mas esta concepción que así supone vida, movimiento, inteligencia y aplicación á los rectos fines de la existencia, ¿cómo pueden armonizarse con la presencia de una figura muerta? Desde luego no hemos de comparar un cuadro de bacantes entrelazando todos sus escarceos, ni las Parcas del Partenon con sus hercúleos movimientos y energía, y el lance de Laocoonte con todo su esfuerzo ante la serena y ya tranquila presencia del más sufrido de los hombres; la transición, á ser posible, cuando menos haría violencia, y los términos son distintos; sin desconocer, por otra parte, la relación oportuna de todas ellas, no podía comparárselas á la imagen de un Dios que reúne en sí todas las perfecciones ideales del tipo humano, con calma, paciencia, gravedad y dulzura que en vano alteran todos sus martirios, y más imposible aún de hallar en iguales casos en toda la admirable escultura griega: el Apolo de Belvedere ha inspirado contradictorias interpretaciones; ante el Salvador colocado en la cruz tal y como lo conocemos, siempre nos dice una misma impresión, jamás deriva del puesto á que han sabido colocarle también nuestros artistas; en eso que hay de más perfecto en el arte y en los géneros más elevados.

Sin dejar por lo mismo á nuestra sensibilidad todo su exquisito vuelo hasta el punto de que la imaginación antes ofrezca una transfiguración del mundo sobrenatural, sin la rigidez de sentimientos que nos dé á todos una impresión dura y llena de piedad, ni tampoco llevados por el exceso de razón, sin sacrificar además las cualidades pictóricas á la idea ni ésta á aquéllas, no puede ignorarse que si al Paris de Eufnor (1) miraban los antiguos como el juez de las diosas, el amante de Helena y asesino de Aquiles; y si sobre la figura del Demos de Parrahasios leían todas las diversas pasio-

(1) Plin. XXX, § 19. Euphranosis Alexander Paris est, in quo laudator quod omnia simul intellegitur, iudex dearum, amator Helenæ et tamen Achilles interfector.

nes del pueblo ateniense, desde la movilidad, cólera, injusticia, clemencia, y todos los vicios y virtudes más opuestos, y aun en nuestras días se ve cual en Winkelmann verdaderos himnos en honor de las principales estatuas antiguas, y se nos ha descrito al mismo Apolo de Belvedere como animado de una vida misteriosa y divina, cual si estuviera envuelta en una atmósfera primaveral, semejante á la de los Campos Elíseos, la diversidad de opiniones que ha suscitado, dificulta cada vez más su definición exacta, porque mientras unas descubren los desdenes de una cólera inaudita, y la más inalterable serenidad reina para otros en el Apolo (1), en el Crucificado, ante la vista de esa noble figura representada con todo el candor de la inocencia, hallamos algo que nos atrae como el secreto aroma de las flores, y que reina en el corazón del lienzo como el atractivo irresistible de insondable misterio, es el fondo que descubre una forma llena igualmente de significación armoniosa: la idea descrita y á nuestros ojos sensible, la belleza en todo su esplendor, la gracia en su más amplio resultado, no como la ofrece halagador encanto de una representación pagana, ni la erguida estatua de Apolo ya citado, ni el entusiasmo y calma indefinibles de una sonrisa en labios de la Joconda, ni tan sólo la simple piedad, tal como la concibió Le Sueur en la vida de San Bruno: la hermosura del Salvador reviste mil aspectos sublimes en todos sentidos, sin ser por lo mismo arrebatadora como las pasiones desordenadas, en la que las palabras belleza, gracia, agradable, forman una escala, por la que ascendemos á esa altura, en la cual saborea el gusto más exquisito y el valor relativo de todas y cada una de las cualidades que se hallan difuminadas en el cuadro.

(1) Wen Winkelmann in dem erstem. Entwurfe seiner Hymne von einem Zorne schrieb, der inder Nase diesses Apollo schnaube, sospprechen Andere dagegen von dem heitern. Lichte eines Frühlisegs morgens, von einem reinen, wolkenlosen Himmel, der im Mastuor des Apoll von Belvedere Strahlt. Wic-komte Winckelmann, fragt Späth: «Hohn und unmuth in diessen Zungen finden, die Kaum noch strenger Ernst Echewscht » Feuerbach, der vaticanische Apollo Zweite Auflage, S. 88.

No hay aquí la ofuscación que produciría aquel foco incandescente, reverberando en la retina el mismo seno del sol; pero si en su divina, eternal esencia, el ojo humano apenas puede mirar al foco solar sin cegarse por la vívida fuerza del astro, sí pueden admirarle aunque sin comprenderle como sin explicar igualmente de aquél su gran claridad. Como puede de otro modo concebirse hablar, ni concepto alguno exponer, cuando se trata de un sér inmenso en gracia y bondad, que todo lo aviva con su luz y esplendor hasta ser en este modo inagotable, inmenso, infinito; para ello era preciso que la más alta expresión del sentimiento humano le hubiera situado en punto á propósito á nuestra percepción libre de los encantos y transportes poderosos que la esencia divina causa deliciosamente en el alma, saboreando cual paladar deleitoso, los supremos conceptos de la divinidad; así fué preciso y la estética pura y aplicada, la teología, la historia y la filosofía se encargaron de nutrir su idea para que, remontando sobre todas estas nociones y asentando en su más espléndido trono el arte, viniera á comprender en célicas pinceladas la suprema dignidad de los cielos, afecta y amable á la tierra, dulce y plácida contemplación de nuestra alma; sólo así es como puede verse finito al que es inmenso; sólo así es como podemos contar las perfecciones del que es absoluto en toda perfección; sólo así llega á leerse ese cuadro conteniendo en sí cierta severidad y dulzura que llena el alma de tiernas miradas: compasión, dulzura y alegría, es el único acto transcendental, se acomoda y es propia figura de la redención y salvación del hombre, el más escogido de todos los grandes misterios de la religión divina, de la gloria y del paraíso, cuyas almas esperaban su acaecimiento.

Sin duda, careciendo de ese ascensional elemento que hoy nos ofrece la más noble de las bellas artes, avergonzóse Aristóteles en hablar de Dios (1), Platón creyó imposible describirlo en sus términos debidos (2), y en su intelligen-

---

(1) In Senec.

(2) In Timeo.

cia puramente racional, lo rechazan todavía los positivistas; fué preciso que el arte concitara otros órdenes, y la altura del dogma, la sublimidad del arte, la excelsitud y dulzura de la mística, nos han dado mil conceptos de esa idea de hermosuras, que tanto llaman nuestra atención, ocupando, ó debiendo ocuparlo, el puesto principalísimo de las pinacoteas, el personaje reinante de todos tiempos desde que Dios, saliendo de su embolismo, se manifestó grande y humilde en su hijo el Salvador de la humanidad.

VICENTE TINAJERO MARTÍNEZ.





## LA JUVENTUD DORADA <sup>(1)</sup>

### XX.

**M**IENTRAS tanto en Castilla y Aragón reinaban los Reyes Católicos, D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando, tan fiel y amante esposa como era ella, él en medio de sus campañas y reformas, que hizo muchas, como la creación de la Santa Hermandad y de la Inquisición, medidas entonces necesarias para combatir, ya que extirpar no se podía, ni aún se ha podido, el bandolerismo y la corrupción y la herejía, sobrábale tiempo para galantear. Véase, en prueba de ello, la lista de sus hijos naturales; legítimo sólo tuvo uno, que fué la Infanta D.<sup>a</sup> Juana.

D. Alfonso de Aragón (2), que nació de D.<sup>a</sup> Aldonza Roig, Vizcondesa de Évoles, el cual fué Arzobispo de Zaragoza: D.<sup>a</sup> Juana de Aragón húbola en una señora de la villa de Tárrega, que casó con D. Bernardino Fernández de Velasco, y dos llamadas Marías, la una hija de una señora vizcaina y la otra de una portuguesa, y ambas fueron religiosas y prioras del convento de Agustinas de Madrigal.—Bofarull, *Condes de Barcelona*, tom. II, pág. 341.

(1) Véase la pág. 281 de este tomo

(2) 1467.

En cuanto á D. Felipe el Hermoso, era tan dado á los placeres, que la infeliz D.<sup>a</sup> Juana, no de muchos alcances, se entontecía; devorábala la pasión de los celos, la más voraz de todas.

En sus campañas, en sus cacerías, rodeado de sus flamencos, no respetaban ni mujer noble ni villana; sus orgías, sus escándalos, sus atropellos, sus saqueos, recordaban la invasión de los vándalos; vano era el continuo clamor de los pueblos por do pasaban; aquella turba, ebria casi siempre, reíase únicamente de los lamentos, del llanto de las jóvenes víctimas de su brutalidad.

D. Felipe, aunque robusto, fornido, íbase poco á poco debilitando; no hacía caso del consejo de sus mismos compañeros de aventuras ni del médico; así contrajo una dolencia que iba minando lentamente su naturaleza, y hallándose en Tordesillas, atacólo una fiebre tan violenta que sucumbió.

La noticia de su prematura é inesperada muerte hirió á la enamorada D.<sup>a</sup> Juana como un rayo y acabó de enloquecer.

Sucedíole su único hijo D. Carlos I de España y V de Alemania. La primera *amiga* fué una dama llamada *Margarita Vangest*, hija de María Vander y de Juan Vangest, caballeros nobles flamencos. Hallábase aún soltero el Emperador.

Del cariño de aquella señora resultó que le diese una hija natural, llamada como la madre, Margarita. Su nacimiento fué en diciembre de 1529 en Andenaída, y á los siete años después fué tratada de casar con Alejandro de Médicis, sobrino del Pontífice Clemente VIII, que era de la misma familia, siendo ésta una de las capitulaciones de la paz ajustada entre el Emperador y el Pontífice en el año 1529. Concluída la expedición de Tunez, en el año de 1535, pasó el Emperador á Italia y cumplió lo pactado casándolos en Nápoles y dándola el ducado de Florencia.

Pero Alejandro, poco cauto en el proceder, y queriendo gozar lo que no debía, fué muerto malamente en 6 de enero de 1537, dejando viuda y sin sucesión á D.<sup>a</sup> Margarita. Pretendióla Cosme de Médicis, que recibió del Emperador el título de Duque de Florencia; pero no le dió la hija, por tenerla

ofrecida á Octavio Farnesio, sobrino del Papa Paulo III. En D.<sup>a</sup> Margarita tuvo Octavio al esclarecido Alejandro Farnesio, que gobernó á Flandes con aplauso de las armas de Felipe II, y casó con D.<sup>a</sup> María de Portugal.

El nacimiento de D. Juan de Austria es para el vulgo un misterio; averiguado está que su madre fué Bárbara Blomberg, que residía en Ratisbona.

#### OTROS HIJOS DEL EMPERADOR FUERA DE MATRIMONIO.

Antes de casar tuvo una hija, cuya madre se ignora, y algunos no conocen tal hija. Llamóse D.<sup>a</sup> Juana de Austria, la cual desde niña entró en el convento de Agustinas de Madrigal, y murió novicia, de edad de siete ó nueve años, enterrándola junto á sus tías,—la Princesa D.<sup>a</sup> Catalina, hija del Rey D. Juan II y la Sra. D.<sup>a</sup> María de Aragón, hija del Rey Católico D. Fernando fuera de matrimonio.

Otro hijo del Emperador fuera de matrimonio, refiere Méndez Silva, que dice se llamó *Piramo* Conrado de Austria; confesando no tener de él más noticia.

Veamos lo que sucedía mientras en Francia.

Nada que sea extraordinario contiene el reinado de Carlos VIII: fué vicioso como todos ellos.

Sucedióle su hijo Francisco I. Tan valiente como enamorado, tuvo muchas *amigas*; pero su favorita fué una sola, Diana de Poitiers. Entre los presentes que le hizo figura, en primer lugar, un *château* monumental, que aun existe y yo he visto: es una mansión regia, un paraíso encontrado: edificado por el célebre arquitecto Juan Gaujeaun, es una verdadera maravilla; en sus vastos jardines hay estatuas de Benvenuto Cellini; hay fuentes de mármol como la fachada escultural; en sus espesos bosques hay laberintos donde perderse. Tal es el *château* de Azay-Les-Ridaux, situado en Turena, la Andalucía de Francia.

Viéndose allí, cree uno soñar como el autor de *Las mil y una noches*.

En su reinado comienza la época del Renacimiento; en ella florecieron las artes y la literatura; en cuanto á la galantería, el ejemplo del Rey incitaba á sus cortesanos, damas, y

en general á toda aquella juventud dorada, á imitarle: sus aventuras y caprichos constan en *Les cotillons célèbres* (1).

Rabailais y Brântome tuvieron ancho campo para escribir sus crónicas y sátiras.

Á la muerte de Francisco I—1547,—Enrique II, al sucederle, heredó también el amor que su difunto padre tenía á Diana de Poitiers, Duquesa de Valentinois. Esta dama estuvo casada con el Gran Senescal de Normandía, de quien había tenido dos hijas; quedando viuda joven y bella, siguió siendo favorita del Rey. Tenía cuarenta y ocho años al advenimiento de este Príncipe; y era gran lástima—observa Mèzeray—ver un joven Príncipe adorar un rostro descolorido y lleno de arrugas. Pero—añade—á medida que los años borraban las más hermosas facciones de su cara, su agradable trato, su talento aumentaron de tal suerte, que á la edad en que ella hubiese debido abandonar la cualidad de bella para tomar la de buena, conquistó tan bien el corazón del Rey, que hubo quienes publicaron que ella le había hechizado con filtros. Tan cierto es que el hallazgo de una mujer lista y astuta no es menos peligroso para un joven que sale al mundo que un escollo á un piloto ignorante.

En cuanto á artificios y habilidad, Catalina de Médicis no era seguramente inferior á su rival; y sin embargo, ella no llegó nunca, á pesar de su juventud, de las gracias de su persona y del agrado de su ingenio,—que tenía mucho,—á triunfar del ascendiente que la de Valentinois cónservó hasta el fin sobre el corazón de Enrique II. No es que estuviera enteramente abandonada por su marido: el número de sus hijos es la prueba. El Rey, no obstante todas sus infidelidades, trataba á su mujer: tenía costumbre de decir—cuenta Brantôme—que nadie apreciaba más ni mejor sus excelentes y preciosas cualidades. Entretanto Diana de Poitiers no dejó de ser menos la verdadera Reina, la dispensadora de los donativos y favores reales. Ella gobernaba todo el Reino, gobernando al Rey.» Al comenzar, la Reina no podía sufrir un

(1) Emile Gabaurien.

tal favor de parte de Enrique II á la Duquesa; pero acabó por resignarse, cediendo á reiterados ruegos del mismo.

—Llega hoy la condescendencia—dice Lorenzo Contarini—hasta mostrarse agradecida á las atenciones que afecta hacia ella, por cuyo extraordinario favor la relega al segundo lugar.

Trata con asiduidad á la señora senescala, y ésta—por su parte—hácele los mejores servicios en el ánimo de S. M.: ella llega hasta el punto de exhortar al Rey á que vaya á dormir con ella.

¡Rara cuanto sublime abnegación!

Como—según dice el refrán—no hay bien ni mal que cien años dure— el suyo, no corto, acabó en 1559.—Enrique II murió como quien era: un muy cumplido caballero: en un torneo que él había anunciado con ocasión del matrimonio de su hermana Margarita y del Duque de Saboya.

Después de haber corrido dos días contra todo el que venía, siendo siempre el victorioso,—quiso correr el tercero, aunque se sentía muy cansado. Había ya roto cinco ó seis lanzas y acababa de levantar la visera de su casco, porque el torneo estaba concluído, cuando advirtió al Conde de Montgomery que tenía aún su lanza en ristre y contra el cual quería correr una vez más. Pero en la prisa que tuvo al atacar, olvidó cerrar la visera de su casco y no hizo más que bajarla.

¿Qué había de suceder?... Que Montgomery, habiendo roto su lanza en el peto del Rey, el trozo de esa lanza, levantada la visera, penetró en el ojo de S. M. con tanta violencia, que una astilla pasó hasta detrás de la cabeza del Rey. Vanos fueron todos los recursos empleados, falleció á los once días de ser herido. Su muerte hizo salir bruscamente á Catalina de Médicis de la situación tan desairada que tuvo desde que se casó. Tomó desde el día siguiente de su viudez la fatal influencia que debía ejercer hasta el fin sobre los destinos de la Francia y de su raza. El nuevo Rey—lleno de respeto ante su madre—fué, la misma noche de las exequias reales, á entregarle la lista de las investiduras y á asegurarle que ella sería con él la dueña del Reino. Pero

Catalina era demasiado hábil y prudente para comprometer con apresuramientos intempestivos un poder que deseaba, mas antes quería asegurar los fundamentos. Encerróse desde luego en su retiro y en su luto.

Los acontecimientos posteriores, aunque transcendentales, no son propios de este asunto; sin embargo, para ver cuán grande era su ambición, veamos cuáles eran sus sentimientos y las personas que merecían sus simpatías.

Tenía cerca de ella las hijas de Francia, la Reina de España, la Duquesa de Lorena, la Duquesa de Saboya, la Princesa Margarita, su tercera hija y María Stuart, la nueva Reina de Francia, esposa de Francisco II. Esta joven y encantadora Reina, cuyo destino debía ser algunos años después tan sombrío y tan cruel, brillaba entonces del triple resplandor del poder de la belleza y del ingenio. Soberana de tres reinos, era el ídolo de la corte, y dueña absoluta del corazón de su marido. Así Catalina no la quería; el genio ardiente y orgulloso de María Stuart no simpatizaba con las mañas y los arranques de esta hija de comerciante, como la llamaba su nuera; y además, la Reina madre veía en ella el principal obstáculo ante el cual debía tropezar su ambición.

Tal era como mujer; como Regente, ella fué causa, con sus delaciones y calumnias, de los asesinatos ó suplicios del condestable de Montmorency, el amigo de su antigua rival, aquella Duquesa de Valentinois que la había tanto tiempo rebajado y humillado.

Resistiéndose los estados del Reino, excitados contra ella por el Príncipe de Condé, á darle posesión de la regencia, acudió á un hombre á quien aborrecía; éste era el almirante Coligny. Hízole venir á Saint-Germain, y una vez allí, á fuerza de atenciones y caricias, consiguió ganarle para su causa. ¿De qué manera? Con la solemne promesa de que, en el caso de que los decidiese á dársela, favorecería con todo su poder la nueva religión en el Reino. Aceptadas por él esas condiciones, venció las resistencias de los estados y las oposiciones del Príncipe de Condé; así se explica que apenas en posesión de la regencia, Catalina protegió abiertamente el partido hugonote, lo cual no quita que después de llamar á

los fugitivos y amnistiar hasta los curas apóstatas, aconsejara, y más que eso, fuera la autora de una tragedia; la Saint-Barthelemy, una de cuyas víctimas fué el mismo Coligny. La misma suerte cupo al Duque de Guisa.

Fué una horrible matanza, de la cual el día no apaciguó las crueldades; el populacho y los más cobardes, acalorándose al humo de la sangre, corrieron de casa en casa, pillando, robando, asesinando, sin reparar en la religión de sus víctimas. Porque no era entonces menos crimen el tener dinero, ó cargos, ó enemigos vengativos, ó herederos hambrientos, que ser hugonote. Vano fué que el Rey y Catalina de Médicis misma, asustados de tantos horrores, quisieran contener tanta matanza. No se juega impunemente con las pasiones de las muchedumbres, deseosas de entregarse al pillaje; las rencillas personalés, la sed de la sangre, prosiguieron su obra mortífera durante tres días, sin cuidarse de las órdenes y de los remordimientos tardíos del Rey. Esto dice Mezeray; pero viene mal, no concuerda con un tristísimo episodio.

Tenía una querida, María Touchet; hallábase aquella noche en su casa, inquieta, asustada, oyendo el ruido de los tiros y de los ¡ayes! que lanzaban los heridos ó los moribundos; temía por Carlos, su amante; no habiéndole visto en tres días, le esperaba con ansia; como para consolarse fué hacia la cuna donde dormía su hijo; su angustia aumentó al oír rumores.

—¡Cielos! exclamó... ¡Esos gritos!

—¡Á muerte!... ¡Á muerte!

Corrió á la ventana.

—¡Todavía más muertes! ¡Es terrible!... ¡Es infame!...

*Gritos fuera.*—¡A muerte ¡A muerte... los hugonotes!...

(Se asomó con temor y lástima.)—¡Es una mujer!

*Voz de mujer fuera.*—¡Piedad!... ¡Socorro!

MARÍA, *retrocediendo.*—¡Me siento morir! ¡Oh! (Cae sobre un escabel.)

*La voz de mujer, desgarradora.*—¡Gracia!

*Voz de soldado.*—¡Al agua la hereje!...

*La multitud, alejándose.*—¡Al agua la perra, al agua!

MARÍA, *incorporándose calenturienta.*—(Aquí, una gran tira-

da que suprimo.—Ruido de pasos.)—Oigo alguno... escuchemos. (Llaman.)—Páreceme que han llamado... ¡Dios mío! ¿Es él? (Corre á la puerta y mira por la rejilla).—¡No!... ¡Yo tiemblo!... ¿Vendrán quizás de su parte?... (Hablando por la rejilla.) ¿Qué queréis?...

SAINT-BRIS, *fuera*.—¡Yo soy Saint-Bris!

## ESCENA II.

MARÍA *abre, exclamando*.—¿Eres tú?

SAINT-BRIS *entra y cierra la puerta, diciendo*.—¡Verdugo, ahora va, persígueme! ¡Buscad mi huella, perros sanguinarios, yo os derroto!

MARÍA TOUCHET, *asustada*.—¡Saint-Bris!

Éste, *tomándole la mano*.—Tú me has salvado, querida María... Aguzá el oído... Escucha, están en el patio.

MARÍA.—¡Es verdad! (Rumores fuera.)

SAINT-BRIS.—¿Los oyes? ¡Qué rabia!... ¡Les escapó!...

MARÍA TOUCHET.—Muy á tiempo. (Bajan ambos.)

Dejémoslos entregados á sus confianzas, propias en personas que habiéndose criado juntas, no se habían visto en cinco años, y pasemos á la escena III.

María, después de haber escondido á su amigo, estaba sola... entró Carlos: acogióle ella con inefable ternura, y el Rey impasible, la mirada fija.

—¿Qué tienes? Acércate, abraza á tu hijo.

—¡Nada, nada!... sangre por doquiera.

MARÍA, *acercándose*.—Es terrible, en efecto, ¿no es cierto? andando ver esos muertos...

CARLOS, *bruscamente*.—¡Cállate! (Aparte.) ¡El cielo me ayude!... No puedo escapar al tormento que me abrumba... Esperaba olvidar la mortandad en mis amores. Fantasmas sangrientos me persiguen siempre... aquí mismo... en todas partes... ¡Ah!

(Sus ojos extraviados; cae sobre un escabel y se tapa la cabeza con las manos.)

MARÍA, *sentándose en un taburete á sus pies*.—Soy yo, Carlos... Olvida... Mira, yo estoy cerca de tí...

CARLOS, *despertando poco á poco; mirándola.*—¡Qué linda sois!...

MARÍA TOUCHET.—¿Eso creéis? ¡Es para tí! Hablemos un poco los dos, y pues que somos aún dichosos. ¡Bastantes más que nosotros lloran; hay que reir!... Bien: es esto... Pues tengo alguna cosa que decirte.

CARLOS, *levantándose febrilmente (aparte).*—Por esos ojos., por esa voz yo no me conmuevo. Así como un árbol verde, seco por el rayo, mi corazón está marchito. (Anda de prisa, con agitación.) Por tanto, esta sorpresa extermina el error... triunfa la Iglesia... ¡Lorena lo ha querido!... ¡Guisa me lo ha aconsejado! ¡Y no es más que una sangre maldita que me ha ensuciado! Sí: he cumplido con mi deber...

MARÍA *le mira con inquietud; luego le llama.*—Olvidáis sin duda que estoy aquí; caviloso, ¿es así cómo se me escucha?

CARLOS.—¡Veamos!

MARÍA.—Acabo de hacer una buena acción.

CARLOS.—¡Bien!

MARÍA.—Dios nos ha dado su bendición. Estoy segura, puesto que vuelvo á verte. He salvado de la muerte, tú comprendes mi gozo, un amigo de la infancia... casi un hermano...

CARLOS.—¡Qué!... Ella, ¿pues va á conspirar contra mí?

MARÍA TOUCHET.—¿Tú nada me respondes? ¿Es que yo te ofendo? ¿Tú puedes mal quererme sólo por que esconda un desgraciado joven de cuya inocencia respondo?

CARLOS, *aparte.*—¿Quieres tú salvarlos á pesar mío, Dios poderoso?

(María abre la puerta de la derecha y hace seña de entrar á Saint-Bris.)

#### ESCENA IV.

CARLOS, MARÍA, SAINT-BRIS.

—Hé aquí á Saint-Bris.

CARLOS.—¡Saint-Bris!

*Éste, viendo al Rey.*—¡El Rey Carlos! (Aparte.) ¡Maldición!

CARLOS, *aparte.*—¡Un amigo de Enrique!

MARÍA TOUCHET, *oyendo á Saint-Bris.*—¿Qué dice?

SAINT-BRIS, *echando la mano á un puñal, mirando al Rey, luego á María con un tono de cólera y de dolor.*—¡Ella le ama!

MARÍA TOUCHET, *á Carlos.*—¡El Rey! ¿Sería cierto, Carlos? Respondedme. ¡Estoy loca! ¡Ha dicho que sois el Rey!

CARLOS.—Ha dicho la verdad.

MARÍA TOUCHET.—¿Qué oigo?

SAINT-BRIS, *aparte.*—¡Inspiradme por gracia! Dios que me has libertado, ¿qué quieres que yo haga?

MARÍA.—Señor, sometéisme aquí á durísima prueba... Amar á un asesino... ú odiar á un amante...

CARLOS.—Rey, para tu corazón quiero ser aún el mismo.

MARÍA.—¡Ay!

CARLOS.—Yo soy siempre tu amante que te ama.

(Largo silencio; el Rey dirige la palabra á Saint-Bris.)

—¿Erais, parece, de los del Bearnés?

SAINT-BRIS.—Soy uno de sus amigos, no lo niego.

CARLOS.—¿Por qué de facco os hacéis cómplice?

SAINT-BRIS.—¿Es ser faccioso querer la *justice*? Nous reclamons nos droits *simplement*.

CARLOS, *con desdén.*—¡Derechos vosotros!

(Entablóse entre ellos una polémica que no es del caso; baste decir que se acaloraron y que María, viendo su causa perdida, intervino diciendo á Saint-Bris:)

—¡Saint-Bris, yo te lo suplico!

CARLOS, *con glacial ironía.*—Bah, dejadle, señora.

MARÍA.—¡Perdonadle!

CARLOS.—¡Sin duda; con toda mi alma! Vuestra protección dale la libertad de hacer todo con impunidad.

MARÍA.—¡Olvidad todo esto!

CARLOS.—Ya está.

SAINT-BRIS.—Nada de ironía, Rey, porque me acuerdo yo que tu felonía en nuestra Nación lleva do quier *l'effroi*. Tú quieres bien olvidarlo,—*me je me souviens, roi, que tu fais massacover mes amis et mes frères, ¿tu viens t'offrir en proie à mes justes coleres?... Cette main va venger mes compagnons trahis, et d'un monstre odieux delibrer mon pays!* (Saca su espada.) ¡Ahora, si crees en Dios, reza tu oración! ¡Implora

tu perdón! ¡Llegó tu última hora y te condeno á muerte! ¡Vas á morir!

MARÍA TOUCHET.—¡Saint-Bris, piedad; yo le amo aún! ¡Matarlo! ¡Desarmarlo!...

SAINT-BRIS.—Aquí, delante de esta mujer, ser asesino, no. ¡Sería infame! Porque yo soy un soldado y no un verdugo. ¡No puedo! (Al Rey.) Remeto esta espada en la vaina; para herirte así, mi mano es demasiado leal, y los asesinatos son una obra real. ¡Sus! Algún otro vengador...

(Suenan voces fuera.)—(Llaman á la puerta.)

—¡Abrid, en nombre del Rey!

MARÍA TOUCHET.—¿Qué quieren?

CARLOS.—Yo no sé, son tropas mías. ¿Lo oís?

MARÍA TOUCHET, *asustada*.—¡Dios mío, salvadnos!

CARLOS.—Por mi alma, ¿tembláis cerca de mí? ¿Qué teméis, señora?

MARÍA TOUCHET.—¡Señor... no he querido ofenderos!..

(Óyense otras voces, y golpes en la puerta.)

—Abrid ¡por Satanás! ó vamos á romper esta puerta. ¡Ea, pronto!

CARLOS.—No hagamos esperar á estas buenas gentes... (Va hacia la puerta.)

SAINT-BRIS.—¡Por Dios! ¡Yo sabré defenderme!

MARÍA TOUCHET.—No, vete, escóndete.

SAINT-BRIS.—Fuesen uno contra ciento. ¡Ya verán!...

MARÍA TOUCHET.—Pero yo quiero salvarte.

(Hácele salir por la puerta secreta.)

## ESCENA XII.

CARLOS, MARÍA TOUCHET.

(Oyense dos tiros de arcabuz.)

MARÍA TOUCHET.—¡Muerto! ¡Sois feroz! ¡Nada podrá jamás lavar este crimen atroz!

CARLOS.—¡Acuérdate de quien soy!

MARÍA TOUCHET.—¡Qué me importa el Rey!... ¡De vuestros crímenes á Dios muy pronto daréis cuenta! Tu amor no es para mí más que horror y vergüenza; y este corazón que

por tí se había interesado, yo misma de mi seno querría arrancarlo. No busquéis más la amante en mí, soy un alma que os juzga y os dice que sois un infame. ¡Ya no os conozco!...

CARLOS.—Teme que, cansado el Rey, quiera á su vez olvidar el pasado. No te permito juzgar mi justicia; cuando he dicho ¡quiero! no hay réplica. Tenlo presente. Hasta otra vista.

MARÍA.—No, adiós.

(El Rey hace un gesto escéptico y sale. María va á la cuna.) (1)

Dije antes que Saint-Bris anunció á Carlos IX su próximo fin; que no se equivocó lo prueba que murió en 1574.

Por más respetuoso y sumiso que fué siempre á su madre, Catalina de Médicis se consoló asaz fácilmente de la muerte de ese hijo, cuyo caracter violento—casi salvaje—contrastaba esencialmente con la naturaleza ultracivilizada de esta Princesa. Esa muerte, además, hacía caer la corona en la cabeza del Duque de Anjou; este hijo muy querido, que era—según la expresión de un veneciano—el alma y el ojo derecho de su madre. Así, sin aguardar que hubiese entregado su alma á Dios, envió á Gracovia (2) á M. de Chémererant, uno de los oficales de su casa, para rogarle regresara sin tardanza á tomar posesión de la corona.

Llegado que fué, no realizó las esperanzas que ella tenía, fundadas en la sumisión y la ternura que siempre le había mostrado.

Pero los Reyes no las cumplen siempre; Catalina debía, hacia el fin de su vida, sufrir grandes sinsabores y muchas amarguras.

Enrique III tenía veintitres años á su advenimiento al trono. Hé aquí el retrato que hizo el veneciano Morosini, encargado por la *Señoría* de cumplimentarle á su vuelta de Polonia y de asistir á su coronamiento.

«El Rey—dice—tiene el porte muy noble, garboso, y las manos más bellas que nadie, hombre ó mujer, tenía en Francia. Su manera de vestirse, los ornamentos con que se ador-

(1) *María Touchet*, drama en un acto en verso.—Gustavo Rivet.

(2) Elegido por la Dieta Rey de Polonia, aceptó y fué allá.

na, revelan su delicadeza y frivolidad. Además de las soberbias ropas enriquecidas con oro y alhajas con que se reviste, su mayor lujo lo pone en sus camisas y en sus gorras. Lleva al cuello un doble collar de oro y de ámbar que exhala un olor de los más suaves. Pero lo que le quita bastante gravedad, es tener las orejas agujereadas como las mujeres; no contento con llevar un sólo anillo en cada una de ellas, le hacen falta hasta dos, con pendientes de brillantes y perlas finas.

»Este Príncipe, cuya molicie y extravagancias han rebajado tanto la monarquía, no carecía sin embargo, ni de inteligencia ni de valor; tuvo en su juventud algún ardor bélico, mostróse hasta valiente en Montaontour y en Jarnac, y probó algunas veces en el consejo elocuencia y juicio.

»Las complacencias interesadas de la Reina madre, la especie de adulación que él profesaba á su persona desarrollaron todos los defectos de su naturaleza, sin realzar una sola de las cualidades que tenía de sus antepasados. Elevado al supremo rango, rodeado de aduladores y de jóvenes bellos, elegantes, cuyas aficiones—poco comunes entonces como ahora—hacían que le llamasen *ses mignons*» (1).

Estos eran los compañeros de sus placeres; él adoptó, casi al siguiente día de su regreso, las costumbres y usos de un soberano asiático, encerrándose en el fondo de sus habitaciones, so pretexto de que los Reyes, sus predecesores, habían aminorado, rebajándola, la autoridad real mostrándose á todo el mundo y á toda hora, no apareciendo en público sino más que rodeado de una pompa toda oriental, porque decía él que los Reyes, siendo los dioses de la tierra, no debía haber nada en sus personas que no tenga suspenso de admiración el ánimo de sus súbditos (1).

Entretanto, dejaba consumirse á la puerta del palacio á los diputados de los Parlamentos y á los gobernadores de las provincias que venían á pedirle sus órdenes, mientras pasaba

(1) *Mignon* en el idioma francés tiene muchas significaciones: pulido, delicado, querido, valido, galán.

(1) Méseray: *Histoire de Henri III.*

días enteros disputando sobre el corte de un vestido con tanta seriedad y madurez como si hubiera sido cuestión de la salvación del Reino. Esta manera de vivir de sus Reyes inusitada, esta indiferencia para los intereses de sus Estados, el desprecio con que trataba á los grandes señores, disgustaron pronto al pueblo, tanto como indignadas estaban las personas de calidad. Un gran número, y de los más calificados, retiráronse de la corte *mal contentos*, convirtiéronse de amigos y adictos que eran, en enemigos. Ellos fueron el núcleo de este nuevo partido, que, aliándose más tarde á los calvinistas, no dejó de inquietar gravemente á la monarquía.

Catalina, sintiendo tal modo de gobernar, no se oponía abiertamente, porque la indiferencia y la molicie del Rey la dejaba dueña absoluta del Reino. Así estuvo hasta el año 1583 en que su hijo, sea movido por sus favoritos, sea que él quisiera salir de la vergonzosa ociosidad en la cual consumía su vida, comenzó á romper algunas lanzas contra la supremacía de la Reina madre, y acabó por emanciparse totalmente. ¿Qué hizo entonces?... ¿Reformas de que estaba bien necesitada la Nación?... ¿Economías?... No, en medio de las necesidades del reino, gastar sumas inmensas.

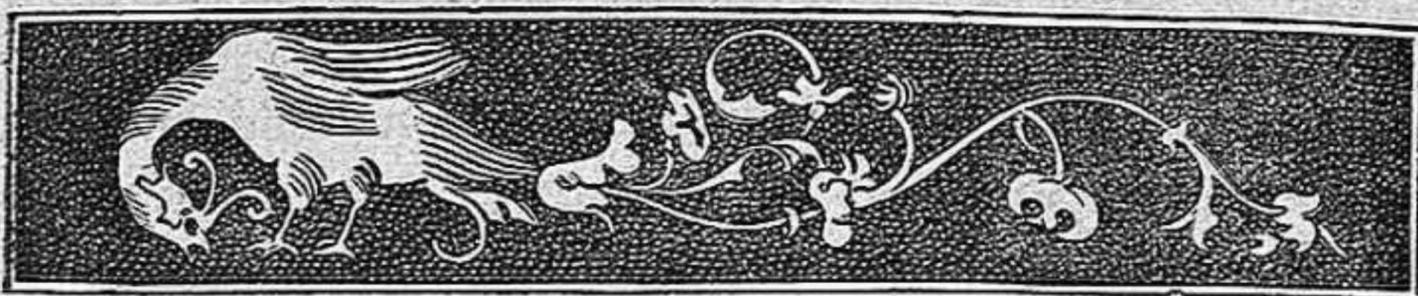
¿En qué?... En divertirse con sus favoritos; éstos disponían á su agrado de los beneficios, de los destinos; guardaban para ellos las más hermosas y prostituían las otras á personas indignas. Y mientras que abandonaba su Reino á la merced de sus *queridos*, Enrique III gastaba su tiempo y su salud en diversiones y galanterías que ofendían la decencia. Veíasele en París correr la sortija, disfrazado de damisela con todos los diges de una mujer descotada, los cabellos sueltos como una desposada.

Durante el Carnaval, iba de día de máscara con sus *mignons* por las calles, y de noche á las casas donde se daban bromas propias de la juventud, alegre siempre. Estos festines verificábanse estando los ejércitos en campaña en todas partes.

Muerta Catalina de Médicis el 6 de enero de 1589, no tuvo el sentimiento de saber el triste fin de su hijo.

(Se continuará.)

ADOLFO MENTABERRY.



## EL TEATRO ESPAÑOL EN 1818.

---



UNA afortunada circunstancia ha hecho llegar á nuestras manos un curiosísimo papel cuya lectura interesará seguramente á los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

Dice así:

### «LISTAS

DE LAS COMPAÑÍAS CÓMICAS PARA LOS TEATROS DE ESTA CORTE EN EL PRESENTE AÑO DE 1818, PRECEDIDAS DEL REGLAMENTO QUE HAN DE OBSERVAR LOS ACTORES, Y DE LAS CONDICIONES GENERALES Á QUE ESTÁN OBLIGADOS, APROBADAS POR S. M. EN REALES ÓRDENES DE 18 Y 23 DE FEBRERO DE ESTE AÑO. MADRID: IMPRENTA DE REPULLÉS.

*REGLAMENTO para el mejor orden de las compañías cómicas de esta muy heroica villa, formadas para el año de 1818 por el Corregidor de la misma el Sr. D. José Manuel de Arjona, juez protector de los teatros del Reino, en conformidad de lo prevenido en la Real orden de 1.º de febrero del presente año.*

»Artículo 1.º Habrá un Autor en cada compañía con el sueldo de 7.000 reales. Su encargo particular es el de agente de ella cerca del juez protector y demás autoridades de quienes pueda necesitar. Cuidará del cumplimiento de las órdenes que por su conducto se comuniquen á su compañía y conservará las demás atribuciones que le estén señaladas por práctica ó reglamento.

»Art. 2.º Habrá en cada teatro una compañía de verso, compuesta para este año en los términos que resulta de las listas adjuntas.

»Art. 3.º Habrá además una de cantado para los dos teatros. Ésta cantará indistintamente en uno y en otro; haciendo cada mes diez funciones completas, según lo ordene el director.

»Art. 4.º Los repertorios ó caudales de óperas serán, por consecuencia del artículo anterior, comunes á ambos teatros; sin perjuicio de separar de nuevo el que á cada uno corresponda, en el caso de desunirse ó dividirse otra vez la compañía de cantado.

»Art. 5.º No pudiendo las disposiciones de los dos artículos anteriores tener su pleno y entero efecto sin la reunión del producto de los dos teatros; y resultando de esta reunión ventajas considerables, al público y á los actores, los fondos de ambas compañías harán uno solo, que se recaudará por un solo tesorero, como antes de 1808. Así como un tesorero, habrá un solo contador para ambos teatros.

»Art. 6.º La compañía de baile que se formará, alternará en los dos teatros lo mismo que la de cantado; será de su obligación ejecutar los bailes generales que determinen los Autores, y los particulares que sean necesarios en las funciones de verso de cada teatro; uno y otro sin perjuicio de los nacionales que deberá haber en ambos, según lo dispongan los mismos Autores.

»Art. 7.º Sin embargo de esta comunidad de intereses, ningún teatro podrá representar las comedias y tragedias que formen el repertorio del otro; y cada uno quedará en posesión perpetua de las piezas que tenga.

»Art. 8.º Todos los gastos que se hagan en cualquiera de los dos teatros serán, por consecuencia de lo prevenido en el art. 5.º, satisfechos de los productos de ambos; como sucede hoy con el de los jubilados, capilla de Nuestra Señora de la Novena, enfermería, etc.

»Art. 9.º Para dirigir y autorizar los gastos de ambos teatros habrá una junta llamada de economía, compuesta de seis actores, tres de cada uno.

»Art. 10. Los Autores serán miembros natos de esta junta. Los otros cuatro individuos serán nombrados á pluralidad de votos por sus compañías respectivas; no pudiendo recaer esta elección en los primeros galanes, á causa de la extensión é importancia de los trabajos de éstos.

»Art. 11. Cuando los Autores ó primeros galanes pidan algunos gastos que la junta de economía no crea conveniente hacer, acudirán aquéllos al juez protector, quien oyendo verbalmente á las partes, decidirá definitivamente, y su providencia será ejecutada sin otro recurso.

»Art. 12. A principios de cada mes se juntarán las compañías para el abono de cuentas del anterior, y enterarse de los gastos ocasionados.

»Art. 13. Los primeros galanes, actores y apuntadores, cuidarán de que nada se quite ni añada á las piezas que se representen sin que preceda la aprobación del censor y la licencia del juez protector.

»Art. 14. Los galanes y Autores cuidarán de que todos los actores á quienes corresponda asistan á los ensayos.

»Art. 15. Si el Autor ó el galán que dirige una función tiene motivos de creer que algún individuo se finje enfermo por no desempeñar el papel que se le ha encargado, podrán hacerlo visitar por un facultativo; y si resultase cierta su sospecha, suspenderlo del partido, previa la aprobación del juez protector.

»Art. 16. Los primeros actores de verso y música, de acuerdo con las primeras actrices, elegirán las comedias y óperas que han de ejecutarse en cada mes, y las pasarán al juez protector para su aprobación. Para que no haya altercados ni confusión de resultas de la alternativa de las compañías de baile y canto en los dos teatros, los dos primeros actores de cada uno de ellos, los Autores y los directores de las compañías de música y baile se juntarán á mediados del mes, y acordarán la distribución de funciones del mes siguiente.

»Art. 17. Si alguna de las compañías desea descansar en la temporada de los grandes calores, podrá hacerlo, acordando en una junta compuesta de los Autores y de los prime-

ros actores y actrices de ambas compañías, y de la junta de economía, el modo, el tiempo y la distribución de los fondos que produzca el teatro que quede abierto; cuyo arreglo se llevará á efecto, previa la aprobación del juez protector.

»Art. 18. Las ganancias de cada teatro se anunciarán al público con separación como se ha hecho hasta aquí.

»Art. 19. Los actores que representen en cada función se anunciarán en los diarios y carteles con sus nombres y apellidos.

»Art. 20. Siendo el talento y la aplicación las únicas cualidades que hacen siempre á los actores agradables al público, los individuos de las compañías que no llenen con celo y á satisfacción general la parte que se les confía, serán separados á otro año, cualquiera que sea el número de los que hayan pertenecido á los teatros de Madrid.

»Art. 21. El actor á quien no acomodase someterse á las disposiciones de este reglamento, y á las condiciones generales que van á continuación, será autorizado para pasar á las provincias, siempre que Madrid no le necesite; pues en este caso deberá someterse, bajo la pena de ser separado del ejercicio y privado del derecho que tenga á la jubilación.

»Art. 22. La junta de economía, en unión con los primeros actores, propondrá al juez protector, para que éste lo eleve á S. M., un nuevo arreglo de jubilaciones en los términos que crea más ventajosos para las compañías. Todos los actores y actrices que actualmente sirven en ellas quedarán sujetos al nuevo arreglo que se haga.

»Art. 23. Todas las precauciones para evitar los incendios, prevenidas por órdenes anteriores, son de cargo del Autor, y él será responsable en el caso de falta, así como en el de contravención al presente reglamento, cuya responsabilidad podrá evitar dando cuenta de las infracciones que note al juez protector.

#### CONDICIONES GENERALES PARA AMBAS COMPAÑÍAS.

»I.<sup>a</sup> Todos los individuos que componen las dos compañías de verso del Príncipe y de la Cruz, y las dos de baile y cantado, comunes á entrambos teatros, sin excepción de cla-

se ni persona, se constituyen bajo la dirección respectiva de los galanes de verso y música y del director de bailes, de quienes recibirán sin excusa el papel que les repartan, así en comedias como en bailes y óperas, según convenga al mejor desempeño de las funciones y á la mayor satisfacción del público.

»2.<sup>a</sup> Todos los individuos de las compañías, exceptuando sólo los primeros galanes y primeras damas de verso y música, tendrán asimismo obligación de recibir en los saines y fines de fiesta el papel que les encargue el gracioso, aun cuando no hayan tenido que representar en la comedia. Se exceptúan por este año los barbas Joaquín Caprara y Rafael Pérez, que sólo saldrán cuando ellos consientan ó cuando haya una absoluta necesidad.

»3.<sup>a</sup> Los primeros galanes y primeras damas se dividirán las funciones del mes en términos que cada uno haga igual número de ellas. En las tragedias ó piezas muy fuertes los primeros galanes y damas se reunirán si la pieza lo exige para su cabal desempeño.

»4.<sup>a</sup> En caso de enfermedad de uno de los primeros galanes ó damas, suplirán por ellos los de la misma clase, salva la compensación que puedan acordar entre sí, para que restablecido el enfermo cumpla el número de funciones que hubiera debido hacer estando sano, é indemnice así á su compañero del exceso de trabajo que le haya ocasionado. El que no pueda verificarlo perderá la suma que corresponda á los días que deje de trabajar, y esta será partible por mitad entre el que lo haya suplido y la compañía.

»5.<sup>a</sup> Todos los cómicos estarán en el teatro una hora antes de empezarse la función, aun cuando no tengan papel en ella.

»6.<sup>a</sup> En el caso de indisposición repentina de un actor, podrá disponer el Autor que lo supla otro si es posible, ó que se haga otra función de las más sabidas.

»7.<sup>a</sup> En el teatro donde algunas variaciones importantes hechas en la formación de la compañía puedan exigir otras en la distribución de papeles, los primeros actores se informarán de los que han hecho anteriormente sus compañeros,

y se los conservarán, si algún motivo calificado no obliga á otra distribución. En caso de desavenencia, el Autor podrá conciliarla, y si no se conformasen las partes, acudirá al juez protector.

»8.<sup>a</sup> Cuando algún primer galán quiera tomar para sí el papel de barba, se concertará para ello con el que desempeñe esta parte, á quien no podrá encargarse otro papel, con tal que no sea muy análogo á su carácter ó que no haya otro que lo pueda desempeñar con lucimiento. Esta disposición no tendrá lugar, sin embargo, en las piezas en que representen los dos galanes juntos, en las cuales, tanto los barbas como todos los demás actores, estarán obligados á hacer el papel que se les dé, para el mejor desempeño de la función.

*LISTA de las Compañías Cómicas de esta Corte para el presente año de 1818.*

## TEATRO DEL PRÍNCIPE.

### AUTOR.

*Señores:*

Bernardo Avecilla..... 7.000 rs. anuales.

## COMPAÑÍA DE VERSO.

### ACTORES.

#### GALANES.

Reales.

Isidoro Máiquez, primero.....	60
Andrés Prieto ( <i>de Barcelona</i> ), id.....	»
Bernardo Avecilla.....	30
N.....	»
Antonio Silvestri.....	22
Mariano Casanóva ( <i>vuelve de nuevo</i> ).....	16

#### CARÁCTER ANCIANO.

Joaquín Caprara.....	30
Tomás López Contador.....	20

#### CARÁCTER JOCOSO.

Antonio Guzmán.....	30
Eugenio Cristiani. ( <i>Véase la compañía de ópera</i> ).....	»
José Guzmán, con obligación de coros y acompañamientos.....	10

## PARTES DE POR MEDIO.

	Reales.
Luis Fabiani.....	16
Juan Arriaga.....	12
Ramón López.....	10

## RACIONISTAS.

	Diario.
Manuel León.....	»
N. Valero.....	»
Manuel Prieto.....	»

## ACTRICES.

	Reales.
<i>Señoras:</i>	
Agustina Torres, primera.....	40
Manuela Molina ( <i>de Cádiz</i> ), id.....	»
María Maqueda.....	26
Rafaela González.....	25

## CARÁCTER JOCOSO.

Gertrúdis Torres ( <i>y además, en caso necesario, hacer algún papel de carácter en las óperas.</i> ).....	30
--	----

## HACER TODO LO QUE SE LES MANDE.

María Cabo.....	16
Teresa Sánchez.....	14

## RACIONISTAS.

	Diario.
María López.....	»
N.....	»
N.....	»

## APUNTADORES.

	Reales.
José Maqueda, primero.....	18
Antonio Pérez.....	12
José López.....	11

Diario.

Diego del Castillo ( <i>con obligación de suplir al primero</i> ).....	30
--	----

PINTOR Y DIRECTOR DE LA ESCENA  
EN LA PARTE ARTÍSTICA.

Antonio María Tadey.....	»
--------------------------	---

## TEATRO DE LA CRUZ.

## AUTOR.

*Señores:*

Bernardo Gil..... 7.000 rs. anuales.

## COMPañÍA DE VERSO.

## ACTORES.

GALANES.	Reales.
Juan Carretero, primero.....	40
Antonio González, idem.....	40
Bernardo Gil, idem.....	24
Angel López ( <i>con obligación de cantar</i> ).....	30
Antonio Valero ( <i>de Granada</i> ).....	
Francisco Ronda.....	18
Vicente Fernández.....	16

## CARÁCTER ANCIANO.

Rafael Pérez.....	30
José Díez ( <i>y hacer de primero cuando convenga</i> ).....	22

## CARÁCTER JOCOSO.

Pedro Cubas.....	30
Gregorio Alverá ( <i>véase la compañía de ópera</i> ).....	
Juan Pérez.....	18

## PARTES DE POR MEDIO.

Juan Antonio Campos.....	18
Isidoro Pacheco.....	10
Antonio Rubio.....	10
Pedro Paz.....	10
Andrés López ( <i>con obligación de apuntar</i> ).....	10
Santos Díez.....	10

## RACIONISTAS.

	Diario.
José Cubas.....	»
N.....	»
N.....	»

ACTRICES.		Reales.
<i>Señoras:</i>		
Manuela Carmona, primera.....		40
Antera Baus, idem.....		40
María Sabatini.....		26
Concepción Rodríguez.....		15

#### CARÁCTER JOCOSO.

Josefa Virg ( <i>con la obligación de hacer los papeles de su carácter que se le encarguen en las óperas</i> ).....	30
Felisa Rodríguez ( <i>de Granada</i> ).....	
Ramona León ( <i>para todo lo que se le mande</i> ).....	14

#### RACIONISTAS.

	Diario.
Manuela Pérez.....	24
Tomasa Cubas.....	16
N.....	

#### APUNTADORES.

	Reales.
Blas María Flores.....	16
José Fedriani.....	14
N. ( <i>Con sueldo.</i> )	

#### PINTOR Y DIRECTOR DE LA ESCENA EN LA PARTE ARTÍSTICA.

Joaquín Llorp.

#### COMPañÍA DE ÓPERA PARA LOS DOS TEATROS.

ACTORES.		Reales.
<i>Señores:</i>		
Julián Muñoz, partido de 34 como primer tenor y 6 por director..		40
Dionisio López.....		30
Eugenio Cristiani ( <i>con obligación de representar en su teatro los papeles de carácter jocoso que se le encarguen en las comedias</i> )..		26
Gregorio Alverá ( <i>con la misma obligación</i> ).....		22
Justo Más.....		18
Antonio Llorp.....		12
Angel López. ( <i>Véase la compañía de verso de la Cruz.</i> ).....		

ACTRICES.

	Reales
<i>Señoras:</i>	
Loreto García.....	34
Teresa Lavigna.....	30
Antonia Alonso.....	18
Francisca Moreno.....	16
Josefa Espontoni.....	14
Josefa Virg. ( <i>Véase la compañía de verso de la Cruz.</i> ).....	»
Gertrudis Torres. ( <i>Véase la compañía de verso del Príncipe.</i> ).....	»
	Diario.
Narcisa de Lorenzy.....	30
<i>Y demás coristas de ambos sexos, sirviendo para ello las partes de por medio que sepan cantar.</i>	

COMPañÍAS DE BAILES PARA AMBOS TEATROS.

BAILARINES.

PAREJA EXTRANJERA. . }		Reales.
<i>Señores:</i>		
Antonio Cairón, <i>director de bailes grotescos</i> .....		18
José González.....		14
Mariano García.....		14
Vicente de la Puerta ( <i>de Cádiz</i> ).....		14
Gabriel Rodríguez.....		12
Pablo Ciprés.....		10
Tiburcio López ( <i>de Cádiz</i> ).....		12
		Diario.
José Ramos ( <i>de Lisboa</i> ).....		40

BAILARINAS.

	Reales.
<i>Señoras:</i>	
Antonia Molino.....	26
María Vives.....	20
Luisa Valdés.....	16
María Fabiani.....	16
Teresa Baus ( <i>de Barcelona</i> ).....	12
Gertrudis Pérez ( <i>de Cádiz</i> ).....	12

**ESTÁN DESTINADOS PARA BAILES NACIONALES  
EN EL TEATRO DE LA CRUZ.**

José González.  
Mariano García.  
Vicente de la Puerta.

Antonia Molino.  
María Fabiani.  
Gertrudis Pérez.

**Y PARA EL DEL PRÍNCIPE.**

Antonio Cairón.  
Tiburcio López.  
Pablo Ciprés.

María Vives.  
Luisa Valdés.  
Teresa Baus.

Madrid 24 de febrero de 1818.

Ahora, haga cada cual los comentarios que juzgue oportunos.





# LA LITERATURA ESPAÑOLA

EN FRANCIA.

DISCURSO POR J. G. MAGNABAL. — PRÓLOGO DEL MISMO  
DISCURSO POR A. F. VALLÍN (1).

**L**AS fiestas del Centenario de Calderón de la Barca han demostrado á Europa los elementos de vitalidad de la Nación española, que de nuevo aparece digna de alcanzar los días de su mayor esplendor con los adelantos que realiza en su prosperidad y cultura. Francia, Alemania, Portugal, Italia, Bélgica y Austria habían hecho recientemente público alarde de admiración hacia sus hombres más ilustres, y han renovado su glorioso recuerdo con espléndidas manifestaciones y suntuosas fiestas.

Llegó al fin la vez á España de honrar en la persona de D. Pedro Calderón la edad de oro de nuestra literatura y de

---

(1) Debemos á la bondad de nuestro ilustrado amigo el Sr. Vallín el poder publicar en la REVISTA este importante trabajo antes de que, en forma de folleto, sea profusamente repartido. Nuestros lectores sabrán agradecer esta preferencia con que les favorece el erudito profesor y entusiasta propagandista de la instrucción pública, á cuyo progreso y engrandecimiento viene hace años consagrando su inteligencia, su actividad y gran parte de su fortuna.

nuestra grandeza, constituyendo uno de sus principales ornamentos aquella brillante serie de escritores en prosa y verso que, precedidos de los restauradores de las Letras patrias, Antonio de Nebrija y Luis Vives, llenan en gran parte con las producciones de su inagotable ingenio los siglos XVI y XVII; principiando las de los prosistas con el sabio moralista Fernán Pérez de Oliva y el político Antonio de Guevara, sucediéndose sin cesar los escritores religiosos y místicos, como el venerable Juan de Avila, los dos Luises de Granada y de León, San Juan de la Cruz; aquella mujer admirable, prodigio de su sexo, que se llama Santa Teresa de Jesús; Fr. Diego de Estella, el P. Martín de Roa, Juan Márquez, y tantos otros que, por su originalidad, persuasión y doctrina, son aun hoy objeto de preferente estudio entre las personas doctas; los grandes historiadores como D. Diego Hurtado de Mendoza, feliz imitador de Tácito y Salustio; Jerónimo de Zurita, el P. Mariana, D. Luis de Avila y D. Carlos Coloma, pudiendo calificarse como verdaderos modelos de estilo histórico D. Francisco de Moncada, Francisco Manuel de Melo y Antonio de Solís, atildado historiador de la Conquista de Méjico; como historiadores sagrados, Fr. José de Sigüenza y el P. Rivadeneira; y como historiadores de Indias, Gonzálo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y el Inca Garcilaso de la Vega; mereciendo además alto renombre entre los grandes escritores D. Francisco de Quevedo, que lo mismo sobresalió en verso que en prosa, en el género serio que en el festivo; y el hablista perfecto y sentencioso Don Diego de Saavedra Fajardo; coronando esta serie de prosistas el que á todos aventaja, y en particular resume todos los caracteres y perfecciones de nuestras novelas caballerescas, pastoriles y picarescas, el inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo* y de otras muchas obras no menos perfectas, cada una en su género, Miguel de Cervantes Saavedra.

Y no fué menos fecunda aquella época en insignes poetas, inaugurándola el tierno y dulcísimo Garcilaso, siguiendo los eminentes líricos Fernando de Herrera y Fr. Luis de León, los doctos Argensola, Francisco de la Torre, Francisco de Figueroa y Francisco de Rioja, Juan de Arguijo, Juan de

Jáuregui, Esteban de Villegas, Vicente Espinel, Pedro de Espinosa y el Príncipe de Esquilache; los poetas épicos como Alonso de Ercilla, que al celebrar el valor indomable de los araucanos, puso de relieve el heroísmo de los conquistadores del Nuevo Mundo; el fecundo Balbuena, en su *Bernardo*; Fr. Diego de Ojeda, en su *Cristiada*; José de Villaviciosa, en su *Mosquea*, y Pablo de Céspedes, en los fragmentos de mérito superior que se conservan de su poema didáctico de la *Pintura*; compensándose con exceso la falta de una obra maestra que se achaca á España en la poesía épica,—aunque en ella abundan las bellezas de primer orden,—con la inmensa riqueza que poseemos de romances caballerescos, históricos, moriscos y vulgares, en que se ejercitaron, entre otros ingenios, D. Luis de Góngora y Ginés Pérez de Hita, en su novela histórica *Las guerras civiles de Granada*, siendo también muy notable por la inspiración é índole especial de alguna de sus composiciones el *Romancero Sagrado*; y hubiera bastado á inmortalizar aquel siglo nuestro Teatro nacional, que en fecundidad é inventiva no tiene rival en el mundo, brillando como astros de primera magnitud Lope de Vega, Guillén de Castro, Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Alarcón, Pérez de Montalbán, Rojas, Moreto, siendo dignísimo remate de los poetas dramáticos del siglo de oro el que comparte con Lope la supremacía, ganándole mucho en la profundidad del pensamiento y artificio de sus dramas, D. Pedro Calderón de la Barca.

Ahora bien; las fiestas que en el segundo Centenario de la muerte de este insigne poeta han enaltecido su memoria en la capital de España, fueron realmente dignas de la gran Nación de Carlos V, pudiendo competir con las más fastuosas celebradas en otros países. Así se han complacido en reconocerlo, según consta en casi todos los periódicos extranjeros de aquellos días, cuantos han venido á honrarnos, unos en representación de sus Gobiernos respectivos y otros llevados del deseo de conocer y estudiar un país tan poco visitado hasta ahora por las personas ilustradas que figuran en los centros científicos, artísticos y literarios de las grandes naciones de Europa. Merecieron plácemes de todos el carácter

franco y expansivo del pueblo, su cultura y distinción; todos admiraron la magnificencia y riqueza de la cabalgata histórica, que reproduciendo con gran exactitud y primor el estado de nuestras artes, las de la paz y las de la guerra, en tiempo de Calderón, recorrió bajo un sol espléndido y en medio de un inmenso gentío y de una animación indescriptible las principales calles de Madrid.

Mereció también unánime aplauso la vistosísima procesión escolar; y notables fueron por todos conceptos las sesiones y actos públicos que celebraron en aquellos días las Reales Academias de la Lengua, de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Medicina, la Universidad Central, el Ateneo Científico y Literario, la Asociación de Escritores y Artistas,—á cuya iniciativa se debe la celebración del Centenario,—la Sociedad Geográfica, el Fomento de las Artes y otras muchas Sociedades consagradas al cultivo de las ciencias y de las letras patrias (1).

---

(1) Entre los temas propuestos por las corporaciones para aspirar á los premios del Centenario, merecen consignarse los siguientes:

ACADEMIA ESPAÑOLA Ó DE LA LENGUA.—Para el certamen nacional: Una composición poética en honor y alabanza de Calderón, escrita en lengua castellana, en endecasílabos (solos ó alternando con heptasílabos), y que no tenga menos de 100 versos ni más de 350.—Para el certamen extranjero en alemán, dinamarqués, sueco, francés, griego moderno, holandés, inglés, italiano, polaco, húngaro, bohemio, portugués y ruso: *La Glorificación de Calderón*; composición en verso lírica ó narrativa, quedando su extensión, carácter y metro al arbitrio del autor.

ACADEMIA DE LA HISTORIA.—¿Qué relaciones establece la crítica histórica entre el argumento de *El Mágico prodigioso* de Calderón y el del *Fausto* de Goethe, consultadas las tradiciones antiguas y las leyendas de la Edad Media en que pudieron inspirarse ambos escritores?

ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.—La Escultura española desde principios del siglo XVI hasta fines del XVIII, y causas filosóficas y artísticas que influyeron en su decadencia.

ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.—Estudio sobre las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII, fundado en las comedias de Calderón.

ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES.—Concepto de la Naturaleza y de sus leyes, que de las obras de Calderón resulta, como expre-

Con agradable sorpresa se dió cuenta en todas estas solemnidades académicas del considerable número de composiciones, ya en prosa, ya en verso, que en honor de Calderón, y haciendo digna concurrencia á nuestros literatos y poetas, se enviaban á Madrid de casi todas las naciones de Europa y América. Sabíamos, sí, que se cultivaba nuestra literatura en Alemania, donde se miran con alto aprecio, no sólo el teatro antiguo español, sino todas nuestras producciones literarias, siendo muchas las que han reproducido con gran fidelidad en su idioma.

No ignorábamos tampoco que ilustres profesores de Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suecia y Portugal daban repetidas muestras en sus explicaciones de conocimientos profundos de las obras maestras de aquellos grandes hablistas; pero no podíamos ciertamente figurarnos que fueran en tanto número los hombres instruídos que están allí familiarizados con los dramas de Calderón, y que en unos y otros países se rindiera tan honroso culto á las letras españolas (1).

---

sión del estado que en aquella época alcanzaban los conocimientos científicos entre las personss que, sin haber profesado su estudio, sobresalían en el cultivo de las Letras; ampliando, si se considera conveniente, dicho trabajo con el examen de las obras de otros poetas contemporáneos.

UNIVERSIDAD CENTRAL.—Estudio filosófico-literario sobre la Poética de Calderón.—Estudio crítico de la sociedad representada en las obras de Calderón. Estudio psicológico-fisiológico de las pasiones en las obras del mismo poeta.—Memoria con asunto libre, pero refiriéndose á la vida y escritos del mismo personaje.—Composición en décimas á la memoria de Calderón.—Soneto al mismo autor.—Calderón, romance popular.—El Centenario de Calderón, en metro á elección del poeta.—Composición latina á Calderón, en sáficos-adónicos.—Un pasa-calle, para los instrumentos que se usan generalmente en las estudiantinas, á saber: flautas, violines, guitarras, bandurrias y panderetas.—Una jota estudiantil, con coplas alusivas á Calderón, acompañadas con el mismo instrumental anterior.

(1) Entre los dramas de Calderón hay uno que, sin contar *La vida es sueño*, hace tiempo que llama particularmente la atención en Europa, *El Mágico prodigioso*, traducido cuatro veces al francés, cuatro al inglés, tres al alemán y una al sueco. Mr. Magnabal ha publicado además recientemente una correctísima edición en castellano, con noticias biográficas del autor y multitud de notas que facilitan el conocimiento del espíritu y la letra de una composición de las

Por eso la concurrencia inmensa y compuesta toda de personas distinguidas que el 24 de mayo último llenaba el suntuoso Paraninfo de la Universidad Central, al inaugurarse la *Liga contra la Ignorancia*, bajo la presidencia del Sr. Ministro de Fomento, oyó con la mayor complacencia y asombro el eruditísimo discurso pronunciado en correcto castellano por Mr. Magnabal, delegado del Gobierno de Francia en las fiestas del Centenario. La elegancia del estilo, la sobriedad de la frase, los extensos conocimientos de nuestra historia literaria, y la modestia suma con que se expresó el ilustre extranjero, unido todo á la justicia con que ensalzó, sin adulación ni lisonja, el relevante mérito de nuestros clásicos y los progresos recientes de nuestra cultura en todos los ramos del saber, y muy particularmente el vivo interés que despiertan en la Nación vecina las producciones de los escritores contemporáneos—á pesar del inexplicable abandono, inherente á nuestro carácter, que nos impide dar la debida publicidad á nuestros trabajos,—todo hizo muy agradable eco en el numeroso público, que escuchó con singular encanto un discurso tan bien sentido como pronunciado. Con razón decía Mr. Magnabal que nos contentamos con los aplausos de nuestros compatriotas, sin cuidarnos gran cosa del juicio más ó menos exacto que pueda formarse en Europa del estado de nuestros estudios, como en otros tiempos

---

más originales de Calderón, designada como objeto de estudio de la poética lengua española por el Consejo Superior de Instrucción Pública de Francia.

La obra titulada *Homenaje á Calderón*, que acaba de merecer un brillante informe de la Academia de la Historia y del ilustre Mesonero Romanos como cronista del Ayuntamiento de Madrid, contiene una serie de estudios biográficos, monográficos y críticos, con documentos originales, que, custodiados en el archivo del Conde del Asalto, ven ahora por primera vez la luz pública, y puntualizan con carácter oficial los servicios militares de Calderón; el registro de la posesión dada al insigne autor dramático y presbítero en la plaza de Capellan de Reyes en la santa iglesia de Toledo; el acta de su ingreso en la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid; copia de una exposición que dirigiera al Patriarca, y finalmente, su interesante testamento cerrado, firmado de su mano, en 20 de mayo de 1681, cinco días antes de su muerte, en el cual se ofrecen notables pormenores de su vida, relaciones y amistades con numeroso inventario de sus bienes.

descuidábamos también el demostrar y defender la participación que hemos tenido en los grandes descubrimientos, tanto geográficos como científicos, y divulgar nuestras glorias artísticas, que no tienen rival, y los adelantos y progresos que alcanzamos en muchos ramos de la administración pública, como lo prueba el *Fuero Juzgo*, el *Código de las Partidas*, la *Constitución Aragonesa* y las *Leyes de Indias*, cuando gran parte de la Europa se hallaba todavía en la infancia del arte, de la política y de la literatura.

Y no se limitó el Sr. Magnabal á simples afirmaciones acerca de la importancia que se da en su país á nuestras obras literarias, sino que además dió noticias muy minuciosas de los estudios de los clásicos españoles que se hacen en los liceos y en las facultades de letras de los departamentos y hasta en los grandes centros de instrucción de París mismo, mereciéndole su autorizada palabra los plácemes más entusiastas de cuantos asistimos á aquella gran solemnidad, porque no eran las frases del ilustrado representante del Gobierno de Francia la expresión exagerada de nuestro amor propio, ni dictadas por el entusiasmo y un amor ciego á las glorias de la Patria, sino la expresión sencilla y severa de la verdad, el juicio desapasionado de un extranjero distinguido, que ha consagrado toda su vida á las cuestiones de la pública instrucción y al estudio de nuestra historia literaria.

Corresponde á la *Crónica* del Centenario, que ya empezó á publicarse, dar á conocer los múltiples trabajos premiados por las Academias y otras doctas corporaciones; mas deseosos nosotros de que no sólo en España y América, donde se habla la hermosa lengua de Cervantes, sino también en el extranjero, fuera conocido el interesante discurso del señor Magnabal, le hemos pedido permiso para imprimirlo tal como le pronunció en la Universidad de Madrid, traducéndolo además al francés, como idioma más conocido en Europa.

La galante autorización del eminente profesor nos proporciona hoy la satisfacción grande de salir una vez más en defensa de España, desde un punto de vista opuesto al de nuestra «Rectificación al mapa de Mr. Manier sobre la cultura

popular en Europa;» puesto que si entonces nos vimos obligados á combatir á un francés para dejar en buen lugar la cultura del pueblo español, ahora nos apoyamos con legítimo orgullo, para un objeto análogo, en el testimonio irrecusable de otro francés, cuya autoridad y reconocida ilustración son indisputables.

Las dos ediciones de este folleto, la francesa y la española, y acaso otra en inglés, se distribuirán enviando numerosos ejemplares á las Bibliotecas, Academias, Universidades, Liceos y otros centros literarios de Europa y América, á la prensa y á las personas doctas de todos los países, que seguramente leerán con gusto el bello y erudito discurso de Mr. Magnabal, encomiando los modelos del siglo de oro de la literatura española.

Madrid 17 de noviembre de 1881.

A. F. VALLÍN,

Oficial de Academia por el Gobierno de Francia

### DISCURSO DEL SEÑOR MAGNABAL.

Señoras y señores: El delegado del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública en Francia tiene en este momento una señaladísima honra al dirigir la palabra á tan numeroso público congregado en el augusto recinto de la primera Universidad de España, el día en que se inaugura, con el propósito más loable, la Liga Madrileña contra la ignorancia.

Ante todo, vengo á suplicaros que dispenséis toda vuestra bondad é indulgencia á un francés bastante osado para hablaros en español; atrevimiento que no tuviera disculpa, si no fuese una prueba de que en Francia sigue estudiándose con esmero el idioma de Calderón. En efecto, mi afición á la lengua y literatura españolas, es lo que ha tenido en cuenta el Gobierno de Francia al nombrarme para que le represente en el segundo Centenario de aquel varón insigne, cuyo nom-

bre corre hoy de boca en boca por todos los pueblos civilizados. El Excmo. Sr. Julio Ferry, que es el que con tanta inteligencia y celo está al frente de la Instrucción Pública en mi País, siendo objeto de sus asíduos desvelos cuanto se refiere al cultivo de las letras, ciencias y artes, habiendo sabido que, en circunstancias análogas, se habían enviado comisiones á diferentes puntos, como cuando Alemania quiso pagar un tributo de admiración á Schiller; cuando Bélgica convocó en Amberes á los artistas del mundo entero para festejar á su pintor inmortal, Rubens; cuando Italia se asoció á nosotros, en Avignón, para celebrar el quinto Centenario del Petrarca, y últimamente, en junio del año próximo pasado, cuando Portugal citó en Lisboa á otras naciones para ensalzar, en su tercer Centenario, á Camoens, su gran poeta nacional; el Sr. Ferry, repito, que manda delegados de Francia á todas partes, donde quiera se reúnen Congresos artísticos, científicos y literarios, ya sea en Londres, en Stockolmo, en Venecia, ó bien en Viena y hasta en Argel, ha querido aprovechar tan favorable ocasión de probar en cuánta estima tiene Francia á España, que celebra hoy con tanta solemnidad y tan universal regocijo la memoria de D. Pedro Calderón, de la Barca. Pero ¿es posible que el encargado de una misión tan honrosa y tan lisonjera pueda darle debido cumplimiento? Verdaderamente, esto no es fácil para un extranjero. Mas, por otra parte, el venir á tratar aquí de Calderón, de su vida, de sus obras, autos, dramas y poesías, lo considero innecesario. Sería como empeñarse en llevar agua al manantial, y leña al bosque, sobre todo cuando es sabido que en el seno de las más ilustradas corporaciones literarias y científicas de este País se han propuesto, para temas de concurso á premios, cuestiones referentes á Calderón, y que en todos sus Institutos se hace, bajo diversos aspectos, el análisis de sus principales dramas; resultando de todos estos trabajos un cuadro magnífico, que sólo pinceles españoles pueden delinear y pintar con los más brillantes colores.

¿Qué recurso, pues, nos queda para pagar la deuda contraída de honrar debidamente la memoria de tan gran poeta? Darle público testimonio, desde este sitio, de que su recuer-

do vive entre nosotros sus admiradores, y que, sobre todo, su lengua nativa, la hermosa lengua castellana, se cultiva todavía en nuestras escuelas, en nuestros liceos, y se hace el juicio crítico de sus obras en las cátedras de nuestras facultades literarias. En efecto, se enseña el idioma español á los alumnos de instrucción primaria y á los de las escuelas normales de maestros, en la zona fronteriza de los Pirineos. Hay también cátedras de este idioma en los Liceos, desde Tolosa hasta Burdeos, y en París mismo se enseña el español á centenares de alumno en los colegios municipales de Chaptal, Colbert y Turgot, en la Escuela superior de Comercio y en las Asociaciones politécnicas y filotécnicas.

Tal vez se nos diga que, en las mencionadas escuelas, no se enseña la lengua española desde el punto de vista literario, sino en cuanto interesa su estudio al comercio y á las relaciones mercantiles. Pero no hay que olvidar que por medio de las transacciones, no sólo se exportan é importan mercancías, sino también ideas, no bastando para esto la lengua comercial, sino necesitándose además, primero la lengua familiar que habla el pueblo, y más adelante, la lengua literaria. En efecto, una vez salvadas las fronteras de un país, se penetra en seguida en su interior, se despiertan deseos de conocer sus usos y costumbres, ideas y pensamientos, planes y proyectos, en una palabra, todo lo que pueda revelar el carácter de sus leyendas y cuentos populares, de sus dramas, novelas y literatura atrasada ó adelantada; pues sabido es que la literatura de un país es la expresión de su estado social.

Por esto, la literatura castellana forma y ha formado siempre una parte principal de las lecciones de nuestros catedráticos, encargados de explicar la literatura extranjera en nuestras facultades de letras. Así es que en Nancy se ha trazado el cuadro de las letras españolas, desde el siglo VIII hasta el XII, haciéndose el análisis, tanto de los documentos de la invasión árabe, como de los escritos de los primeros historiadores de la Reconquista, de los Cronicones y de los *Gesta Roderici Campidocti*. Al mismo tiempo, en Douai, lo mismo que en Burdeos y en Aix, la leyenda poética y épica del Cid, y el Romancero, se siguen explicando, ya con la publicación

de varios comentarios sobre las diversas influencias del islamismo y cristianismo, ora con el estudio de la poesía sagrada y heroica y el de los primeros documentos de la lengua vulgar; y de este modo se preparan las inteligencias para mejor entender y apreciar las obras maestras del siglo XVI. En Poitiers se describe á grandes rasgos la influencia de la Escuela Española, que se dejó sentir en toda la Europa occidental, como lo prueban también las lecciones del catedrático de Aix, que ha hecho notar dicha influencia bajo el reinado de Enrique IV y Luis XIII, al tiempo en que el desdichado Ministro de Felipe II, Antonio Pérez, daba á conocer en París todo el atractivo propio de la lengua castellana.

En Caen se explica la poesía lírica y épica, desde la mitad del siglo XVI hasta la subida al trono de España de Felipe V, mientras que en Dijón se expone también la misma poesía lírica y cuál es su carácter particular. Y estos asuntos, con la poesía de los Argensolas y el cultismo de Góngora, dejan embelesados á los oyentes, que tampoco pueden pasar por alto con qué gusto han oído las discusiones que se han entablado sobre Mariana, sobre Mendoza y sobre Ercilla, siendo también este último explicado en Burdeos y objeto de los comentarios hechos con tanta erudición por el catedrático de Rennes, estudiando la poesía épica, y exponiendo además cómo se ha ido elaborando la civilización española durante los siglos XII, XIII y XIV, perfeccionándose desde el reinado de D. Juan II hasta el del Emperador Carlos V, y alcanzando su mayor grado de esplendor en tiempo de este último Monarca y de los tres Felipes que le sucedieron.

*Las aventuras del Lazarillo de Tormes* no se olvidan en la cátedra de Burdeos, y á lá vez toda la serie de novelas picarescas, como *Gil Blas*, *El Diablo Cojuelo* y *Guzmán de Alfarache*. Con su examen se ventilan cuestiones del mayor interés sobre el estado social de una civilización que presenta un cuadro tan asombroso de grandeza y de miseria. A propósito de las novelas picarescas, y formando con ellas singular contraste, se ponen de relieve las reales y verdaderas

bellezas de la poesía caballeresca en el *Amadís de Gaula*, y sobre todo en el *Quijote*. Esta obra inmortal del inimitable Cervantes se halla como libro de texto, por decirlo así, en todas las manos, y se explica y comenta en Clermont, Douai, Rennes, Nancy, Tolosa, Burdeos, por todos los profesores, que tienen buen cuidado de agrupar todo lo que se ha escrito sobre este libro, que tanto contribuyó á cerrar el período caballeresco; y además señalan en este libro lo que pertenece particularmente á la Nación española y á la época del autor, es decir, la sátira literaria, política y social, y lo que pertenece á todas las edades, á todos los países, ó sea la lucha entre lo imaginario y lo real, que tan perfectamente se personifica entre D. Quijote y Sancho; y todos admiran tanto esta novela por la pintura que en ella hace Cervantes con inimitables colores, de su tiempo, de su pueblo y de toda la civilización de la época, que por esto los alemanes, para enaltecer el *Wilhen Meister* de Goëthe, y los ingleses, para ponderar el mérito del *Tom Jones* de Fielding, no titubean en compararlos con el *Quijote* de Cervantes, que es el tan simpático caballero andante, que aun después de su muerte continúa luchando con éxito maravilloso por la verdadera dama de sus pensamientos, España, con él siempre gloriosa y triunfante.

Con frecuencia, como se acaba de ver, y con ocasión del mayor de los novelistas, Cervantes, lo mismo en Caén, que en Clermont, en Tolosa, en Burdeos y otros puntos, se pretende que la novela está siempre reflejando el estado social contemporáneo, y no obsta que el novelista recurra siempre á ficciones más ó menos ingeniosas, ó coloque el lugar de la escena en países muy remotos ó imaginarios, ó bien tome sus personajes de la historia ó de su fantasía, pudiendo reconocerse siempre en las figuras del cuadro artificial que describe, los principales rasgos de sus contemporáneos.

Pero si esta aserción puede sostenerse tratándose de las novelas, ¿con cuánto mayor motivo puede afirmarse esto de las producciones dramáticas, y sobre todo de las obras cómicas? ¿Qué nos presenta la comedia, sino la pintura de las costumbres contemporáneas del autor, desplegando la mayor

variedad según los tiempos y lugares en que se representa, ya censure sin piedad, ya se limite á crear tipos generales? Estos caracteres y propiedades del arte dramático han sido expuestos por todos los profesores de literatura en nuestras facultades de letras, al cotejar las teorías y dramas de cada país con las obras maestras del teatro español. En Caén se hace ver la analogía que existe entre las del teatro inglés y las del español, en lo que atañe á la elección de asuntos nacionales, como se observa en Guillén de Castro, Lope de Vega y Calderón, y se trata igualmente de su desdén, quizás afectado, por las reglas clásicas. En Douai se reconoce lo que tienen de original Cervantes, Lope y Calderón y los demás dramáticos de los siglos XVI y XVII. En París mismo, en las afamadas aulas del Colegio de Francia y en la Sorbona, se explica el arte con que Corneille sacó de las *Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, el drama que desde su aparición se llamó *La Maravilla del Cid*, y cómo se valió de este drama para representar el triunfo del deber contra el amor; del mismo modo que en su *Horacio*, imitado del de Lope, representa la lucha del deber con la pasión. Se demuestra también que *El Mentiroso* ha nacido de *La Verdad sospechosa* de Alarcón, y cómo se inspiró Corneille en el *Todo es verdad y toda mentira* de Calderón, para su tragedia de *Heracles*. En Rennes, considerando las varias concepciones á que ha dado lugar el interesante tipo del Cid en la poesía española, desde el siglo XI al XVII, se explica cómo Corneille ha podido añadirle nuevos encantos, prestándole un interés romanesco y moral, merced al cual ha recuperado su figura y su grandeza épicas. En Aix, se comenta lo que constituye el carácter original del teatro español y su fecundidad peculiar, y se le estudia en las obras de su representante más calificado, Calderón de la Barca. En todas partes, los catedráticos de lengua alemana que tratan de Goethe no pueden dar á conocer por completo á este autor, sin cotejar su *Fausto* con *El Mágico prodigioso* de Calderón; y los de literatura inglesa, considerando como el más ilustre de los antecesores de Shakespeare á Cristóbal Marlowe, no pueden menos de comparar su *Mefistófeles* con el Demonio de *El Mágico prodigioso*.

Para completar esta breve reseña de los estudios clásicos de las letras españolas en Francia, hay necesidad de añadir los trabajos de muchos licenciados en letras, que, para graduarse de doctores, han escogido para la composición de sus tesis doctorales asuntos tomados de la literatura española, ora poéticos, ora políticos, ó bien históricos.

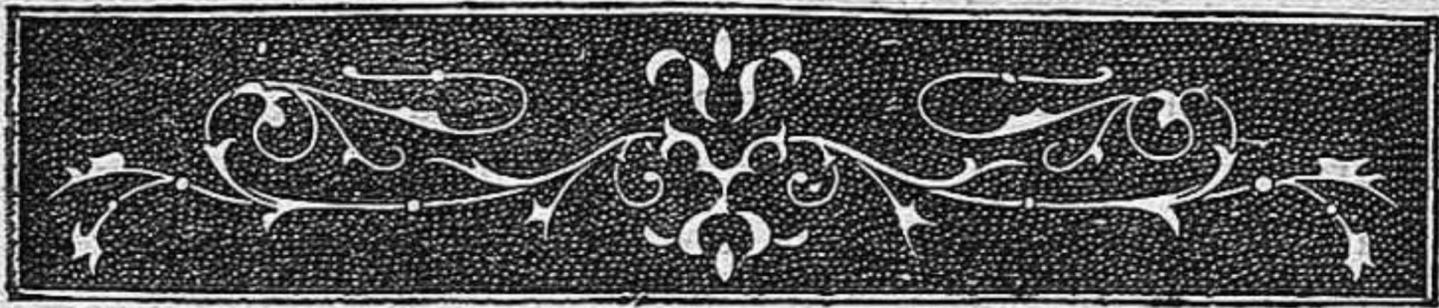
Demás de esto, y para mayor prueba de que en nuestro País no ha caído en olvido el idioma de Calderón, tendría que referir de paso los artículos biográficos que se publican en las revistas y periódicos literarios sobre los varones ilustres de España, tanto antiguos como modernos; las consideraciones que se hacen sobre las condiciones sociales y políticas de la Península ibérica; las obras originales que se dan á luz sobre su teatro, sus poetas, sus prosistas y sus historiadores, sin omitir las de aquellos escritores que se esmeran en trasladar al francés las que se escriben en español, y que merecen ser premiadas por la Academia francesa, como la traducción del teatro escogido de Calderón.

Después de lo que acaba de decirse, se puede ver cuán infundadas son las quejas de los que van repitiendo que la literatura española ha perdido toda su importancia en la Nación vecina, que se mira particularmente con cierto desprecio, y que se sabe menos en París de lo que pasa en vuestra Península que en China ó en el Japón. Hay en estas afirmaciones tanta falsedad como exageración; pues si los aficionados á las cosas de España lo tomamos todo por el lado mejor, los contrarios lo miran todo con una preocupación excesiva.

En efecto, no se ignora en Francia que, después de haber seguido en España tiempos sombríos y de triste decadencia á su siglo de oro político y literario, España va saliendo poco á poco de su estado de abatimiento y cobra nuevas fuerzas. No son ya del todo desconocidos entre nosotros los nombres, por lo menos, de los autores modernos que han verificado desde el año treinta lo que se ha llamado, con muchísima razón, época nueva de Renacimiento. Mas ¿por qué sus obras no se aprecian ni se estiman tanto como las de otras naciones más favorecidas? No es mi ánimo plantear aquí cuestión

tan importante y compleja. La causa de todo esto puede ser nuestra ignorancia, así como la falta de publicidad, de que se cuidan poco vuestros autores, contentándose con los laureles y aplausos que recogen en su Patria. Por otra parte, así como se levantan Pirineos físicos entre Francia y España, del mismo modo existen Pirineos literarios; pero si los primeros pueden hoy salvarse fácilmente con túneles y ferrocarriles, es de esperar que asimismo se allanarán pronto los segundos, con relaciones literarias más frecuentes; y sobre todo, en esta ocasión, en que pasarán de treinta, en Francia, los poetas que vengán á presentarse con sus versos y cantares á los concursos de premios, para celebrar fiestas semejantes á la solemnidad nacional del Centenario de Calderón de la Barca.





AVENTURAS  
DE  
UN SALTIMBANQUIS<sup>(1)</sup>



ODO esto era un poco embrollado, y aparecía mucho más oscuro porque Sadi tuvo buen cuidado de no hablar de Dahomey y de no pronunciar el nombre del Rey Gezzo. Gezzo era un Monarca muy temido, y era muy posible que los indígenas se hubiesen negado á socorrer á sus enemigos, temiendo incurrir en su enojo.

De todas las afirmaciones de Sadi, la que podía justificarse más fácilmente era el origen europeo de sus amos. Mr. Cobb hacía necesaria una demostración, y Silas, con su tez extraordinariamente curtida por el sol africano, parecía desmentir lo dicho por la negra. Para evitar todo género de dudas, se desnudó de media cintura para arriba y exhibió su torso, que había conservado su primitiva blancura.

Nueva sorpresa de los negros. Uno de ellos entabló con Sadi un diálogo interminable, haciendo señas en cierta dirección. La joven parecía hallarse estupefacta.

(1) Véase la pág. 222 de este tomo.

—¿De qué se trata? preguntó Silas.

—Señor, dicen que hay por aquí otro hombre blanco.

—¡Otro hombre blanco! ¿Y en dónde está?

—En un pueblecito inmediato.

—¿Desde cuándo? ¿Qué es lo que hace? añadió el joven sin poder ocultar su curiosidad.

—Ese hombre blanco llegó aquí en la última estación de las lluvias. Está enfermo, muy enfermo.

—¡Un europeo enfermo cerca de aquí! ¡Puede que sea un inglés! ¿No os parece lo mismo, Benjamín? Es preciso que acudamos en su socorro.

Levantáronse los dos hombres á pesar del cansancio que experimentaban, no escuchando más que la voz de la humanidad.

—Conducidnos á su lado, dijo Silas.

Este deseo contrariaba la ambición del jefe de los salvajes, que sólo pensaba en detener á los poseedores del bienaventurado saco. Pretextó tener importantes ocupaciones; dijo que había dificultades insuperables; y aseguró que amagaba una gran tormenta... En una palabra, acabó por conseguir que los forasteros permaneciesen allí veinticuatro horas más, jurando que él mismo los conduciría al día siguiente.

Nuestros tres personajes utilizaron aquellas veinticuatro horas. Un médico, mucho más hábil de lo que ellos podían figurarse, curó sus heridas y les colocó nuevos vendajes. Además, accediendo á los deseos de Sadi, prometió á mister Cobb devolverle su color primitivo. No hay para qué decir que esta proposición fué acogida con verdadero entusiasmo. El precio de la operación quedó ajustado en un dollar.

El Galeno hizo su primer ensayo en una superficie de unas cuantas pulgadas. Trajo un poco de aceite hirviendo, lo mezcló con arena fina y frotó hasta arrancar la epidermis el punto elegido para el ensayo. Cinco minutos después, el hombro de Benjamín brillaba como un nenúfar sobre las aguas de un pantano. Entusiasmado con tan brillante éxito, el doctor negro continuó su ímproba tarea, en tanto que Benjamín, lleno de satisfacción, duplicaba el precio convenido. La operación fué larga y penosa, sobre todo para el

paciente. En fin, á la caída de la tarde, terminado ya aquel horrible lavoteo, nuestro músico tuvo la dicha de contemplar su piel tal como Dios la había hecho, si bien con un ligero tinte de langosta cocida, cosa que nada tenía de particular después de tan endemoniadas friegas. Ya no le faltaba más que el cabello, pero esta falta quedó remediada con un enorme sombrero de paja que le vendió un industrial de la localidad.

### XXXIII.

Al día siguiente, cuando los viajeros se dispusieron á partir, el viejo negro no se encontró en disposición de poder cumplir su promesa. ¿Cuál era la causa del malestar que experimentaba? No lo sabía. Pero la fiebre que le tenía clavado en el lecho le impedía de todo punto ponerse en camino. Suplicó á sus huéspedes que dispensaran y que aguardasen veinticuatro horas más, asegurando que sólo él podía conducirlos hasta Benín.

En los seis meses que llevaba ya en Dahomey, había tenido Silas tiempo sobrado para conocer á fondo el carácter de sus habitantes. Así es que manifestó en el acto que tomaría otro guía, y que á falta de éste, sus compañeros y él sabrían perfectamente dar con el camino. Estas palabras curaron por ensalmo al enfermo; levantóse inmediatamente y se puso al frente de la caravana, que, sin más dilaciones, emprendía ya su marcha.

Dos horas después, divisaron los viajeros el pueblecillo que se les había designado como residencia del hombre blanco. Al bajar la colina que lo dominaba, observaron que el pueblecillo en cuestión era tres veces mayor que el que acababan de dejar, aunque de una arquitectura idéntica en un todo. Las chozas, construídas con tierra y con madera, tenían la misma forma que las colmenas, y su elevación no era mayor que la altura de un hombre.

Inútil es decir que la aparición de los cuatro personajes puso en conmoción á todos los habitantes. Como tenían que

atravesar el pueblecillo para llegar á la morada del hombre blanco, los europeos se vieron en seguida rodeados por una multitud de babcas que los siguió dirigiendo al guía todo género de preguntas. El viejo negro, dándose mucha importancia, se limitó á dar mil respuestas evasivas que sólo sirvieron para excitar más y más la curiosidad de los indígenas.

Silas y Benjamín proseguían su camino sumamente emocionados al pensar que tal vez iban á hallarse en presencia de un infortunado compatriota. Marchaban á la casualidad, porque lo único que sabían era que la choza del europeo se hallaba al extremo del pueblecillo. De pronto llamó su atención una cosa por demás extraordinaria.

La arquitectura primitiva de aquellas apartadas regiones desconoce por completo el uso de las ventanas y de las chimeneas, y las chozas no tienen más abertura—exceptuando la puerta—que un agujero practicado en la parte superior, que se cierra, en tiempo de lluvia, por medio de un postigo de madera. Los dos amigos observaron con sorpresa que una de las cabañas terminaba en un tubo. Había además en la pared una abertura cuadrada cerrada por un trozo de tela de un color indefinible. Lo que más les llamaba la atención era el tubo de chimenea. A medida que iban acercándose, aquel tubo adquiría una forma fantástica é inconcebible. Pero no les engañaban sus ojos. La duda quedó resuelta al poco rato.

El tubo era un antiguo sombrero de copa, con un gran agujero en la tapa para dejar pasar el humo.

—Apuesto cualquier cosa á que vive ahí un escocés, dijo Benjamín. Indudablemente, los ingleses no son tan ingeniosos.

—También es muy posible que sea un *yankee*, replicó Silas.

La palabra *yankee*, dicha á la casualidad, hizo nacer de pronto la misma idea en la mente de los dos hombres. Dirigiéronse una mirada y en seguida contemplaron nuevamente el sombrero. Deteriorado, desteñido y desfigurado por la intemperie y por el humo, aquel armatoste revelaba, sin embargo, un glorioso pasado. Parecía ser de clase supe-

rior, y sus bordes, sujetos por dos hebillas de madera, conservaban aún la elegante curva que tan de moda había estado el año anterior en la capital de la Gran Bretaña.

—Juraría que es su sombrero, repuso Cobb. Examinadlo bien, Silas, y decidme si no sois de mi opinión.

—Es muy posible, dijo Hórner deteniéndose á dos pasos de la choza; pero así y todo, sabe Dios por dónde andará el propietario. Más valía que hubiesen puesto ahí la cabeza de ese miserable, que ése es el castigo que tiene merecido.

—Tendría que ver que nos lo encontrásemos ahí dentro...

—Bien podía la Providencia evitarnos ese encuentro; pero creo que estamos suponiendo un absurdo.

En aquel mismo instante levantóse la cortina de la cabaña, y, atraída sin duda por el ruido, apareció una cabeza por la pequeña abertura.

No recordaban los dos amigos haber visto en toda su vida una cabeza más horrible. Su color cadavérico, sus erizados cabellos y sus ojos hundidos y vidriosos le daban el aspecto de un fantasma.

La aparición duró menos que un relámpago; pero Silas y Benjamín reconocieron instantáneamente la fisonomía de Hiram Binny.

Aquel corto momento había bastado además para trocar el resentimiento de los dos hombres en una profunda compasión. Dirigiéronse apresuradamente á la puerta de la cabaña.

El culpable moribundo, interpretando de un modo equivocado la actitud de sus antiguos amigos, sujetó con ambas manos la cortina para impedirles la entrada.

—¿Venís á asesinarme? gritó con voz apenas perceptible. Me he conducido mal con vos, Mr. Hórner, no trato de negarlo; pero bien lo he pagado... Tened compasión de un moribundo... Y vos, Mr. Cobb, doleos de mi horrible situación...

—No temáis nada, Mr. Binny, dijo Silas con acento lleno de dignidad. Si os hubiera hallado en buen estado de salud, es muy posible que hubiera tratado de vengarme; pero no

soy hombre capaz de maltratar á un enemigo indefenso. Abrid; venimos en socorro vuestro.

—No, no entréis, repuso el desdichado; si no venís para vengaros, ¿qué vais á hacer aquí?... No necesito nada... no necesito...

Mr. Binny no pudo acabar la frase. En el estado de aniquilamiento en que se hallaba, la presencia de sus dos víctimas era para él un golpe mortal.

Cuando Silas y Benjamín penetraron en la choza, le encontraron sin conocimiento y tendido en el suelo.

Lo que vieron entonces les reveló con todo su horror la situación de aquel desventurado.

No había allí más mueblaje que un lecho, que consistía en un montón de hojas secas, con un rodillo de madera por almohada. En un rincón un cántaro de agua y un poco de arroz cocido colocado encima de una hoja. Mr. Binny llevaba sus mejores prendas de vestir, pero ¡qué de vicisitudes había sufrido! Los botones dorados habían desaparecido del frac, y el chaleco abierto dejaba ver, por falta de camisa, un cuerpo horriblemente enflaquecido. Sus pies estaban descalzos é hinchados, y sus botas, colocadas en un rincón, aparecían devoradas por un ejército de hormigas blancas.

Los dos amigos levantaron aquel cuerpo inanimado, y sacándolo al aire libre, le tendieron sobre la hierba. Una rociada de agua fresca y algunas gotas de ron que le hicieron tragar lograron reanimarle.

Cuando volvió á abrir los ojos habíase operado en él un cambio de muy mal augurio. Su mirada no era ya fija como antes. Había recobrado esa calma y ese equilibrio de todas las facultades que, en los casos desesperados, son casi siempre precursores de la muerte.

—¿Os encontráis algo mejor? le preguntó Silas.

—Voy á morir, dijo con voz sumamente débil. Hace algunos días que aguardo este momento. Creo que ha llegado mi última hora.

—No os alarméis de ese modo, dijo Benjamín; nuestros cuidados lograrán devolveros la salud.

Pero Mr. Binny presentía perfectamente su próximo fin.

—Llevarme á la choza, exclamó; tengo muchísimo frío. Acostáronle sobre su lecho de hojas secas. Después de permanecer inmóvil un momento, dirigió en torno suyo una mirada.

—¿En dónde está Job?

—Ha muerto, contestó Benjamín.

—¿Que ha muerto! exclamó Binny fijando en Silas Hórner sus asombrados ojos.

—Murió hace dos días, víctima de la fiebre.

—No, no ha sido la fiebre; he sido yo quien le ha asesinado. ¿Por qué no habré muerto ayer?

El americano ocultó el rostro entre sus descarnadas manos, ahogando al mismo tiempo un sollozo.

Benjamín se sintió casi irritado al oír estas últimas palabras.

—¿Y por qué sentís no haber muerto ayer? le preguntó. ¿No veis que Dios ha querido haceros comprender toda la extensión de vuestro crimen, á fin de que podáis arrepentiros?

—¿Arrepentirme? Ya no me queda tiempo para ello. ¡Ah, soy un desdichado y lo confieso! ¡Un desdichado que se ha perdido para siempre!

Silas se acercó á él y le dijo contemplándole con verdadera compasión:

—Mr. Binny, siempre hay tiempo para arrepentirse. Si algo puede ayudaros á ello, sabed que yo os perdono el daño que me habéis hecho.

—Y yo también; os lo digo con todo mi corazón, añadió Benjamín.

El americano miró á sus interlocutores lleno de sorpresa. Durante algunos minutos, sus apagados ojos se fijaron alternativamente en ambos individuos. Su respiración iba siendo cada vez más fatigosa y sus labios contraídos anunciaban la proximidad de la última hora.

—Gracias, dijo. Lo que yo puedo hacer en cambio es muy poca cosa... aunque hubo un tiempo en que creí que esto era todo... Yo puedo haceros ricos...

Silas y Benjamín consideraron estas palabras como hijas

del delirio; pero vieron al enfermo meter la mano por debajo del leño que le servía de almohada, y sacar de allí una cartera—aquella misma cartera de piel que estuvo á punto de costar la vida á su propietario en la escena de la lancha, como recordarán sin duda los lectores.

—Esto es todo lo que me queda, dijo Binny con voz apenas perceptible... Experimento una gran satisfacción al regalárosla. Si no hubiéseis venido hoy, quedaban perdidos todos estos valores. Esos estúpidos negros no creen en el papel moneda; quieren mejor un botón de mi frac que un billete de cien dollars. El miserable intérprete de Sierra-Leona fué tan estúpido como los demás; á no mediar esta circunstancia, me hubiera robado esto como me robó todo cuanto yo poseía, cuando me dejó en este pueblo, medio muerto por el veneno que me había dado... Tomad esta cartera; ahí tenéis cincuenta mil dollars en billetes de Banco y en valores... Yo os ruego que la aceptéis en reparación del daño que os he causado. Si es verdad que me perdonáis, recibid sin vacilar este donativo.

Silas se quedó suspenso, dudando si debía ó no aceptar aquella fortuna cuya procedencia le repugnaba. Las últimas palabras del moribundo acabaron de decidirle. Negarse á tomar la cartera era negar el perdón solicitado. Aceptó por fin.

Parecía que el *yankee* sólo aguardaba aquel momento para exhalar el último suspiro. Sus ojos brillaron por la postrera vez, y luego cayó sin vida sobre su almohada de madera.

Los sucesos que habían sido causa de aquel triste fin eran un verdadero misterio. Á pesar de que los dos amigos dirigieron infinidad de preguntas á los habitantes del pueblo por mediación de Sadi, no lograron averiguar absolutamente nada.

Silas y Benjamín sabían que Binny poseía un reloj de oro con su cadena del mismo metal, unos ricos botones para la camisa y varias sortijas de mucho valor. Los indígenas no habían visto ninguno de estos objetos. Sólo habían recibido por premio de sus cuidados los botones del frac, que las mu-

jeros ostentaban como un adorno de gran valía. Todo hacía sospechar que el individuo de Sierra-Leona, aficionándose al crimen con el ejemplo de Binny, le había desviado del verdadero camino abandonándole en aquel solitario pueblecillo, después de arrebatarse todo cuanto tenía; y hasta es muy posible que, como decía el americano, hubiera llevado su maldad hasta suministrarle algún veneno.

Perdida ya toda esperanza de salvar la vida de su culpable director, dispusieronse los dos amigos á cumplir con él los últimos deberes. Hicieronlo, en efecto, como si se hubiese tratado de su mejor amigo. Los negros, según la bárbara costumbre de aquellas apartadas regiones, celebraron con tal motivo una gran fiesta. Bebieron mucho vino de palmera y bailaron con verdadero frenesí sobre la tumba del difunto.

Los tres viajeros, después de dejar en el pueblo buenas pruebas de su generosidad, prosiguieron en compañía de dos negros el camino de Benín, adonde llegaron al siguiente día.

Por una de esas combinaciones de todo punto inexplicables, volvían con la fortuna que habían ido á buscar, ¡pero á qué precio! Ninguno de ellos podía olvidar la muerte de Job.

¡Ay! en esta vida, casi nunca logramos nuestros deseos, sino á costa de amarguísimos dolores.

## EPÍLOGO.

Aquí terminan las aventuras de Silas Hórner y de su fiel compañero Benjamín Cobb. Réstanos únicamente referir en pocas palabras los acontecimientos que fijaron el destino de ambos personajes.

Los dos ingleses permanecieron un mes en Benín para terminar la curación de sus heridas, y en seguida partieron con dirección á Europa. Silas había escrito á Cora para anunciarle su regreso y la desgracia que la privaba de su joven hermano.

Sadi los acompañó. Sus amigos habían querido asegurar

su existencia, dejándola en Benín, en cuya ciudad podía disfrutar una ventajosa posición; pero la pobre muchacha se mostró tan disgustada con semejante arreglo, que Silas no tuvo suficiente valor para abandonarla. Vestida á la europea, y cubierta la cabeza con un pañuelo encarnado y amarillo que la sentaba perfectamente, embarcóse llena de entusiasmo en el buque que conducía á nuestros aventureros y que los dejó, después de una feliz navegación, en uno de los puertos de Inglaterra.

Miss Hórner había salido á su encuentro. No describiremos los primeros momentos de aquella entrevista, ni los desconsoladores abrazos de los dos huérfanos al recordar al pobre muerto, ni la emoción de Mr. Cobb cuando sintió temblar entre las suyas las delicadas manos de la hermosa Cora. Mr. Cobb, siempre discreto, desapareció durante todo el día para no servir de obstáculo á las tiernas expansiones de los dos hermanos.

Cuando los tres se reunieron para cenar, Benjamín, evocando sus antiguos recuerdos, se creyó transportado al pequeño gabinete de Shepherd's Bush, en donde tan agradables y tan crueles momentos había pasado. Sus temores y su angustia comenzaron nuevamente. Comprendió que aquella vida llena de ilusiones y de desengaños no podía convenirle, y que, por lo tanto, debía cortar el mal de raíz sometiéndose á un heroico sacrificio. Impresionado de este modo, despidióse de sus amigos al fin de la velada.

—Pero sepamos qué es lo que os sucede, Benjamín, le dijo Silas. ¿Por qué ponéis esa cara tan compungida?

—¿Cómo queréis que esté alegre cuando tengo que separarme de vosotros?

—¡Cómo se entiende! ¿Qué queréis decir con eso?... exclamaron á un mismo tiempo el hermano y la hermana.

—He encontrado colocación en un buque que debe salir para América, y...

—¿Estáis loco? dijo Silas. Veo que el sol de África os ha trastornado el meollo.

—Amigo mío... dejadme partir, repuso Benjamín sin poder ocultar su profunda emoción.

—Si yo no puedo deteneros, tal vez mi hermana logre ser más afortunada, dijo Silas dirigiendo una mirada de inteligencia á miss Hórner.

Lo que miss Hórner dijo á Benjamín para hacerle desistir de su empeño, no lo sabemos con toda exactitud. Lo cierto es que después de hablar con ella un momento en voz baja, el enamorado Mr. Cobb cayó de rodillas á los pies de la joven, besando apasionadamente la mano que ésta le tendía.

.....  
 ¿Qué fué de Sadi?

Al principio no ejerció ningún cargo determinado en la familia, de quien fué siempre verdadera amiga; pero el tiempo se encargó de procurárselo.

Si los lectores desean saber algo más, no tienen más que mirar con nosotros á un punto de vista algo lejano, semejante á los que les mostramos al principio de esta historia. De este modo, y dos años después de los últimos sucesos referidos, verá á la negra paseándose en la hermosa playa de Sandown, en la isla de Wight, y meciendo en sus brazos á un angelito regordete y sonrosado que se parece extraordinariamente á Mr. Cobb. Á pocos pasos detrás de ella se ve una joven que se apoya con marcada satisfacción en el brazo de un gentlemen. Como los lectores han reconocido ya á Cora y Benjamín, no tenemos necesidad de nombrarlos.

Los dos esposos se vuelven de pronto y divisan otra pareja que se dirige lentamente á su encuentro.

—¡Silas! ¡Fanny! exclama nuestro gentlemen, no gastéis tanta calma; ya hace mucho tiempo que nos aguarda la comida.

Seis meses después del casamiento de su hermana, el joven saltimbanquis había contraído matrimonio con una compañera de miss Hórner, con cuya familia había vivido durante la ausencia de Silas.

El extitiritero, al aceptar la cartera de Binny, había tenido que transigir con su exagerada delicadeza.

Aquel dinero, dado por un hombre poco digno, le parecía además el precio de la sangre de su idolatrado hermano.

Tenía, pues, verdaderos deseos de purificar cuanto antes el origen de aquella fortuna con un acto expiatorio. Después de meditarlo detenidamente, el honrado Creso—género hoy bastante raro—hizo un donativo de dos mil libras esterlinas á un asilo de niños pobres. Las desdichadas criaturas, que disfrutaban actualmente los beneficios de la piadosa institución, ignoran que los deben en gran parte á un joven *saltimbanquis*, cuyos restos mortales descansan al pie de una palmera, en un bosque del África occidental.

M. GREENWOOD.





## BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO <sup>(1)</sup>

**M. José Fernández y Bernal.**  
—*Anuario jurídico-administrativo, publicado bajo la dirección de D. Narciso de Olañeta, abogado del ilustre colegio de Madrid.*—2.<sup>a</sup> edición.—Un tomo en 4.<sup>o</sup> de cerca de 800 páginas, de buen papel y esmerada impresión. En rústica 7 pesetas en Madrid, 9 en Ultramar y 8 en el extranjero.

Obra indispensable á los funcionarios del orden administrativo y judicial, á los Ayuntamientos y Diputaciones provinciales, á los abogados, notarios, procuradores y auxiliares de los juzgados y tribunales; y sumamente útil á los propietarios, administradores, á los que contratan, y en general á todas las clases de la sociedad.

La verdadera importancia y utilidad de este *Anuario* se manifiesta de una manera evidente con exponer sumariamente las materias que comprende

en las tres partes en que se halla dividido.

PARTE PRIMERA: Índice de las principales disposiciones legales, aplicables y vigentes en España y sus posesiones de Ultramar, sobre los diversos ramos del Derecho y de la Administración.

PARTE SEGUNDA: Papel sellado (Instrucciones y Prontuario para el uso del papel sellado con arreglo á la legislación especial de este ramo, aplicable á los casos anteriores al 1.<sup>o</sup> de enero de 1882.)—Aranceles judiciales, notariales y de otras diferentes profesiones.—Partidos judiciales. (Cuadros sinópticos de los partidos judiciales de las provincias de España y Ultramar.)—Renta del Timbre del Estado. (Novísima ley y Reglamento de 31 de diciembre de 1881, seguidos de una Sinópsis alfabética de los documentos que están sujetos al impuesto

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

del timbre.)—Impuesto de derechos reales y transmisión de bienes. (Ley, Reglamento y Tarifa de 31 de diciembre de 1881.)

PARTE TERCERA: Ley fundamental del Estado y real decreto de 7 de abril de 1881 disponiendo su promulgación en Cuba y Puerto Rico.—Ley de disenso paterno de 20 de junio de 1862 aplicada á Cuba y Puerto Rico por real decreto de 3 de febrero de 1882.—Ley de reclutamiento y reemplazo del ejército, reformada por la de 8 de enero de 1882.

Esta segunda edición ha sido notablemente mejorada, y la tercera parte que en ella se advierte constituye una nueva sección de la obra, donde en lo sucesivo se insertará el texto literal de las principales leyes, de los reales decretos, reglamentos y demás disposiciones de interés general que se promulguen en los diversos ramos de la legislación española, peninsular y ultramarina, con notas para la mejor inteligencia y aplicación de sus preceptos, basadas especialmente en las resoluciones más importantes que se dicten. Sin perjuicio de esto, prometen además los autores publicar, dentro del año, cuando lo conceptúen necesario, algunos volúmenes, que podrán considerarse como apéndices á dicha tercera parte y que llevarán el título de *Biblioteca del Anuario jurídico-administrativo*.

No es, pues, extraño, en vista del carácter de esta obra, que el público le haya dispensado la favorable acogida que demuestra la primera edición, ya agotada, y la segunda, solicitada de una manera extraordinaria.

\*  
\* \*

José de Castro Pulido.—*Contribución al estudio de la geometría analítica*.—Precio, 2 pesetas.

En este folleto, elegantemente impreso, se ha propuesto el autor, prescindiendo de especulaciones metafísicas y ateniéndose al método positivista, contribuir á que la representación del imaginarismo por la perpendicularidad tenga una base irrefragable, asignando á la indicada teoría un puesto entre los que constituyen la *analítica* propiamente dicha, é indicando la manera general y uniforme de explorar, con el auxilio de aquélla, las leyes que presiden á la generación de las líneas, á la determinación de su forma, posición y magnitud.

Es un trabajo que en pocas páginas condensa el resultado de muchos y serios estudios, y que responde al movimiento de reforma que se ha iniciado en la matemática.

\*  
\* \*

Fermin Abella.—*Manual teórico-práctico de lo contencioso-administrativo del procedimiento especial en los asuntos de Hacienda*, Madrid, 1882.—Diez pesetas.

Con añadir al título de la obra y al nombre del autor, que ya quedan expuestos, el índice de las materias que comprende, habríamos hecho la mejor recomendación de tan importante libro. Nada tan difícil como los buenos manuales, por lo mismo que ha de concretarse mucho, reduciendo la doctrina á lo más sustancial, y la parte práctica á lo más útil y conveniente. El Sr. Abella no necesita de nuevos méritos para su reputación,

perfectamente sentada en este género de publicaciones.

Corporaciones doctas, además del juicio de la opinión pública, que es siempre el más lisonjero, han fallado acerca de no pocos de los trabajos del Sr. Abella; y el que acaba de dar á la estampa, y en que nos ocupamos, iguala, si no excede, al mejor entre todos. Materia difícil, al par que de grandísima aplicación de las más frecuentes relaciones que los progresos de los tiempos vienen estableciendo y ensanchando entre el individuo y el Estado, es la contencioso-administrativa, objeto del *Manual* del señor Abella.

Fijar la doctrina con claridad y acierto y poner á su lado la legislación vigente sobre ella, dando además la jurisprudencia sentada por las autoridades y tribunales competentes, es tener el conocimiento indispensable para poder el individuo, en sus relaciones jurídicas y administrativas con el Estado, apreciar con exactitud y acierto el límite de sus derechos, la extensión de los que con ellos se relacionen ó choquen, la legalidad á

que deban sujetarse y el procedimiento y la forma que en su caso deban emplear para garantizar la justicia en que estén fundados.

Así es que el Sr. Abella, después de consagrar los primeros títulos de su obra á establecer los verdaderos conceptos de la *Sociedad*, del *Estado* y de la *Administración pública*, en el tercero entra de lleno en el examen de la *Justicia administrativa*, en el cuarto determina lo que constituye la *Materia contencioso-administrativa*, consagrando el quinto, el sexto y el séptimo á la *Organización y competencia de los tribunales* de esta jurisdicción, al *Procedimiento gubernativo y competencias* y al *Procedimiento contencioso*, dedicando el octavo á reproducir la *Legislación* sobre la materia, y el noveno á los *Formula-rios* de más común empleo.

Lo dicho es más que suficiente para llamar la atención de nuestros lectores hacia el verdadero interés y la gran utilidad que encierra el *Manual* del Sr. Abella sobre lo contencioso-administrativo.

C.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.

**L**LEGÓ el momento del ajuste de cuentas. Momento pavoroso, cuando la caja no está sobrada y los libros acusan numerosas partidas en el *debe*. El jefe de la democracia monárquica anunció una interpelación sobre la política del actual Gobierno: ¿qué habéis hecho de nuestra benevolencia? quería preguntar á los fusionistas: ¿qué podremos esperar en adelante de vosotros?... Con tal motivo, definiría á la vez el ideal de los elementos que dirige.

Justo es confesar que el debate político no suscitó grande interés. Todos sabíamos á qué atenernos acerca de sus resultados.

La interpelación del Sr. Moret había de ser, según el deseo de su autor, un resumen de su actitud, una explicación de su conducta, una justificación de los móviles que guían á los demócratas monárquicos y que marcan el punto de unión y de enlace entre las ideas que proclamaron el primer día de esta legislatura, y las que habrán de inspirarlos en lo sucesivo.

Historia retrospectiva.

*Moret.*—En la discusión del Mensaje de la Corona se plantearon diferentes cuestiones que habían en lo futuro de ocupar la atención de las Cámaras, y cuando se unieron aquellas fuerzas que durante ese largo período parlamentario han servido para la discusión de las leyes, hubo una tendencia general á coincidir en un punto de vista: en que el Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, que había sido llamado á los consejos de la Corona por la libre voluntad del Rey, representaba la concentración de todas las fuerzas liberales del

País, y que hacia esa concentración debían volver la vista todos, absolutamente todos los que desde 1868 habían defendido los principios de la revolución. En ese terreno, que debía ser un terreno común, neutral, debían todos tener cabida, primero para apoyar al Gabinete, y después para formar una izquierda liberal que fuera la contraposición de la derecha.

Esto es lo que motivó la presentación de la democracia monárquica en el Senado y en el Congreso. Uníase para esto la representación especialísima que entonces tenía el Sr. Sagasta, el cual había sido llamado á los consejos de la Corona como jefe de la oposición liberal; porque según los hechos que tuvieron efecto en las últimas sesiones de la anterior legislatura, el Sr. Sagasta representaba, no sólo al partido constitucional, no sólo á la fusión, luego que la fusión fué un hecho, sino todas las fuerzas repartidas por la izquierda. Él mismo dijo que absorbía, que recogía todas esas fuerzas, mientras el Sr. Cánovas del Castillo iba llevando hacia su política todas las fuerzas de la derecha.

*El presente.*—Por impopular y difícil que haya sido cualquier cuestión de las que fueron discutidas en las Cámaras, por muy claro que haya sido el disentimiento de muchos demócratas respecto de alguna solución, por muy difíciles que fuesen las circunstancias, que lo son todavía más para los partidos que están en el período de propaganda, porque tienen que poner más cuidado en no arrostrar la impopularidad que puede alcanzarles con su conducta, á pesar de eso no ha habido ni un solo caso en que no hayan contribuído las fuerzas democráticas, con su apoyo unas veces, con su silencio otras, á sacar adelante al Gobierno. ¿Y cómo ha correspondido el Ministerio del Sr. Sagasta á este compromiso?

En las cuestiones de Hacienda, no hay criterio de partido. En cuanto á la base 5.<sup>a</sup>, el Gobierno ha retrocedido.

La organización de los tribunales y la ley provincial, cuestiones elegidas por el Gabinete entre las muchas que tenía pendientes para presentar en ellas sus ideas de reforma, son las que representan la mayor inclinación hacia la izquierda que ha podido mostrar el Gabinete; y en la cuestión del juramento, que no fué traída por el Gobierno, que fué provocada por el Sr. Becerra, no como una teoría que era preciso ir discutiendo lentamente para ser implantada en la opinión, sino como una de aquellas cosas anheladas por la izquierda, y sobre la cual existía un acuerdo contraído libre y espontáneamente por el Gabinete en la oposición; en la cuestión del juramento, sólo necesitaban los Ministros ponerse de acuerdo con lo declarado en otras épocas, con lo cual los demócratas podían darse por satisfechos, consideran-

do que á la libertad del pensamiento se le había hecho una de las más grandes concesiones que podían esperarse.

Y sin embargo, en ésa, como en otras cuestiones, sólo se ven puntos comunes, puntos simpáticos, puntos de enlace con el partido conservador, y el punto de enlace y el punto de unión con las izquierdas no aparece.

Por otro lado, entre las reformas administrativas presentadas no hay más que un proyecto que responda á las necesidades del País: el proyecto de ley leído por el Ministro de Hacienda, declarando libres una porción de primeras materias, con lo cual ha de recibir no pequeño auxilio el desarrollo de la industria nacional.

Resulta, pues, que en los dos aspectos y puntos de vista que la cuestión de la situación política ha presentado hasta aquí, el que se refiere á su carácter político en cuanto á la formación de la izquierda, y su carácter social en cuanto hace relación á las reformas que el País reclama, no encuentra la democracia aquellas pruebas que tenía derecho á esperar, para que crea que la situación no ha cambiado, y no hay en ella nada que deba modificarse.

Existe, por el contrario, una imposibilidad moral en el Gobierno para llevar á cabo las reformas.

El estancamiento, la paralización, la inercia de esas reformas vienen de la posición en que se encuentra el Sr. Sagasta; es preciso buscar el medio de resolver de una vez todas estas dificultades.

*El porvenir.*—La gran aspiración de la política española, dadas las actuales condiciones de paz y progreso, radica en la organización de todas las fuerzas políticas en dos grandes bandos: el partido liberal y el partido conservador. El primero formado se halla; el partido liberal, la izquierda, sin formar está; en derredor del Presidente del Consejo de Ministros ha tratado de hacerse; la historia de esta legislatura ha probado que no responden exactamente los deseos á la realización.

Cuando adquiriera el convencimiento de que no es posible realizar el problema con ese Gobierno y con los elementos que le constituyen, la mayoría debe unir sus fuerzas á las democráticas para formar un nuevo elemento de Gobierno, dejando á un lado á los que no han sentido energía bastante para realizar la formación de la izquierda obligándolos á pasar á la derecha, y reconociendo que no tienen los medios y las condiciones que en estos momentos reclaman el País y las instituciones.

*López Domínguez.*—Algunos hombres importantes que figuraban en el partido constitucional creyeron que debían

apresurarse á reconocer la legalidad erigida en 1875 y á contribuir á la formación de un Código fundamental que se alejara lo mismo de la Constitución de 1869 que de la de 1845, según habíase exigido en el manifiesto de Sandheurts. Estos hombres importantes hicieron su separación del partido constitucional por medio de un manifiesto, y ante tal disidencia hubo necesidad de hacer un llamamiento á las provincias, para que enviando representaciones, se reuniese una Asamblea del partido en que se discutiera sobre el punto de aceptar ó no la legalidad creada por la Restauración.

El día 7 de noviembre, en el Circo del Príncipe Alfonso, se reunió esta Asamblea, que dirigió el Sr. Sagasta por delegación; porque hasta entonces había existido una gran personalidad política, importante por sus servicios y por los altos puestos que había ocupado en la gobernación del Estado, que figuraba como jefe supremo dentro del partido, y que después de la Restauración se había encerrado en un retraimiento impuesto por las circunstancias, acaso por esos mismos altos cargos que había desempeñado, y además porque las prescripciones existentes entonces, obligatorias para los que pertenecían á la milicia, le impedían asistir á reuniones políticas. Pero no por eso había dejado de manifestar sus opiniones respecto de lo que correspondía hacer al partido constitucional, reconociendo la legalidad creada por la Restauración. Y dijo por aquella fecha, y lo consignó por escrito, acaso en un documento dirigido al Sr. Sagasta, que era necesario reconstruir los partidos y hacer un llamamiento á todos los elementos de la revolución de septiembre que, aceptando la monarquía constitucional, proclamaran como bandera la Constitución de 1869.

El Sr. Sagasta, al presentarse ante aquella Asamblea y al presidirla (que por cierto declaró modestamente que aquel puesto no le correspondía, sino por ausencia de aquel otro personaje), dijo: «Somos lo que éramos; estamos donde estábamos; defendemos lo que defendíamos, el espíritu de la Constitución de 1869, y defenderemos los derechos individuales.» Palabras textuales del discurso pronunciado entonces por el Presidente del Consejo de Ministros.

En aquella Asamblea se aceptó por completo el programa del Sr. Sagasta; se determinó que el partido constitucional aceptaba la legalidad existente bajo la monarquía constitucional de D. Alfonso XII; pero que se llevaría á las elecciones generales la bandera de la Constitución de 1869 y la defensa de los derechos individuales.

Surgió el proyecto de Constitución de 1876, y el Sr. Ulloa pidió que se consignase en el texto de aquel Código el prin-

cipio de la soberanía nacional; otros ilustres miembros del partido constitucional defendieron la libertad de imprenta sin más penalidad que la del Código Penal y con el Jurado; la organización de tribunales con el Jurado; la descentralización administrativa, tanto para el Municipio como para la provincia; la abolición del juramento político; en una palabra, el partido constitucional defendió que todo el título I de la Constitución de 1869 se tradujera en preceptos constitucionales ó en las leyes orgánicas complementarias de la Constitución. Después de aquella gran discusión, el partido constitucional contrajo ante el Rey y ante el País el compromiso solemne de traducir en leyes el día que viniese al poder los principios esenciales de la Constitución de 1869.

Anduvo el tiempo, y las necesidades políticas hicieron que los individuos que formaban el antiguo centro parlamentario se fundieran con el partido constitucional. Pero cuando se verificó esa fusión, en algún documento, en algún acto público, ¿se dijo, por ventura, que el partido constitucional tenía que plegar su bandera, tenía que renunciar á alguno de los principios que había sostenido, tenía que cambiar de algún modo sus doctrinas? No. Los centralistas volvían á su antiguo campo.

Llegó á poco un momento en que, teniendo el Sr. Cánovas mayoría parlamentaria, la sabiduría de la Corona, inspirándose en las manifestaciones de la opinión pública, estudiando la actitud de la prensa y todos los signos ó medios por que aquélla se revela, creyó oportuno hacer uso de su regia prerrogativa, admitir la dimisión del Gobierno conservador y entregar el poder al partido liberal. ¿Es que en este acto de la sabiduría de la Corona, el joven Monarca vaciló sobre la persona á quien debía llamar á sus consejos? ¿Es que pensó en el Sr. Posada Herrera? ¿Se acordó del señor Alonso Martínez? ¿Pensó siquiera en el Sr. Martínez Campos? No: iba á variar la marcha de la política y llamó al Sr. Sagasta, que á la sazón representaba todas las promesas y todos los compromisos de su historia, y el señor Sagasta, al ser llamado por la Corona, tenía obligación de decir al Monarca cuáles eran sus ideas, cuál su programa, no pudiendo ser éste sino el de aparecer en el Gobierno consecuente con toda su historia.

Pues bien; el Sr. Sagasta cumple el encargo de la Corona; nombra á los Ministros actuales; jura el Ministerio, y en su primera etapa otorga al País completa libertad en todas las esferas políticas, y lleva á la práctica el programa del partido. Luego se hicieron las elecciones generales; reuniéronse las Cortes, y vino la actual mayoría inspirada en un gran es-

píritu liberal y reformista, respondiendo perfectamente al programa del partido; de tal suerte que, cuando se levantaban los Sres. Moret, Castelar, Martos, y hacían elocuentes párrafos á favor de la Constitución de 1869, los aplausos que salían de la mayoría eran más entusiastas, mucho más que los que daba á los oradores de la mayoría y aun á los mismos Ministros.

Pero ahora... ahora, al tratar de la organización de los tribunales, se presentó la reforma con el juicio oral, sin que apareciera cumplida la promesa del Jurado. Primera consecuencia del Gobierno y primer conflicto dentro de la mayoría.

Después vino la ley provincial, que es una ley liberal comparada con la que ahora rige, aunque tampoco satisfizo á la mayoría la solución del Gobierno. Segunda decepción, y sin embargo, ése es uno de los blasones liberales de la situación.

La cuestión del juramento fué iniciada por las minorías; el Gobierno tenía contraído, por boca del Sr. Navarro y Rodrigo, el compromiso de resolverla en sentido liberal, y elegida la comisión en el Congreso, el Sr. Navarro y Rodrigo buscó una fórmula de conciliación que fué aceptada por las oposiciones; pero esta fórmula no llegó á tomar cuerpo, no llegó á discutirse. Cuéntase por ahí que la asistencia de algún Ministro á la comisión, y las explicaciones que en ella dió, hubieron de ser causa bastante para que se considerara inaceptable esa fórmula, aun por los mismos que estaban dispuestos á aceptarla; mas, efecto, sin duda alguna, de las declaraciones de algunos individuos de la mayoría, hubo un momento en que el presidente de aquella comisión, Sr. Núñez de Arce, se lanzó por los espacios proclamando que pertenecía á la izquierda de la mayoría, que era por tanto partidario de la abolición del juramento, y propuso á la comisión que el juramento se aboliera.

¿Qué ha sucedido después? Por arte ó ardid, no bien explicado, aparece en el Senado la cuestión del juramento, y entonces se dice que el Gobierno no tiene opinión sobre el particular. Los Gobiernos tienen el deber de formar su opinión acerca de cuestiones de tal importancia, y ya que quieren que haya tanta disciplina en las mayorías, imponer su opinión; pero como el Gobierno actual no tiene criterio homogéneo y firme en esa cuestión, va al Senado, y allí son elegidos, para dar dictamen, los partidarios decididos del juramento.

Con estos antecedentes, con estos datos sobre las reformas políticas que había derecho á esperar del Gobierno, y que

el Gobierno tenía el deber de plantear, los hombres liberales, los hombres consecuentes con su programa, con sus antecedentes, con su historia, ¿cómo no han de pedir á ese Gobierno, que ya que ha terminado el período de las cuestiones financieras y va á empezar un interregno parlamentario, que reflexione y traiga en la próxima legislatura, traducidas en leyes, todas aquellas promesas que ha proclamado desde la oposición, y que está obligado á presentar al Rey y al Parlamento? El Sr. Cánovas del Castillo ha dicho á los constitucionales: «¿Qué vais á hacer en el poder? No traeréis ni un demócrata á la legalidad; les sois tan repulsivos como podíamos serlo nosotros.»

Si el Sr. Sagasta, con su política, logra que la fracción del Sr. Moret desaparezca, que esos elementos proclamen bandera diferente, habrá dado la razón al Sr. Cánovas; y de cualquier modo, si no se apresura á traer esas reformas, si no cumple su misión de formar la izquierda dinástica, la izquierda se formará, y se formará á pesar suyo, y se formará con esa gran bandera cuyos principios consignó y defendió el partido constitucional, y que no son otros sino los de aplicar el título I de la Constitución de 1869 á las leyes orgánicas derivadas de la de 1876.

*Linares Rivas.*—El Gobierno tenía compromisos contraídos y debía, por lo menos, haber sometido á la Cámara en este período tres medidas de carácter liberal, á saber: la ley de asociaciones, la ley de organización de tribunales y la reforma del reglamento por que nos regimos. ¿Ha venido alguna de estas leyes con el carácter liberal que debía imprimirle el Gobierno, y aun sin ese carácter? Hable la ley del Jurado, del Jurado por antífrasis, que el Jurado no lo tendremos en mucho tiempo. La cuestión del juramento ha dado lugar á una situación bien crítica. Y en cuanto á la ley de asociaciones, tanta es la fuerza de la reacción, que no habiendo obstáculos extraordinarios para sacarla adelante, no sale, sin embargo, de la comisión.

El Presidente del Consejo de Ministros no ha juzgado á los disidentes con aquella templanza, con aquella medida, con aquella justicia que era debida al alto cargo que desempeña y á las antiguas relaciones que siempre con aquéllos ha sostenido y sostiene.

A este propósito convendría recordarle lo que Tácito dice que pasaba como adagio entre los germanos: «Embrígate para discutir; pero ten serenidad para decidir.»

Así como el Sr. Cánovas tenía una gran misión política, la creación de una derecha fuerte y prepotente, la misión del Sr. Sagasta es crear una izquierda más fuerte, más robusta

que la derecha conservadora. ¿Cómo se hace esto? ¿Caminando hacia atrás, ó deteniéndose en el camino que es preciso seguir? De ninguna de estas dos maneras se hace la política amplia, generalizadora, en virtud de la cual se puede crear una izquierda dinástica. Es menester ir hacia adelante, porque las otras dos cosas son peligrosas.

Y esto se hace por los procedimientos posibles y admisibles en una Cámara: los hombres políticos no se compran, se atraen.

Los Gobiernos no viven más que por dos fuerzas: por la fuerza de la opinión pública y por la confianza de la Corona; la opinión pública se pierde en un día; la confianza de la Corona, en un minuto; y los Gobiernos que no trabajan con todo ahinco para sostenerse en la opinión y para mantener viva la confianza del Rey, están expuestos á perecer.

*Sagasta.*—Es preciso que queden bien deslindadas las diferencias que existen entre el partido democrático y el partido liberal. El partido democrático quiere la vuelta á la Constitución del 69, y el partido liberal, creyendo que el atraso de las costumbres políticas en que España se encuentra es debido al cúmulo de Constituciones que se han promulgado hasta hoy; creyendo que no basta consignar los derechos de los pueblos en los Códigos fundamentales; creyendo que no hay nada más peligroso sino que cada partido venga al poder con su Constitución debajo del brazo, acepta la Constitución actual y con ella pretende gobernar, desenvolviendo dentro de ella los principios del partido constitucional con el espíritu de la Constitución de 1869.

El partido democrático quiere el sufragio universal inmediato, y el partido liberal, que lo considera como una aspiración para el porvenir, cree que mientras la educación política no sea más perfecta y pueda la capacidad neutralizar por lo menos el número, lejos de ser el sufragio universal procedimiento favorable para realizar la libertad, es en ocasiones procedimiento perjudicial para la misma, porque es más fácil mixtificarlo en el estado en que se encuentran la mayor parte de los pueblos; y puede traer, aceptando el criterio del número en absoluto sobre el de la calidad, el predominio de la ignorancia sobre la inteligencia, que no conduce más que al oscurantismo y á la reacción.

El partido democrático quiere el Jurado como único tribunal en España para toda clase de delitos, el Jurado, con competencia lo mismo en los asuntos civiles que en los criminales; el partido liberal piensa que el Jurado debe establecerse para aquellos delitos de más fácil comprensión, dejando que vaya extendiéndose el campo de su competen-

cia por la imparcialidad y la rectitud de sus veredictos.

El partido democrático quiere llevar á las cuestiones económicas y arancelarias el criterio del librecambio; el partido liberal entiende que deben respetarse los intereses creados á la sombra de las leyes para que vayan modificándose y cambiando, y adquieran y conquisten los privilegios y auxilios con que cuentan otros intereses, á fin de proporcionar igualdad en la lucha entre nuestros intereses y los intereses extranjeros.

El partido democrático quiere llevar á todas las cuestiones de Estado, á todas las soluciones de los asuntos políticos, las fórmulas absolutas de la ciencia; y el partido liberal cree que esas fórmulas absolutas deben modificarse al calor de las circunstancias, de las costumbres, de las tradiciones y hasta de las preocupaciones de los pueblos que se han de gobernar.

Las diferencias que hay entre el partido conservador y el partido liberal son mayores que las que hay entre el partido radical y el liberal, que al fin y al cabo estas últimas no son más que de procedimiento, de oportunidad y de tiempo. Nosotros queremos también los principios que ellos proclaman; lo que no creemos es que se puedan aplicar en el momento; pero entre conservadores y liberales hay diferencias esenciales.

El partido liberal proscribió la absurda teoría conservadora de los partidos legales é ilegales, declarando que legales é ilegales no había más que los actos, y que mientras estos actos no pusieran fuera de la legalidad al ciudadano ó al partido, el partido y el ciudadano podían moverse libremente y practicar sus ideales dentro de las instituciones.

El partido liberal ha devuelto la libertad á la ciencia y sus cátedras á los profesores arrojados arbitrariamente de ellas: Castelar, Salmerón, Giner de los Ríos pueden volver á ocupar sus puestos profesionales sin otra limitación que las que impone á todo ciudadano el Código Penal.

El partido liberal ha permitido el desenvolvimiento de todas las fuerzas políticas del País, la manifestación de todas las ideas y la organización de todos los partidos: Figueras y Pí Margall han podido salir por campos, aldeas, villas y ciudades proclamando, sin que nadie les moleste, sus ideas sinalagmáticas ó antisinalagmáticas.

El partido liberal ha establecido en la ley provincial las bases del censo más aproximado posible al sufragio universal, y gobierna con una libertad práctica tan grande, tan general, tan extensa como pueda tenerla el país más libre del mundo.

El partido liberal ha regenerado la Hacienda, ha levantado el crédito nacional unificando y convirtiendo la Deuda y dando garantías de seguridad de que la Nación española es desde hoy una nación tan solvente como pueda serlo cualquiera otra.

El partido liberal ha realizado el desestanco del tabaco en Filipinas, dando la libertad y haciendo ciudadanos y propietarios á seis millones de indios verdaderamente siervos. El partido liberal ha llevado á las provincias de Cuba y Puerto Rico reformas económicas en armonía con la libertad y con la fraternidad con que deben estar unidas á las demás provincias de España. El partido liberal ha dado un paso corto para el Sr. Moret, pero grande para otros amigos nuestros, que por haberlo dado precisamente se han separado de nosotros, en el camino del libre cambio. El partido liberal ha fomentado las obras públicas como no ha habido Gobierno que las haya fomentado en el mismo tiempo. El partido liberal tiene presentadas á las Cortes, sin que sea culpa del Gobierno que no se hayan discutido, la mayor parte de las reformas á que le obligaban sus compromisos; ahí está la ley de Diputaciones Provinciales que se está discutiendo en estos momentos, la ley de asociación, la de imprenta, los Códigos Civil y Penal, la ley de procedimientos, el Código de Comercio, las leyes de sanidad, de teléfonos, la organización de las carreras administrativas y de canales; el Gobierno ha sacado á subasta todas las líneas de caminos de hierro que había dispuestas para ello; está haciendo en la actualidad 4.000 kilómetros de carreteras, y está componiendo 10.000 que dejaron los conservadores en completo estado de abandono, y está evitando la ruina de los edificios históricos más importantes de España. No se olvide que D. Nicolás María Rivero decía: *La libertad se conquista con el valor; pero sólo se establece y mantiene con la prudencia.*

*Aguilera, en nombre de Martos y Montero Ríos.*—La misión del actual Gobierno era hacer imposibles las revoluciones y los hechos de fuerza, persuadir á todos los partidos de que no tenían necesidad de acudir á esos medios para realizar sus ideales; y para llenar esta misión es indispensable que la democracia no viva del favor y de las concesiones del Gobierno; es menester que nuestros derechos se hallen consignados en nuestros códigos políticos; sólo cuando eso suceda será cuando otros partidos democráticos, á quienes el Gobierno no ha inspirado confianza completa, vengán á vivir la vida de las leyes y renuncien por completo, mientras no sea absolutamente necesario, á perseguir las revoluciones y los hechos de fuerza.

El Sr. Sagasta ha querido dar á entender que hay necesidad de que existan dentro de la monarquía tres partidos: uno que acepta la Constitución del 76 genuinamente interpretada; otro partido que aceptara íntegramente los principios de la Constitución del 69, y el partido fusionista que, tomando la base de la Constitución del 76, procure interpretarla acercándose al espíritu de la Constitución del 69. Esto es lo que en la realidad ocurre, porque parte del partido fusionista acepta como punto de partida la letra de la Constitución del 76, procurando aproximarse al espíritu de la del 69, mientras otra parte del partido fusionista quiere que se aplique en su letra y en su espíritu. Por eso se nota en el Gobierno ese dualismo, que unas veces adopta soluciones simpáticas á la izquierda y otras veces soluciones simpáticas á los conservadores.

La actitud de los amigos de los Sres. Martos y Montero Ríos hoy por hoy es no variar de conducta para con el Gobierno; pero como no están completamente satisfechos, y como creen que con la cantidad y la forma de libertad y de reformas que al País se dan no pueden todos los partidos democráticos vivir dentro de las vías legales, si se constituyera otro partido que realizara más libertades y llevara á cabo más reformas liberales que el partido fusionista, llegando á aceptar los principios de la Constitución del 69, le dispensarían más benevolencia que al partido actual y le darían todo su apoyo.

*Conde de Toreno.*—El partido conservador-liberal no tiene ninguna cuenta que zanjar en esta liquidación de amistades políticas que se está ventilando entre el Gobierno y sus antiguos amigos y protectores; porque los títulos que el Presidente del Consejo cree que asisten á su política en comparación con la del partido conservador-liberal para presentarse ante el País como el partido más liberal posible, no valen, en realidad, la pena de la discusión. El poner en construcción el mayor número de kilómetros posibles de ferrocarriles, sobre que no tiene nada que ver con el liberalismo, no es un título especial de este Gobierno á la consideración del País: exactamente lo mismo que este Gobierno han hecho los Gobiernos conservadores que le han precedido.

Si este Gobierno está además construyendo 4.000 kilómetros de carreteras, preciso es que tenga en cuenta que, de éstos, 3.000 por lo menos han sido sacados á subasta por los Gobiernos conservadores. Y lo mismo puede decirse de los 10.000 kilómetros de carreteras que se están reparando: eso se viene haciendo desde que cesó la guerra civil, desde que desapareció el principio, no sentado ciertamente por el par-

tido conservador, de que algunas carreteras construídas por el Estado debían abandonarse para que las recogiese quien quisiera; y si este Gobierno ha encontrado gran número de carreteras en mal estado, lo mismo ha sucedido á los conservadores, y lo mismo sucederá al Gobierno que reemplace al actual.

Dijo, además, el Sr. Sagasta que había devuelto la libertad á la ciencia, y sus cátedras á los profesores separados. Este asunto ha sido ya discutido antes de ahora, y los conservadores que han sido Gobierno están dispuestos á discutirlo siempre que se quiera entrar de frente en tal debate. Lo más sorprendente es que el Presidente del Consejo de Ministros citara esas cosas como prueba de liberalismo, cuando puede recordarse la multitud de catedráticos, de tanto saber y de tanta ciencia por lo menos como los recientemente repuestos, que fueron separados por Gobiernos de que el Sr. Sagasta formaba parte. Y sorprende tanto más este alarde de liberalismo y de amor á la ciencia, del Presidente del Consejo, recordando que un Gobierno, de que S. S. formaba parte, deportó á Filipinas á un millar de españoles, sabios ó ignorantes, que tenían derecho á ser oídos y juzgados, y que no lo fueron, los cuales más tarde hubieron de ser devueltos á su País después de pasar todo género de penalidades.

Dijo el Presidente del Consejo que el partido conservador sostuvo la teoría que dió en llamarse de los partidos legales é ilegales; teoría que S. S. dijo haber rechazado, y que en su discurso formuló, no obstante, en la misma forma en que la había desarrollado el partido conservador.

*Moret, resumiendo.*—En la bandera democrático-monárquica están escritos los principios consignados en la Constitución del 69 bajo el trono de Alfonso XII.

Como prueba de la libertad práctica que hay en España, cita el Sr. Sagasta la conducta de la democracia: tiene razón S. S.; pero esa actitud de la democracia no se debe á la entrada del Sr. Sagasta en el poder, sino á la manera como entró S. S. en el Gobierno.

¿Llegará día en que la izquierda podrá ir absorbiendo dentro de la legalidad todo lo que con el amor á la libertad puede acercarse á la monarquía, no quedando nadie fuera?

La aspiración es plausible. Por desgracia, no parece el Sr. Sagasta el llamado á realizarla.

R.

## REVISTA EXTRANJERA



AS cuestiones de Egipto siguen preocupando cada día más y muy seriamente á Europa.

Mal creería el que presumiese que Egipto es todavía el país histórico por excelencia, el país de los antiguos monumentos y de las momias, de las esfinges y de las pirámides, de los jeroglíficos y de los Farao-nes, del juicio de los muertos y de las alegres y airosas al-meas. No queda allí más que un pedazo de Oriente sin su poesía. Sólo subsisten dos de las antiguas divinidades: la pereza y la superstición, ó sea la molicie y la astrología, arte fanático que nació en la Caldea con el culto del sol y de las estrellas, siendo antes un ramo de especulaciones filosó-ficas y hoy necia práctica de adivinaciones y quimeras.

Los egipcios modernos tienen también sus magos, al esti-lo de los del tiempo de Moisés; pero la ciencia de los *talbés* no convierte las varas en culebras, ni predice siquiera los años de esterilidad ó de abundancia, como el hijo de Jacob; se limita á indicar á los crédulos el sitio donde están escon-didos tesoros ignorados del vulgo. Buscadores de estos tesoro-s han dado á veces con objetos preciosos, y el casual ha-llazgo ha sido suficiente para excitar la codicia, devastar todos los monumentos respetados por el tiempo, é impedir todas las pesquisas que tuvieran por objeto el interés del arte ó de la historia. No ignoran que con sus momias, los antiguos enterraban ídolos y joyas preciosas; saben que los persas abrieron todas las tumbas para sacar de ellas las ri-quezas que contenían, y que los griegos violaron también el asilo de los muertos; pero presumen que aun ha debido que-dar mucho, y el deseo de improvisadas riquezas halaga su afición al *dolce far niente*, su espíritu de holganza.

¡Qué diferentes son Alejandría y el Cairo de aquellas an-tiguas y célebres ciudades que la imaginación recuerda!

Alejandro, el gran conquistador macedonio, echó los ci-mientos de aquella Alejandría que quiso convertir en capital de su vasto Imperio 330 años antes de la Era vulgar, es de-cir, en el segundo año de la Olimpíada 112. Pocas ciudades han sufrido tantas revoluciones. Pujante y espléndida bajo la dominación romana, se sostuvo á gran altura en los tres primeros siglos del cristianismo; comenzó á decaer con la división del Imperio, y su postración llegó á ser completa bajo la férula de los árabes. Con la decadencia se despobló, y como muchos de sus barrios quedaron desiertos, los Prín-cipes musulmanes hicieron derribar en el siglo IX las anti-

guas murallas, construyendo con sus restos un nuevo recinto rodeado de cien torres. Sin embargo, la Alejandría árabe conservaba aún en el siglo XIII monumentos de valía y los restos del vastísimo comercio de que fué emporio; pero doscientos años más tarde los turcos se apoderaron de Egipto, y todo quedó destruído bajo la administración desastrosa de aquellos salvajes dominadores.

El palacio de los Ptolomeos, residencia de la célebre Cleopatra, con sus espléndidos jardines y el templo donde se conservaba el cuerpo de Alejandro en un sepulcro de oro, sepulcro sustituido más tarde por otro de cristal, para que todos pudiesen verle y admirarle, ó más bien por el deseo de parodiar los autores del trueque á Dionisio el Tirano, que quitó de los hombros de Júpiter Olímpico un manto de oro, sustituyéndolo con otro de lana, porque se acercaba el invierno y estaría así más caliente...; el famosísimo faro, del que no queda el menor vestigio; los célebres canales derivados del lago Moeris; el gimnasio con su pórtico de columnas de mármol; la necrópolis donde las lujosas moradas de los muertos competían con las casas de recreo de los vivos; el palacio llamado *Timonium*, construído por Antonio después de la batalla de Actium; el museo y la famosa biblioteca que reunió la ciencia de las celebradas *escuelas de Alejandría*, y que nos trae á la memoria á Herodio, Euclides, Orígenes, al judío Philón, á los setenta y dos intérpretes enviados por el sumo sacerdote Eleazar para hacer la famosa versión de la Biblia, generalmente conocida con el nombre de los Setenta, á varios Padres de la Iglesia y distinguidos novadores y heresiarcas, todo, absolutamente todo ha desaparecido.

Á los excesos de las luchas promovidas por el desacuerdo en materias religiosas, se añadieron las proscipciones de Caracalla, de Valeriano y Diocleciano, seguidas á poco de las persecuciones de Teodosio. Las ciencias se extinguieron del todo y las escuelas se cerraron. El fanatismo mahometano completó aquella ruina por mano de los conquistadores árabes, y entonces surgió la ignorancia de los coptos, luego la brutalidad de los mamelucos, y finalmente el estúpido orgullo de los osmanlíes.

El Cairo, por otra parte, tiene también el sello de la fatalidad en su historia.

Cuando Meruán, el último Califa de la raza de los Omme-yas, se escapó de Egipto, fué perseguido por las tropas de su rival. Estas tropas acamparon cerca de la ciudad fundada por Amrú, y allí levantaron tiendas y chozas, formando una barriada que recibió el nombre de *Al-Asker*. Otro conquistador de Egipto, Djewar (ó Djiwer), quiso convertir aquel

barrio en una hermosa ciudad, digna de recibir á su espléndido Soberano Moaz Ledinala. No escaseaba para ello plata ni oro, según el historiador Al-Serur. Pero Djewar quería poner los cimientos de la nueva ciudad en el momento preciso en que dominase en nuestro hemisferio un astro propicio, cuya influencia la hiciese la población más afortunada y poderosa del mundo. Los astrólogos consultaron el cielo, trazaron los límites de la metrópoli, señalaron su recinto con picas clavadas en tierra, y de una á otra pica se puso á cierta altura una cuerda que rodease todo el emplazamiento de la futura ciudad. De la cuerda colgaban muchas campanillas, y estaba convenido que cuando llegase el momento oportuno y brillase en el cenit el astro, tirasen los astrólogos de la cuerda agitando vivamente las campanillas, lo que sería señal ó aviso para los obreros que habían de echar los cimientos de la muralla, y que se hallaban ya preparados á este objeto y provistos de materiales é instrumentos.

Sin embargo, ¡oh fatalidad! una corneja, ave de mal agüero, vino á posarse con ímpetu sobre la cuerda; sonaron las campanillas, los trabajadores hicieron su deber, colocaron las primeras piedras, y á los pocos instantes era un hecho, de uno á otro extremo, la fundación de la ciudad. El planeta *Haker*, ó sea Marte, se hallaba entonces en su apogeo, y los astrólogos, lamentando el incidente de la corneja, pronosticaron que la influencia de Marte sería fatal á la nueva ciudad, y que los guerreros de la Romanía, nombre que comprende á todos los países de que se compuso el Imperio griego; se apoderarían de ella. La predicción se cumplió, y de *Haker* se ha formado el nombre de El Cairo (Al Cahira). Ya lo sabemos ahora:

*Indocti discant; ament meminisse periti.*

No es, pues, extraño que el triste, sombrío y casi salvaje aspecto de aquella ciudad impresione con el recuerdo del fanatismo y de la superstición que se perpetúan en Egipto; no es extraño que se piense allí en la mística influencia de los *muftís*, y aun en aquellos que tienen la virtud de encantar á escorpiones y serpientes, virtud de que nos hablaron ya Plinios y Lucanos; no es extraño que se dé allí al traste con la memoria de Moisés y de los hebreos, de Sesostris y de toda aquella gran civilización, de que tan magníficos rasgos se encuentran en la Biblia.

S.

# INDICE DEL TOMO XXXIX.

15 DE MAYO DE 1882.

	Páginas.
Curso de Ciencias naturales (primera conferencia), por D. José Rodríguez Carracido.....	5
Reflexiones políticas (conclusión), por el Excmo. Sr. Teniente general D. Manuel Paiva y Rodríguez de Albuquerque.....	25
Las pasiones, por D. José Moreno Fernand.....	60
Mis apuntes, por D. A. Ubique.....	80
La expedición española á Italia en 1849 (continuación), por el Excmo. Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba.....	83
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood.....	98
Boletín bibliográfico, por H.....	105
Crónica política, por R.....	110
Revista extranjera, por S.....	120

30 DE MAYO DE 1882.

Curso de Historia (segunda conferencia), por D. Juan Vilanova....	129
Diario de un viaje á Italia en 1839 (continuación), por el Excelentísimo Sr. D. José María Queipo de Llano, Conde de Toreno....	182
Ideas sobre la enseñanza de la declamación, por D. Álvaro Romea...:	195
La expedición española á Italia en 1849 (continuación), por el Excelentísimo Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba.....	200
Los dos soles, por D. P. Langle.....	221
Aventuras de un saltimbanquis (continuación), por M. Greenwood.....	222
Crónica política, por R.....	231
Revista extranjera, por S.....	247

15 DE JUNIO DE 1882.

Datos geológicos y botánicos de Tetuán y sus cercanías, por don José Jordana y Morera.....	257
Utilidad de las flores, poema en un canto, por D. Ramón Campoamor.....	267
Mis apuntes, por D. A. Ubique.....	276
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo de Mentaberry.....	281
El último suspiro, por D. Vicente Tinajero Martínez.....	302
Soneto, por D. Constantino Gil.....	328
La expedición española á Italia en 1849 (continuación), por el Excelentísimo Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba.....	329
Boletín bibliográfico, por H.....	360
Crónica política, por R.....	365
Revista extranjera, por S.....	377

30 DE JUNIO DE 1882.

Diario de un viaje á Italia en 1839 (conclusión), por el Excelentísimo Sr. D. José María Queipo de Llano, Conde de Toreno.....	385
Los cereales en España, por D. Rafael González Janer.....	396
El último suspiro (conclusión), por D. Vicente Tinajero Martínez..	407
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo de Mentaberry.....	442
El teatro español en 1818, por X.....	456
La Literatura española en Francia.—Discurso por J. G. Magnabal.—Prólogo del mismo discurso, por D. A. F. Vallín.....	467
Aventuras de un saltimbanquis (conclusión), por M. Greenwood....	482
Boletín bibliográfico, por H.....	494
Crónica política, por R.....	497
Revista extranjera, por S.....	509